UNA HISTORIA SENCILLA,

POR

MISTRISS YNCHBALD.

VALLADOLID:
Imp. y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodriguez,
Libreros de la Universidad y del Instituto.

1880.

UNA HISTORIA SENCILLA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Dorriforth habia recibido en el colegio de Saint-Omer una educacion tan severa como lo es la regla de esta casa; tomó las órdenes, y se hizo sacerdote católico romano; pero desechando las supersticiones y discerniendo con justicia los verdaderos deberes que le imponia su estado, se creó principios que hubieran aceptado los primeros defensores del cristianismo. Esforzábase en practicar las virtudes que predicaba, porque no habia prometido á Dios separarse de los demás hombres y huir el honroso trabajo de reformar la humanidad; no quiso deber al cláustro un abrigo contra las tentaciones, y el centro de Lóndres fué para él un asilo tan seguro, como el retiro. Allí es donde supo adquirir por sí mismo la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.

Llegaba á los treinta años, habiendo pasado cinco

en Lóndres, cuando perdió á un querido amigo de mas edad que él, pero con quien estaba relacionado desde su primera juventud, y que al morir le dejó encomendada su hija de edad de diez y ocho años. Antes de encargarle de este depósito M. Milner pensó de esta manera:

—En toda mi vida no he tenido sino una amistad íntima; Dorriforth es el solo hombre con quien puedo contar; seguro de él no he tratado de buscar otro. Tenia miedo de descender de la alta idea que él me habia dado de la naturaleza humana. En este momento en que recuerdo temblando los pensamientos y acciones de que voy á dar cuenta, todo interés humano desaparece, y me creo ya delante del tribunal á que me acerca mas cada momento. ¿A quién dejaré la única hija que dejo en el mundo? Hé aquí en este momento supremo el último deber que me toca llenar. Si no escuchase sino las afecciones terrestres que me unen á esa niña por los lazos de la naturaleza y la costumbre, si creyera la voz de lo que generalmente se llama amor paternal, seguramente me ocuparia de su felicidad presente, y la entregaria á los cuidados de aquellos á quienes mira como sus mas queridos amigos; pero estos amigos lo son solo en la prosperidad y cambian con la fortuna. Mi hija tendrá en su vida muchas horas tristes como esposa y como madre. Ellos la abandonarán entonces.

En este momento, las lágrimas del amor paternal se abrieron paso entre las de la agonía.

—Abandonada, continuó, ¿dónde encontrará consuelos mi hija? Este socorro supremo de la religion, y que me sostiene en la agonía, la será negado.

Conviene notar que M. Milner, aunque católico romano, se habia casado con una protestante, habiendo convenido en que las hijas se educarian en la religion de la madre, y los hijos en la del padre. Una sola hija habia sido el fruto de su union, y de ella se ocu-

paba M. Milner. Fiel á la promesa que habia hecho á su esposa, la habia abandonado la educacion de su hija, que entró en un colegio protestante, de donde salió instruida en su religion como lo suelen ser todas las jóvenes de su edad. Habia adquirido todas las gracias, todos los talentos, que realzan la belleza; pero su alma habia quedado como la formó la naturaleza, á escepcion de algunos estragos que habia hecho en ella el arte su enemigo.

En tanto que su padre habia estado sano, no habia podido notar sin la mas viva alegría las perfecciones de su hija, á quien nada faltaba de lo que pueden dar las gracias y la elegancia: no habia examinado si lo demás era tan perfecto en ella; pero en su lecho de muerte comenzó á temer haberse engañado, y los aplausos que la habia prodigado, y el gusto que habia tenido en verla abrir un baile no se le presentaron sino para arrancarle un suspiro de compasion por un mérito tan frívolo.

—Lo que es verdaderamente importante, se dijo, es que pueda prepararse con tiempo para su última hora. ¿Puedo pues confiarla á aquellos que no pensarán en esto en toda su vida? No; Dorriforth es el único de mis amigos, que uniendo las virtudes morales á las de la religion sabrá cuidar de ella sin tiranizarla, instruirla sin enojarla, y consolarla sin adularla... y quizá inspirarla un dia el amor á la virtud.

Dorriforth, que habia venido de Lóndres para ver á su desgraciado amigo, recibió sus últimas voluntades y le prometió cumplirlas; pero Milner, al darle esta prueba de estimacion le exigió que no emplease nunca la fuerza para hacer renunciar á su hija la religion de su madre en que habia sido educada.

—No atormenteis su alma por ninguna idea que pudiera conturbarla sin mejorarla.

Estas fueron sus últimas palabras, y la respuesta de Dorriforth disipó sus inquietudes.

Miss Milner no fué testigo de esta dolorosa escena: una amiga, de complexion delicada y de nervios estremadamente sensibles, á quien habia ido á ver á Bath, creyó que para no alarmarla convenia no decirla, no solo que su padre estaba moribundo, sino ni siquiera que estaba enfermo. Este escesivo celo dió á la pobre Miss el pesar de saber que su padre habia muerto antes de haber temido por su existencia.

Al recibir esta noticia corrió á cumplir sus últimos deberes de hija; tristes deberes que cumplió con la mayor ternura, mientras Dorriforth, llamado por asuntos importantes, habia tenido que volver á Lóndres.

CAPÍTULO II.

De vuelta á su casa, Dorriforth vertió nuevas lágrimas por la desgracia de su amigo, y comenzó á reflexionar, no sin inquietud, en el empeño que habia contraido. Sabia el género de vida á que estaba acostumbrada su pupila: temia verla desdeñar sus consejos: tembló á la vista de un deber demasiado penoso y quizá superior á sus fuerzas, el de dirigir á una jóven amable y casquivana.

M. Dorriforth, próximo pariente de uno de nuestros primeros pares católicos, tenia bastante renta para vivir desahogadamente; pero su corazon era tan generoso, tanta su caridad, tan moderados sus deseos, que sus gustos estaban regulados por la mas estricta economía. Vivia en casa de Mad. Horton, mujer de cierta edad, que tenia consigo una sobrina soltera llamada miss Woodley, de un carácter tan dulce, de tanta bondad en el alma, que á pesar de sus treinta y cinco años y su rostro vulgar, nadie tenia valor para

llamarla solterona. Cuando Dorriforth tomó esta habitacion, aun vivia M. Horton; pero á su muerte no creyó necesario, á pesar de su voto de continencia, huir la compañía de dos mujeres tan poco peligrosas como Mad. Horton y su sobrina. Mirábanle ellas por su parte con ese respeto de las almas piadosas á su pastor, á mas de que su hospedaje les habia proporcionado ventajas temporales porque el escesivo precio á que pagaba su alimento y habitacion, las habia permitido seguir en la casa tan espaciosa como cómoda, que tenian en tiempo de M. Horton.

A su vuelta M. Dorriforth hizo prepararlo todo para el recibimiento de su pupila, porque Milner habia deseado que al menos por algun tiempo habitase con él para que recibiese las mismas visitas y tuviese sus mismos amigos.

Cuando la jóven supo la voluntad de su padre, se sometió sin repugnancia.

Su alma, abatida por la pérdida que acababa de esperimentar, no miró al porvenir y dejó fijar el dia de su llegada á Lóndres, donde debia vivir con el lujo conveniente á una rica heredera.

Mad. Horton se alegraba mucho de este aumento de su fortuna.

Miss Woodley no estaba menos contenta. Miraba como una fiesta la llegada de su huéspeda. ¿Por qué? No lo sabia. Lo cierto era que su bondad era tanta, que la causaba alegría tener un nuevo objeto á quien amar, y se ocupaba de hacer su casa agradable, no solo á la jóven miss, sino á toda su servidumbre.

Las reflexiones de Dorriforth no eran tan agradables: las dudas, el temor, las inquietudes llenaban su alma.

Hubiera querido antes de ver á su pupila, conocer su carácter; pero los dos eran enteramente desconocidos uno á otro.

Las visitas habian consumido el poco tiempo que la jóven miss habia pasado en casa de su padre despues de salir del colegio, y Dorriforth no se habia encontrado nunca con ella.

La primera persona á quien con suma reserva trató de sondear acerca de miss Milner, fué á la baronesa viuda lady Evans, que venia frecuentemente á casa de Mad. Horton.

Pero para que el lector conozca á Dorriforth conviene describir su persona.

Era alto, y su aire noble y distinguido, sus modales elegantes; pero á escepcion de sus vivos ojos negros, sus blanquísimos dientes y sus cabellos naturalmente rizados, su figura no ofrecia nada que pudiera escitar la admiracion; solamente cierto tinte melancólico daba á su fisonomía no sé qué encanto, que muchas personas tomaban por belleza, y cuya impresion sentian todos.

En una palabra, este encanto era el resultado de la armonía de las facciones y los sentimientos. Su fisonomía era el retrato de su alma, y sus virtudes eran su belleza.

De aquí nacia la fuerza persuasiva de sus palabras; bastaba mirarle para conocer que su corazon se abria con sus lábios, y que su palabra era la imágen de su pensamiento.

Dirigióse pues á milady Evans, y dirigiéndola una mirada que descubria su inquietud:

—¿Estábais en Bath, la dijo, la primavera pasada? conoceriais á la jóven que se me ha confiado... tened la bondad...

Milady previno la pregunta.

—Querido Dorriforth, respondió, no me pregunteis mi opinion sobre miss Milner; cuando la ví era muy jóven; es verdad que no hace mas que tres meses, y que ahora quizá no tendrá mas edad.

—Tiene diez y ocho años, dijo Dorriforth poco contento de esta respuesta que aumentaba sus inquietudes.

—Es muy bella, añadió milady.

—Es el mérito que menos aprecio, dijo Dorriforth levantándose con aire turbado.

—Pero donde no hay otro, replicó la baronesa, permitidme que os observe que ese vale algo.

—Quizá es peor.

—Pero que al menos, lo que os he dicho no os espante de antemano; no vayais á juzgarla peor que es; todo lo que sé es esto: es jóven, casquivana, indiscreta, aturdida, que trae tras sí una docena de adoradores, tan locos como ella, unos solteros y otros casados.

Dorriforth tembló.

—Al precio de los primeros años de mi vida, dijo, quisiera no haber conocido á su padre.

—En verdad, dijo Mad. Horton, yo no dudo que sepais apartarla de los senderos del vicio.

—¡Del vicio! esclamó lady Evans; estoy segura de no haber pronunciado esa palabra; pero estas observaciones no son mias, no hago sino repetirlas.

La buena miss Woodley que trabajaba cerca de la ventana, sin mezclarse en la conversacion, pero á quien no se habia escapado nada, se atrevió á decir:

—Y bien, no las repitais.

—Cambiemos de conversacion, dijo Dorriforth.

—Con mucho gusto, dijo milady, y miss Milner no perderá nada.

—¿Es alta ó baja? preguntó Mad. Horton, que no tenia ni aun gana de terminar este interesante capítulo.

—Se puede alabar su talla como su rostro; ya os lo he dicho, su belleza no tiene tacha.

—Si no es asi su alma... dijo Dorriforth suspirando.

—Las cualidades del alma pueden adquirirse como las gracias esteriores, dijo miss Woodley.

—No, querida, dijo lady Evans, no hay ejemplo de que la naturaleza, fortificada por la costumbre, se haya reformado.

—Perdonad, dijo miss Woodley; una sociedad escogida, buenos libros, y las desgracias agenas, pueden mucho para formar la virtud que...

Miss Woodley no pudo acabar, porque lady Evans se levantó diciendo que debia haberse marchado ya.

—Me esperan una porcion de visitas, añadió, y si quisiera oir moral, seria de la boca de M. Dorriforth, y no de la vuestra.

Anunciaron á Mad. de Hillgrave.

—¡Ah! sois vos, continuó milady. ¿Conoceis á miss Milner?

Mad. de Hillgrave era mujer de un mercader que habia padecido muchas desgracias; al nombre de miss Milner levantó las manos al cielo y se deshizo en lágrimas.

—Y bien, la dijo lady Evans, tened la bondad de decir lo que sepais de ella; siento no poder oiros.

Y salió.

Despues de algunos minutos de silencio, mistriss Horton, que gustaba de preguntar como todas las mujeres, preguntó á Mad. de Hillgrave si se podia saber por qué la afectaba tanto el nombre de miss Milner.

—Es mi bienhechora, respondió, y la mas generosa que he tenido, y hablando así se enjugaba los ojos.

—¡Qué oigo! esclamó Dorriforth, pronto á llorar de alegria, como Mad. de Hillgrave lloraba de gratitud.

—Mi marido, prosiguió esta, al principio de sus desgracias debia una suma considerable á M. Milner, que cansado de pedirsela en vano iba á proceder al embargo; su hija supo alcanzarnos una tregua esperando que con el tiempo podriamos pagar; cuando vió que no, y que su padre estaba decidido á emplear el ri-

gor, vendió lo que tenia de mas valor, y pagó nuestra deuda.

Encantado por lo que acababa de oir, Dorriforthr tomó la mano de Mad. de Hillgrave, diciéndola que habia en el mundo una persona con quien ella podia contar.

—¿Miss Milner es alta ó baja? volvió á pregunta Mad. Horton, que viendo el silencio que habia sucedido á estas palabras temia que se cambiase de conversacion.

—Lo ignoro, respondió Mad. de Hillgrave.

—¿Es fea ó bonita?

—No lo sé.

—Es estraño que no lo hayais notado.

—Perdonad; lo he notado sin duda, pero no me atrevo á fiarme de mi juicio; me ha parecido tener la belleza de un ángel, acaso porque su accion era bella, y mi corazon puede haber engañado á mis ojos.

CAPÍTULO III.

Gracias á Mad. de Hillgrave, Dorriforth comenzó á tener una idea mas ventajosa del carácter de su pupila. Llegó el diez de noviembre, dia en que este debia dejar la casa paterna para ir á la de Mad. Horton, su tutor, acompañado de miss Woodley, subió en un coche para saliria al encuentro y esperarla en la posada en que debia parar.

Este mismo dia, despues de haber dado nuevos suspiros á la memoria de su padre, miss Milner llegó al lugar en que Dorriforth y miss Woodley la esperaban. Además de sus criados iban con ella dos parientes lejanos de su madre, que habian creido deber acompañaria durante el camino; pero envidiaban demasiado á Dorriforth su tutela para tratar de detenerse con el, y apenas le entregaron su pupila, partieron.

Al ruido del coche que se detenia á la puerta de la posada, Dorriforth palideció: una cosa semejante á un funesto presagio hizo palpitar su corazon

y en su rostro se pintaron la tristeza y el espanto. Fué necesario todo el auxilio de miss Woodley para reanimarle, y ella se creyó obligada á salir por él al encuentro de su pupila; hermosa efectivamente sobre todo encarecimiento.

Pero no era la miss viva y alegre que se habia anunciado á su tutor; su vivacidad parecia haberse amortiguado por el sentimiento de la pérdida que acababa de padecer, y una dulce melancolia habia ocupado su lugar.

En el momento en que Dorriforth la fué presentado por miss Woodley como su tutor y el mejor amigo de su padre, ella se deshizo en lágrimas, permaneció un momento de rodillas delante de él, y pareció sometérsele como á su padre. Dorriforth tenia el pañuelo en los ojos; á no haber sido asi, los de miss Milner hubieran conocido su turbacion.

Despues de esta entrevista y algunos momentos de una conversacion general, se volvieron todos al coche: miss Milner se despidió de sus parientes y marchó con miss Woodley, en tanto que Dorriforth las seguia solo en su coche.

Durante el camino, miss Woodley no hizo ningun esfuerzo para ganar el afecto de su compañera, aunque quizá no deseaba otra cosa; fué con miss Milner lo que con todo el mundo, y era bastante para una mujer penetrante, para ganar su corazon.

Miss Milner comprendió de una ojeada el mérito de miss Woodley y se sintió dispuesta á recompensarla con toda su amistad.

CAPÍTULO IV.

Al dia siguiente de su llegada á Lóndres, miss Milner se encontró mas tranquila: la impresion de la muerte de su padre se hizo sentir menos dolorosamente; sus pensamientos se detuvieron sin trabajo, quizá con placer, en sus nuevos amigos, y lo que la era aun mas agradable, se encontró en Lóndres, en el seno de esta ciudad de que tantas veces su imaginacion la habia trazado cuadros tan seductores; en una palabra, despues de un sueño dulce y consolador, se despertó con su carácter alegre que solo habia cedido por algun tiempo al peso de su dolor filial.

Si el dia anterior habia parecido hermosa á miss Woodley y Dorriforth, ahora brillante con todas sus gracias cuando entró en la sala á la hora del desayuno, no pudieron verla sin admiracion. Mistriss Horton, que se habia sentado á la cabecera de la mesa, creyó no ser sino una criada, tal es el imperio de la belleza cuando vá unida como en miss Milner al talento y la

virtud. Que sin embargo, esta palabra *virtud* no engañe á lectores prontos á exagerar las ideas. La virtud de miss Milner no iba mas allá de la que suele ser la de los débiles mortales; acaso se verá examinándola mas despacio, que ni siquiera llega á ese punto. Pero es preciso pesarlo todo: si ha cometido mas faltas que otras, tambien tiene mas derechos á la indulgencia.

Desde su infancia todos sus deseos habian sido satisfechos. No habia conocido impedimentos ni negativas.

Su figura era encantadora: se le habia repetido demasiado, y á sus ojos era perdido el dia que no habia hecho una nueva conquista. Era susceptible, y podia pasar por mujer de ingenio, aunque realmente no lo fuera.

Pero sus respuestas tenian siempre el carácter de lo que se llama buenas salidas, sino porque siempre fueran ingeniosas, porque eran vivas, dictadas por un sentimiento rápido, y pronunciadas con ingenuidad real ó aparente, y con una delicada sonrisa que curaba las heridas de sus palabras. Lo que ella decia podia decirlo cualquiera, pero no como ella lo decia.

Pero dejemos al lector juzgarla por sí mismo en todas las circunstancias en que ha de verla.

Durante el desayuno, que ha comenzado con este capítulo, la conversacion fué viva y animada por parte de miss Milner, sábia y prudente por Dorriforth, dulce por miss Woodley: algunos esfuerzos para no parecer enteramente nula, es cuanto hizo Mad. Horton.

En el curso de la conversacion, M. Dorriforth observó que despues de lo que habia oido decir no hubiera esperado hallar en miss Milner tanta semejanza con su padre.

—Ni yo tampoco, dijo esta, esperaba que fuérais así.

—¿No? ¿Qué idea os habiais formado de mí?

—Os creia lo que se llama un *buen hombre* ya de edad, y de una figura vulgar.

Esto fué dicho con el aire mas insignificante, y sin embargo, nada demostró mejor que hallaba á su tutor jóven y amable. El respondió con embarazo:

—Un *buen hombre* es lo que hallareis en todas mis acciones.

—En ese caso, vuestras acciones no se os parecerán.

Se vé que tenia, como nuestros ingenios, la costumbre de lanzar la primera idea que se le ocurria, por poco aire de verdad que tuviera.

Por hacerla á su vez un cumplido del mismo género, Dorriforth dijo:

—Creo, miss Milner, que no sois buen juez en eso.

—¿Por qué?

—¿Pensais, por ejemplo, que la naturaleza os haya concedido mas ventajas que á los otros? No, sin duda; y bien, eso solo probaria que vuestro juicio no es seguro.

—Pero si yo prefiriera el mérito de ser bella al de honrarme con mi talento, ¿no me concederia uno á espensas de otro?

Con un tono grave, como si se tratase de un asunto importante, Dorriforth continuó:

—Así, ¿no os creeis hermosa?

—Sin duda, si no consultara sino á mi opinion; pero en esto me parezco á los católicos romanos; lo que no me atrevo á creer por mi, lo creo por los otros.

—Y bien, yo saco de eso que nuestra manera de crer no es la menos segura, y que la palabra de los demás no induce siempre en error; pero esto toca á la religion. Dejemos este asunto; es en el que nuestras opiniones difieren; espero que será siempre el único; permitid que no tratemos de él. No quiera Dios que yo os atormente por vuestras creencias; pero hacedme el favor de concederme esta misma libertad que yo os doy.

Miss Milner pareció sorprendida de recibir una respuesta tan séria por palabras tan ligeras. La buena miss Woodley oró por lo bajo para que el cielo perdonase á su jóven amiga el error en que habia sido criada. Mad. Horton, sin ser vista, al menos segun se creia, hizo la señal de la cruz. Esta piadosa precaucion no se escapó á miss Milner, que pareció tan dispuesta á soltar la risa, que la buena señora, arrebatada por su indignacion, esclamó:

—¡Dios os perdone!

A estas palabras, el objeto de su cólera, no pudiendo contenerse, se abandonó de tal modo á su risa, que pronto no quedó en la sala con ella sino la indulgente miss Woodley.

—Querida mia, la dijo miss Milner calmándose un poco, temo que no me perdoneis.

—No en verdad, respondió esta, no os puedo perdonar.

Pero como el tono y las miradas son frecuentemente un lenguaje mas espresivo que las palabras, miss Woodley con su dulzura daba á entender que ya habia perdonado, mientras con su voz y sus ojos inflamados, Mad. Horton, al mismo tiempo que imploraba la clemencia del cielo, decia mas claramente que creia á miss Milner indigna de perdon.

CAPÍTULO V.

Seis semanas habian pasado desde que miss Milner habia llegado á Lóndres. Las fiestas, los placeres llenaban todos sus momentos, y los de Dorriforth pasaban en contínua alarma. Suspiraba á la vista de los peligros de que la veia rodeada; velaba por ella con la inquietud de un padre, y rogaba al cielo que le ayudase.

Los amigos de miss Milner, los de su tutor, y las nuevas relaciones que diariamente formaban, se sucedian con tal rapidez, que apenas Dorriforth hallaba tiempo de advertirla el peligro que corria. Si por casualidad se hallaba á solas con ella, se apresuraba á hacerla observar lo necesario que la era no consagrar todos sus momentos á la sociedad, y reservar algunos para la reflexion, la lectura y la meditacion de sus deberes; en fin, para adquirir esas virtudes que aligeran el fardo de la vejez. Dorriforth hablaba con una elocuencia hija del corazon que la hacia escucharle.

Muchas veces sus ojos probaban que era sensible á ella; hasta hablaba el lenguaje de la conviccion; pero en cuanto oia la voz del placer, sus buenas disposiciones se cambiaban en burlas, y hasta en quejas de la especie de dificultad que tenia una mujer de su rango para gozar de la vida.

Entre los que se disputaban el honor de seguirla á todas partes, habia uno de quien parecia que ella se ocupaba, aun cuando no le veia: era lord Federico Lawnly, último hijo del duque de este nombre, jóven á la moda, y favorito de todas las mujeres de buen gusto.

Tenia apenas veintidos años; su figura era encantadora, su alma ardiente, sus maneras elegantes. Reunia todas las cualidades que cautivan corazones menos susceptibles de amor que el de miss Milner.

No se estrañará, pues, de que esta tuviera placer en verle, si su orgullo se complacia con la pública preferencia que la daba milord sobre tantas rivales. El progreso de sus relaciones no se escapó á Dorriforth, que le vió con una mezcla de pena y placer; porque si deseaba que el matrimonio diese á miss Milner otro protector, no podia pensar sin temblar que iba á serlo un jóven disipado, sin cualidades morales, y cuya reforma no podia ser sino la obra del tiempo y las circunstancias. ¿Cuál seria con él la suerte de miss Milner? Esta idea espantaba á Dorriforth, y hasta temia que su pupila hubiese empeñado su corazon sin estar garantida por ninguna intencion legítima de Federico.

Dorriforth estimaba, pues, muy poco á este jóven, que lo notó bien pronto, y todas las veces que se encontraban era igual el embarazo de ambos.

Miss Milner lo notó, pero con indiferencia. Hasta entonces una sola pasion reinaba en su alma, la vanidad, el deseo de aumentar sus conquistas sin cuidarse

de sus víctimas, y no porque fuera estraña á todos los buenos sentimientos; muchas veces la virtud la movia, pero su impresion se borraba bien pronto entre nuevas locuras.

Miss Woodley (cuyos caritativos ojos sabian distinguir siempre un rayo de virtud) era su compañera inseparable y su abogada con Dorriforth cuando se hablaba de ella en su ausencia. Sus palabras le hacian concebir esperanzas que veia agostarse en flor.

Algunas veces se esforzaba en ahogar su indignacion, y frecuentemente en retener las lágrimas de piedad que le arrancaba el porvenir de su pupila.

Sin embargo, se hablaba de Federico como de un amante declarado; los criados lo murmuraban, y hasta los periódicos habian fijado el dia del enlace.

Tanto mas alarmado cuanto que no habia recibido ninguna confidencia sobre este asunto, Dorriforth hizo entender gravemente á su pupila que la prudencia y el cuidado de su reputacion exigia que rogase á Federico que suspendiera sus visitas.

Ella no pudo menos de sonreirse de tal precaucion, que la parecia ridícula; pero obligada por sus instancias, prometió no solo obedecer, sino hacer lo posible porque milord la obedeciese.

En efecto, la primera vez que vino le hizo conocer las intenciones de su tutor, añadiendo que por delicadeza él la habia permitido suplicarle lo que como tutor tenia derecho de exigir.

Confundido, vivamente ofendido, milord esclamó:

—Por lo que hay de mas sagrado, creo que vuestro tutor os ama: solo un rival me trataria así.

—¡Qué vergüenza, milord! esclamó miss Woodley que estaba presente.

—Vergüenza para M. Dorriforth si no la ama; porque ¿qué otro que un salvaje puede ver tantos encantos sin adorarlos?

—La costumbre lo hace todo, dijo miss Milner; vé

todos los dias los encantos que elogiais; pero es fuerte contra ellos por la costumbre que tiene de resistir, como vos sois débil por la costumbre que teneis de caer.

—¿Así no creeis que la naturaleza me haya dado un corazon capaz de sentir el amor?

—Sí tal, un amor que la costumbre de la inconstancia apaga á cada momento.

—No quiera Dios que nunca se apague, porque miro como un crímen el ser insensible á los placeres del verdadero amor.

—¿Segun eso no amais sino para evitaros un crímen? Pues bien, el mismo fin se propone M. Dorriforth al hacer lo contrario.

—Así debia hacerlo al menos para ser fiel á sus empeños; pero los votos religiosos son como los del matrimonio, hechos para no ser observados, y estoy seguro de que siempre que está cerca de vos, sus deseos...

—Son tan puros, replicó ella vivamente, como todos los que han entrado en el alma *celestial* de mi tutor.

En este instante entró Dorriforth.

Milner, que estaba animada por el calor de la disputa, se ruborizó al ver entrar al que habia defendido.

—¿Qué hay? preguntó Dorriforth.

—Algunas palabras muy lisonjeras para vos, respondió Federico, han puesto á vuestra pupila en el estado que veis.

—Entiendo, dijo Dorriforth; se ruboriza de no haber dicho la verdad.

—¡Ah! señor, esa reflexion es injusta, esclamó miss Woodley, porque si hubiérais estado aquí...

—No hubiera dicho lo que he dicho, esclamó miss Milner; pero dejadle vengarse por sí mismo.

—¿Vengarme? ¿de qué? ¿Quién puede haber querido

ofender á un hombre que desea tan poco llamar la atencion?

—Con el título de tutor de miss Milner basta para fijarla, replicó Federico.

—Y bien, milord, aunque se fije en mí la atencion, creo que nada tengo que temer, respondió Dorriforth con tal firmeza en la voz y la mirada, que milord dudó un momento antes de replicar.

Pero miss Milner, aprovechando el momento en que su tutor miraba á otro lado, rogó á Federico que mudase de conversacion; este se inclinó en muestra de obediencia, y para probarla, dijo al momento con tono irónico:

—¡Oh, M. Dorriforth! que no pueda yo recibir de vos la absolucion de mis culpas! convengo en que son muchas. .

—Deteneos, milord, no vayais á confesarlas delante de estas señoras, á menos de que para escitar su piedad no os acuseis de las que no habeis cometido.

Miss Milner se sonrió de esta respuesta, que pareció agradarla mucho, cuando con un tono burlon Federico se apresuró á añadir:

—Eso viene de Abelardo, y todo lo suyo agrada á Eloisa.

Sea que Dorriforth no hubiese comprendido el sentido de esta situacion, ó que no alcanzase cómo se le podia aplicar, la oyó sin ninguna señal de cólera ni confusion; pero miss Milner, vivamente herida, y sintiendo espirar su alegría se aproximó á la ventana para ocultar su turbacion.

Felizmente se anunció al conde Elmwood, jóven católico. Venia á hacer una visita á su primo M. Dorriforth, y su llegada hizo tomar otro giro á la conversacion.

CAPÍTULO VI.

Dorriforth deseaba demasiado ver á su pupila romper sus relaciones con Federico, para no recibir con agrado la peticion de su mano que le hizo sir Edward Ashton. Sir Edward no era hermoso ni jóven, pero no se podia tampoco decir que fuese viejo ni feo; además, á una fortuna inmensa unia todas las cualidades morales que podian hacerle digno del honor á que aspiraba. Era de todos los hombres el que Dorriforth hubiera preferido para esposo de su pupila, y se propuso ensayar su poder con ella proponiéndosele.

A pesar de su diferencia de opiniones, no se apartaban jamás uno ni otro de la mas estricta política. Dorriforth, sobre todo, se producia con miss Milner con la mas estricta circunspeccion; sus atenciones pareciau el resultado de un plan, el único medio que consideraba capaz de contenerla. Siempre se dirigia á ella con modales mas respe'uosos y mas dulzura en la voz que á cualquier otra persona. Esta conducta produjo

el efecto que él esperaba, porque aunque miss Milner tenia en el alma esa rectitud, ese gusto esquisito de las conveniencias que hubiera bastado para enseñarla lo que debia al hombre que ocupaba el puesto de su padre, era al mismo tiempo tan inconsecuente y tan viva, sabia dominar tan poco sus primeros movimientos, que siempre estaba á pique de tratarle con ligereza; pero las maneras y el tono de Dorriforth la hacian recobrarse al momento: hubiera tenido vergüenza de no imitarle.

Una mañana que estaba solo con ella y miss Woodley, hizo nacer la ocasion de que le hablasen de sir Edward y sus esperanzas.

Comenzó por elogiarle, y acabó por declarar á su pupila que creia que de ella sola dependia su felicidad. Una carcajada fué la respuesta de miss Milner; pero una severa mirada de Dorriforth la hizo ruborizarse, y su tutor apresurándose á recobrar su serenidad:

—Desearia, la dijo, que hiciéseis mas honor á vuestro gusto, apresurándoos menos á despedir á sir Edward.

—¿Cómo podeis esperar que haga yo honor á mi gusto, cuando sir Edward, á quien tanto elogiais, hace tan poco al suyo?

Era claro que esperaba un elogio, y Dorriforth, que no queria adularla, pensó un momento en lo que debia contestar.

—¿No me respondeis?

—Pero, señorita, aun mirando como verdad lo que vuestra modestia os ha hecho decir, no veo que esa sea una razon para despedir á sir Edward, porque en casos como el suyo su corazon está empeñado, y á él es, no á la razon, á quien se consulta.

—Muy bien, señor, no se puede justificar mejor á sir Edward; pero si un dia mi corazon se empeña tambien, me permitireis servirme de esa escusa.

—Pero, dijo él vivamente, antes de dar vuestro corazon, consultareis á la razon.

—Sí; y desde este momento hago uso de ella, rehusando la mano de un hombre á quien nunca amaré.

—¡Nunca! Señora, á menos de que hayais elegido otro, ¿cómo podeis decir eso?

Al hablar así pensaba en milord Federico, y miraba fijamente á su pupila para leer en su alma, no sin temblar, lo que acaso iba á descubrir en ella. Miss Milner se ruborizó; Dorriforth sintió redoblarse sus temores, cuando ella le respondió con voz firme:

—No he dado á nadie mi corazon, pero puedo asegurar que sir Edward no le poseerá.

—Ya le compadezco, y á vos tambien; pero pues que vuestras afecciones no se han fijado (y parecia estar muy contento de esto), permitidme daros un aviso que acaso os será útil algun dia. No se puede empeñar el corazon sin esponerse á mas pesares que os figurais; otro se hace dueño de nuestro pensamiento, y no somos mas dueños de nuestras acciones que de nuestro corazon...

Parecia que al hablar así se hacia violencia; y se detuvo como si tuviera aun mucho que decir, y no se atreviera á causa de la delicadeza del asunto.

En cuanto se hubo retirado, miss Milner se preguntó:

—¿Cómo es que las gentes de bien tienen ideas tan justas acerca de las pasiones? Oyendo á Dorriforth, se creeria que ha pasado la vida en el estudio y la meditacion. ¡Con qué esquisita sensibilidad habla del amor! Parece que le presta nuevos encantos al presentarle como tan peligroso. No, yo no creo que milord Federico, con sus mas brillantes pinturas del amor y sus placeres, pudiera hacerle tan seductor como le hace Dorriforth pintando sus penas. En verdad que si me habla mucho así, tendré piedad de Federico, y será por obra y gracia de M. Dorriforth.

Miss Woodley no pudo oir la conclusion de esté discurso sin la mas viva inquietud.

—¡Ay! dijo, ¿pensariais sérlamente en milord Federico?

—Pero suponiendo que pensase, ¿por qué es ese ay?

—Porque temo que no os haga dichosa.

—¿Eso es decirme que no sabré hacerle dichoso?

—No puedo hablar del matrimonio por esperiencia, pero poco mas ó menos creo adivinarle.

—Yo no puedo tampoco hablar de amor por esperiencia, pero tambien creo adivinarle.

—Yo os conjuro, mi querida, que os guardeis de amar (esclamó en su sencillez miss Woodley) sin el consentimiento de vuestro tutor.

Su jóven amiga no pudo menos de sonreirse á este ruego, y prometió hacer lo posible.

CAPÍTULO VII.

Dorriforth, con las convenientes consideraciones, hizo comprender á sir Edward que miss Milner le rehusaba su mano; pero lejos de desanimarse, sir Edward se hizo mas asiduo, y sus visitas fueron tan frecuentes que escitaron los celos de Federico y entregaron su corazon inconstante á penas capaces de asegurar la violencia y sinceridad de su amor. Siempre que veia á su objeto amado (porque seguia viniendo á casa de miss Milner, aunque con menos frecuencia), pintaba su amor con un ardor tal, que miss Woodley, que muchas veces estaba presente, no pudo menos de desear que fuese correspondido. Milord habló de matrimonio, y pidió permiso para pedir su consentimiento á Dorriforth, pero miss Milner no quiso consentir.

¿De qué proviene esta negativa? se decia milord. ¿Es de que he hecho poca impresion en ella? No, sin duda; no puedo atribuirlo sino al temor de que mis

proposiciones aflijan á su tutor de quien conoce la parcialidad por sir Edward.

A causa de estas reflexiones, Federico concibió mas ódio contra Dorriforth y comenzó á temer que á pesar del afecto que se gloriaba de haber inspirado á miss Milner, el tutor no llegase á desvanecer sus esperanzas. Por su parte, miss Milner le declaró que nadie hasta entonces habia encontrado el camino de su corazon; es verdad; miss Woodley habia sorprendido algunos suspiros involuntarios y que en el momento en que hacia esta confesion el rubor cubria el rostro de miss Milner, por lo cual su amiga sospechaba un combate secreto entre su amor y su razon; por esta causa la compasion la hizo amarla aun mas, y á riesgo de desagradar á M. Dorriforth la aconsejó entregarse á todas las diversiones de la sociedad, creyéndolas menos peligrosas para ella que la soledad y la calma.

Miss Milner fué de su parecer: los bailes, los espectáculos, una sociedad numerosa la ofrecieron distracciones tan multiplicadas, que al fin su tutor creyó deber mostrarse severo. Todas las noches turbaba su reposo la idea de los peligros que su pupila corria lejos de él; todas las mañanas ella interrumpia su sueño con el ruido que hacia al entrar, y cansado de verla consagrar todos sus instantes al placer sin conceder un momento al retiro ni á la reflexion, creyó deber obtener, al menos por autoridad, alguna tregua á tan locas disipaciones.

Una tarde que la encontró en la escalera la dijo:

—¿Espero que pasareis la noche con nosotros?

A esta pregunta imprevista miss Milner se ruborizó.

—Sí... fué lo único que pudo responder; y sin embargo sabia que estaba convidada á una brillante reunion, y que para ir habia consultado una semana á su modista.

Creyó no obstante que todo se conciliaria, y que pretestando un olvido se justificaria fácilmente con su

tutor en cuanto supiera la verdad. El la supo antes de lo que ella esperaba, porque al fin de la comida una criada la trajo un billete de su modista, en que se trataba del nuevo prendido que debia estrenar aquella noche. *Aquella noche*, nada mas claro que estas palabras. Mirándola su tutor con aire admirado:

—Creia, la dijo, que me habiais prometido pasar aquí la noche.

—Es un olvido, porque hace tiempo habia prometido pasarla fuera.

—¿De veras?

—Nada mas cierto; y creo que es justo que cumpla mis primeras promesas.

—¿Y las que me habeis hecho? ¿No las dais importancia alguna?

—Mucha, si vos se la dais.

—Mas que creeis.

—Y mas que el asunto merece; pero quizá le quereis fingir grave dándoos por ofendido.

—Lo estoy en efecto, lo vereis. Y sus ojos lo indicaron aun mas que sus palabras.

Miss Milner no pudo sostener sus miradas; bajó los ojos, y tembló de vergüenza ó de enojo.

Mad. Horton se levanta, arregla los platos de frutas que estaban en la mesa, vá, viene, y no se pronuncia una palabra.

Al fin miss Milner se levantó con un aire muy alegre, y se dispuso á salir, cuando Dorriforth, con aire de autoridad la dijo:

—Mis Milner, hoy no saldreis.

—Señor.. esclamó ella dudosa.

Su mano quedó sin movimiento sobre la llave que habia vuelto á medias, y pareció no saber si abrir para desafiar á su tutor, ó someterse á sus órdenes.

Antes que se hubiera decidido, Dorriforth se levantó, con una fuerza y un tono de mando que no solia usar:

—Os prohibo, la dijo, salir esta noche.

Y en seguida salió por otra puerta.

La mano de su pupila abandonando entonces la llave que tenia asida, cayó sin fuerzas; la pobre miss parecia haber perdido el uso de sus sentidos, cuando Mad. Horton, rogándola que no se afectase, la hizo romper á llorar.

Miss Woodley la hubiera dirigido algunas palabras de consuelo, si las lágrimas que ella misma vertia no se lo hubieran impedido.

Mad. Horton sentia un placer secreto en esta escena; pero no se le confesaba á sí misma; tan segura estaba de su corazon y de la pureza de su conciencia.

Declaró sin embargo que habia predicho esto tiempo hacia, y que daba gracias á Dios de que las cosas pasasen tan dulcemente.

—¿Y qué podia suceder peor? dijo miss Milner. ¿No se me impide ir á un baile en que me esperan?

—¿Pensais pues no ir? dijo Mad. Horton; reconozco en eso vuestra prudencia.

—¿Pensais que podria ir á pesar de su prohibicion?

—Supongo que no es la primera vez que no os habeis conformado con sus deseos.

—Si es así, señora, no quiero que se me detenga.

Y miss Milner se precipitó fuera de la sala, como decidida á no cumplir sino su capricho.

—Por piedad, mi querida tia, esclamó miss Woodley, seguidla, y tratad de impedir que salga.

—No lo quiera Dios, respondió Mad. Horton. Su falta, si la comete, redundará en su ventaja, pues obligará á M. Dorriforth á buscar medios mas eficaces de impedir su pérdida.

—Mientras tanto, señora, impidámosla desobedecer; vuestras palabras eran una verdadera tentacion; debiais prever el efecto. Si no quereis ir, yo misma iré...

Y miss Woodley iba á salir á buscar á miss Mil-

ner, cuando Mad. Horton, imitando como pudo el tono que habia visto usar á M. Dorriforth, la dijo:

—Sobrina, os prohibo moveros de ahí en toda la noche.

Miss Woodley volvió á sentarse; y aunque su corazon sufria mucho, ni una palabra, ni una mirada manifestó su impaciencia.

A la hora del té se llamó á M. Dorriforth y á su pupila. El primero entró con un aire que probaba aun su agitacion; sus miradas eran distraidas, y aunque al sentarse abrió un libro muy interesante, se veia claramente que apenas sabia que le tenia entre sus manos,

Mad. Horton empezó á preparar el té, poniendo tan poco cuidado en lo que hacia como Dorrriforth en su lectura. Esperaba con impaciencia el desenlace de esta escena, porque á cierta edad se dá importancia á las cosas mas pequeñas; y aunque no queria mal á miss Milner, pensaba con placer que iba á ver algo nuevo; pero de miedo de que una palabra ó una mirada no hiciese traslucir su deseo, tuvo cuidado de no abrir su boca y de mirar solo al té. Hubiérase dicho que andaba con mas cuidado para que ningun ruido distrajese la atencion de lo que iba á pasar.

Su sobrina, por su parte, creyó que su deber era guardar silencio.

El té estaba dispuesto, cuando miss Milner envió á decir que no le tomaria. Por un movimiento del libro se delató la agitacion de M. Dorriforth, que no dudó que su pupila estuviera vistiéndose para el baile, y solo pensó en los medios que debia usar para prevenir su desobediencia ó castigarla. Tosió, tomó una taza de té, y quiso levantarse, pero se vió obligado á sentarse de nuevo. En fin, volvió á abrir su libro por la primera página. Al cabo de dos horas, miss Milner entró. Nada en su tocado anunciaba proyectos de baile. Estaba vestida precisamente como á la hora de comer. Dorriforth continuó leyendo sin mirarla, te-

miendo ver lo que no hubiera podido perdonar. Miss Milner tomó una silla al lado de su amiga, cuyo corazon rebosaba de alegría.

Madama Horton no esperaba esta resignacion, y necesitó algun tiempo para recobrarse de su sorpresa. Por fin la preguntó si queria una taza de té.

—No, señora: respondió con voz tan lánguida, que Dorriforth levantó los ojos, y viendo que nada habia cambiado de su traje, los bajó de nuevo sobre el libro, mas confuso que contento de su victoria.

Seguramente la vista de de miss Milner, dispuesta á desobedecerle, le hubiera causado pesar, pero mucho menos del que sentia en este momento. Se miró á sí mismo como el único que merecia reproches. Temia haberla tratado con demasiada severidad; admiraba el sacrificio que le hacia, y se acusaba de haberle exigido, queria pedirla perdon, y no sabia cómo hacerlo.

Una respuesta muy alegre de su pupila á una pregunta de miss Woodley vino á aumentar su embarazo. Hubiera preferido verla incomadada, porque hubiera al menos tenido un pretesto para incomodarse á su vez.

En medio de todas estas ideas que se cruzaban rápidamente en su alma, fingia continuar leyendo como poco ocupado de lo que pasaba, cuando un criado de miss Milner vino á preguntarla á qué hora queria el coche.

—No saldré en toda la noche, dijo esta.

Al momento, Dorriforth dejó el libro, y en cuanto el criado hubo salido:

—Miss Milner, la dijo, os he dado una prueba de mi cariño, que temo os haya sido dolorosa; tal es el penoso cargo del verdadero amigo; es preciso que se esponga á ser importuno; pero creed que cuando este deber me ordena privaros de lo que os gusta, yo soy quien lo siente mas.

Esta apología de su conducta fué pronunciada con un tono tal de verdad, que miss Milner hubiera olvi-

dado su cólera á estar ofendida. Quiso responder, pero en vano, sus lágrimas no se lo permitieron.

Entonces su tutor se aproximó á ella.

—Ahora exijo, la dijo, una nueva prueba de vuestra obediencia: vestíos, id al baile en que os esperan, y creed que de hoy mas seré menos pronto en manifestaros mis deseos, pues vos lo sois tanto en conformaros con ellos.

Aquella miss Milner tan altanera, tan ligera, tan irreflexiva, no pudo sostener este lenguaje de bondad; sus lágrimas corrieron de nuevo con abundancia, y Dorriforth, tan sorprendido como alegre de encontrar en ella un corazon tan sensible, se predijo sus infalibles progresos en el camino de la virtud.

CAPÍTULO VIII.

Aunque tenia tanto mérito, Dorriforth no era perfecto: tenia una terquedad natural, que sus amigos llamaban firmeza, y que muchas veces, á no ser por los socorros de la religion y la bondad de su alma, hubiera hecho sus resentimientos implacables.

Una hermana suya, á quien habia querido mucho, se habia casado contra su gusto con un oficial, y al morir habia dejado un niño de tres años que no podia esperar socorros sino de la generosidad de su tio. Dorriforth le tomó á su cargo, pero jamás consintió en verle.

Miss Milner, cuyo corazon estaba siempre abierto á los desgraciados, apenas supo la historia de madama Rushbrook, madre de este niño, quiso ver al inocente objeto de la cólera de su tutor.

Fué con miss Woodley á dos leguas de Lóndres, á una granja en que se le criaba, y su belleza y sus modales acabaron de interesarla por él.

Le miró con tanta piedad, que el niño, al tiempo de despedirla, la suplicó que la llevase consigo, y miss Milner, siempre esclava de su primer movimiento, resolvió presentarle á su tio.

Un regalo que hizo á la mujer que le cuidaba, la obligó á permitirla que le llevase, y la alegría que le vió mostrar al entrar en el coche, la pagó de antemano los reproches que pudiera hacerla su tutor.

—Desde luego, decia á miss Woodley que estaba inquieta, no debeis desear que su tio se una á él por lazos mas estrechos que los del deber. Este infortunado, ¿no es el mas á propósito para escitar el amor y la compasion?

Miss Woodley nada tuvo que responder; pero antes de llegar á casa, miss Milner comenzó á reflexionar y á recordar, no sin temor, la severidad de su tutor cuando creia tener derecho a quejarse. Su amiga se lo recordaba tambien, y temblaba aun mas. Entrando en la calle en que vivian, ambas guardaron silencio; pero al descender el coche, miss Milner dijo:

—Dejemos ignorar á M. Dorriforth que este niño es su sobrino, á menos de que parezca complacerse con sus caricias, que en ese caso podremos confesarlo todo sin riesgo.

Miss Woodley fué del mismo parecer. En cuanto Dorriforth entró, se le presentó el pobre Enrique Rushbrook como hijo de una señora que visitaba á mistriss Horton: él lo creyó, cogió las manos de su sobrino, jugó con él, y encantado de sus maneras y del talento de sus respuestas, le tomó sobre sus rodillas y le besó muchas veces: miss Milner podia apenas contener su alegría, cuando por desgracia Dorriforth dijo al niño:

—Ahora, hijo mio, dime cómo te llamas.

—Enrique Rushbrook, respondió este.

Dorriforth le tenia rodeado con sus brazos sobre sus rodillas. A este nombre no le repelió, pero retiró

sus brazos con un movimiento tan brusco, que para no caerse el niño tuvo que abrazarse al cuello de su tio.

—Por poco me caigo, dijo Enrique, creyendo no tener nada que temer.

Pero su tio se desasió de sus manos y le puso en el suelo, sin dar otra muestra de su resentimiento que pedir el sombrero y salir, aunque la comida estaba servida.

Miss Milner estaba indignada; pero no por eso mostró menos ternura al pobre huerfano, le tomó en sus brazos durante la comida y le repitió muchas veces, aunque él no podia comprenderla, que tendria siempre en ella una buena amiga.

Cuando su enojo con Dorriforth se hubo calmado, volvió á tomar con el niño el camino de la granja, nuevo acto de obediencia que se impacientaba miss Woodley por dar á conocer á Dorriforth, é informada de donde estaba, se lo escribió, disculpando á su amiga por haber traido el niño á casa.

Dorriforth volvió por la noche: no se volvió á hablar de esto; pero se conocia bien que seguia acordándose, y que no tenia la menor compasion á su sobrino.

CAPÍTULO IX.

Nada mortifica tanto á un alma orgullosa como ser comparada desventajosamente, sobre todo á las mujeres, y miss Milner lo aprendia en este momento.

Su tutor la hizo trabar conocimiento con miss Fenton, jóven de su edad, que unia á una belleza perfecta, modales elegantes, un carácter muy dulce, y una conducta irreprochable. M. Dorriforth parecia presentársela como modelo. Miss Milner conocia su inferioridad, y su corazon se abria á sentimientos, no de emulacion, sino de celos.

Era imposible no admirar á miss Fenton; no habia medio de hallar defectos en su figura ni en su carácter; pero en cambio amarla, no era fácil tampoco.

La calma tranquila de su alma esparcia en su rostro una tranquilidad monótona, que encantaba al principio y fatigaba despues; inspiraba mas bien al respeto de una santa, que el amor de una mujer. Dorriforth, cuyo corazon no estaba formado para el amor,

ó que al menos aun no le conocia, no la miraba sino con ojos de amistad, y veia en ella un modelo para todo su sexo.

Lord Federico admiró su belleza, y miss Milner temió haberle presentado en ella un rival; pero apenas la hubo visto tres veces, la llamó la mas insoportable de las criaturas celestes, y juró que las facciones de miss Woodley tenian mas gracia que las suyas.

Miss Milner habia amado siempre á las personas de su sexo, hasta las mas distinguidas por su belleza; pero quizá por espíritu de contradiccion, tenia mucho placer en ver poner en ridículo á miss Fenton, sobre todo cuando su tutor estaba presente. Este, por el contrario, no podia entonces disimular su disgusto; quizá veia con pesar la diferencia de sentimientos de ambas; en este alejamiento de las dos personas que queria hacer amigos, y además, á parte de su mérito, miss Fenton tenia otros derechos á su amistad, porque estaba próxima á desposar á milord Elmwood, el pariente mas próximo y mas querido de M. Dorriforth.

Como solo hacian falta ojos para ver, que miss Fenton era bella, lord Elmwood lo habia notado: en cuanto á las dotes de su alma, su preceptor se las habia hecho notar, asi como su fortuna, y él entonces no se permitió dudar de la escelencia de la eleccion que por él se hacia.

Es verdad que su preceptor gobernaba sus pasiones de tal manera que él mismo ignoraba si las tenia.

Este rígido mentor del conde Elmwood se llamaba Sandfort y habia sido educado por los jesuitas antes de la destruccion de su órden en el mismo colegio que Dorriforth.

Como jesuita, era hombre muy instruido, dotado de la constancia necesaria para no retroceder en ninguna empresa sin haber asegurado el triunfo, y bas-

tante astuto para gobernar á los hombres mas poderosos pero menos hábiles que él.

El jóven conde estaba desde su infancia acostumbrado á temerle como á un dueño; habia recibido siempre sus consejos con docilidad, acabando por amarle como á un padre. Estos sentimientos de respeto el mismo Dorriforth se los profesaba, porque en el colegio habia sido durante algun tiempo su director.

M. Sandfort manejaba muy bien las pasiones; pero su máxima no era que se debian captar todos los corazones, sino que de algunos deseaba el ódio, y cuando se lo proponia lo conseguia al momento. Por ejemplo, logró hacerse odioso á miss Milner aun mas de lo que deseaba.

Habia sido educada esta en un colegio protestante y no tenia la menor idea de la sumision que se exige en los colegios extranjeros: desde luego, como mujer, creia tener el privilegio de decirlo todo y el derecho de que fuese admirado cuanto decia.

Sandfort conocia tambien el corazon de las mujeres aunque habia pasado muy poco tiempo en su sociedad; de la primera mirada comprendió el carácter de la jóven miss; conoció que su encantadora cabeza encerraba bastantes errores de que era preciso curarla; pero creyó que su primer cuidado debia ser hacerse detestar, para hacerla que acabase por detestarse á sí misma; no se entretuvo en darla consejos que creia inútiles, lo que hubiera sido comprometer sin fruto su reputacion de talento; pero era hábil en el arte de mortificar el amor propio. Se hizo notar de miss Milner haciendo como que no la notaba; hablaba de ella en su presencia como de una persona que nada le importaba, y muchas veces olvidaba su nombre al ir á nombrarla, fingiendo luego tanta confusion que su olvido parecia involuntario, por lo cual incomodaba aun mas á miss Milner.

En todas partes era el alma de los salones: nadie

sabia como ella sostener la conversacion; era siempre quien cantaba con mas gusto y bailaba con mas gracia; pero segun M. Sandfort, su talento consistia en perder el tiempo. Ella queria muchas veces no ver en el poco caso que la hacia sino el efecto de una mala educacion; pero no era mal educado: no se le podia negar buen juicio y conocimiento. ¡Y ese hombre me desprecia sin saber siquiera que me desprecia! decia miss Milner, porque ignoraba aun que un desprecio pudiera ser una obra de estudio.

Esta conducta tuvo el efecto que Sandfort se habia propuesto. Humilló á miss Milner mas que hubieran podido hacerlo todos los sermones, y quizá hubiera entonces curado de su vanidad si no hubiera tenido un carácter mas firme que lo suele ser el de las demás mujeres.

Resolvió pues vengarse de él tratándole como á un enemigo declarado; medio que era el mas seguro de esplicar á todo el mundo por qué él no era uno de sus esclavos.

Comenzó sus hostilidades no perdonando ninguno de sus argumentos, ningun rasgo de su erudicion, ninguna de las sentencias que él gustaba de decir, y sin otras armas que las del ridículo que manejaba con habilidad, puso la paciencia del reverendo padre á mas pruebas que hubieran podido imponerle sus superiores.

Unas veces él las sufria con la resignacion de un mártir; otras le faltaba la paciencia y acudia á Dorriforth para que impusiese silencio á su pupila, que se justificaba diciendo no haber tenido otra intencion que la de justificar la paciencia del reverendo, que si hubiera convertido algunos minutos mas, le hubiera mirado como un santo; pero que puesto que se habia incomodado, debia esperar otras pruebas semejantes.

Si Dorriforth admiraba á miss Fenton, Sandfort la adoraba: en vez de proponerla á miss Milner como

modelo, hablaba de ella como de un ángel á quien no era posible igualar.

—No, decia algunas veces, no soy tan exigente como vuestro tutor; no os pido sino que ameis á miss Fenton; pareceros á ella no está en vuestra mano.

Semejantes reflexiones eran tan enojosas, que hacian padecer hasta á miss Woodley.

Mad. Horton, al contrario, tomaba siempre el partido del reverendo padre, y á duras penas lograba contenerse y no tomar parte en favor suyo en la conversacion.

CAPÍTULO X.

M. Sandfort, testigo de los pesares que causaba á su amigo la conducta de su pupila, y persuadido de que no se enmendaria, le aconsejó que la casase lo mas pronto posible.

M. Dorriforth convino con este parecer; pero le indicó lo difícil que era hacer aceptar un amante á la que habia desdeñado á sir Edward Asthon y muchos otros.

—No dudeis, dijo entonces Sandfort, que su corazon no está libre; pero lo que importa saber es quién es el amante preferido.

Dorriforth creia conocerle, y nombró á Federico; pero confesó al mismo tiempo que lo sospechaba sin ninguna declaracion positiva por parte de milord ni de su pupila.

—Y bien, llevadla al campo, respondió Sandfort, y si milord no la sigue, sera señal de que no tienen fundamento vuestras sospechas.

—No será fácil obligar á miss Milner á dejar á Lóndres cuando está mas brillante.

Intentadlo al menos, y si manifiesta demasiada repugnancia á ir ahora, fijad vuestra marcha para el otoño, y permaneced firme en vuestra resolucion.

—Pero el otoño, respondió Dorriforth, es el tiempo en que milord vá al campo, y como la posesion de su tio está al lado de la nuestra, aunque vaya por miss Milner, parecerá que no vá por ella; solo marchando ahora sabremos á qué atenernos.

Decidióse pues que se propondria á miss Milner marchar al campo, y contra lo que se esperaba no opuso objecion alguna; antes se conformó tan fácilmente, que su tutor se deshizo en elogios de ella.

—Vuestra aprobacion, le dijo entonces miss Milner, es lo que mas aprecio en el mundo, y debo someterme con tanta mas docilidad á vuestros deseos, cuanto que es bien raro que me los hagais conocer, porque desde la llegada de miss Fenton y Sandfort, creo que esta es la primera muestra de interés que os he debido.

Si hubiera dicho esto en broma, nadie lo hubiera notado; pero una mirada que lanzó á M. Sandfort, le demostró mejor que pudiera hacerlo un tomo de sus diarias ironias, lo irritada que estaba con él.

Dorriforth quedó pasmado; pero lo que habia de galante para él en estas palabras le impidió recoger el guante arrojado á su amigo.

Mad. Horton se escandalizó, y miss Woodley miró á Sandfort con una dulce sonrisa que creyó propia á calmarle; pero se engañó, porque sin desconcertarse respondió este:

—Veo que el aire del campo ha indispuesto ya á miss Milner; pero es una felicidad que ese mal humor que se suele hallar en algunas mujeres no las permita tratar de engañarnos largo tiempo.

—¿Engañaros? esclamó miss Milner: ¿en qué he tra-

tado de engañaros? ¿Os he mostrado nunca la menor estimacion?

—Eso no hubiera sido engañarme, porque seguramente yo no lo hubiera atribuido sino á vuestra urbanidad.

—Nunca he sabido sacrificar la verdad á la urbanidad.

—Escepto cuando se os ha propuesto dejar á Lóndres, y habeis creido que debiais por el buen parecer fingir contento.

—Y estaba verdaderamente contenta, hasta que pensé en que sin duda nos acompañais.

—No lo temais; sé que vais á vuestra posesion, y os prometo no entrar nunca en una casa en que seais el ama.

—Y sin duda en ninguna otra en que no seais amo.

—¿Qué quereis decir? ¿Soy yo el amo aquí?

—Vuestros criados, dijo miss Milner mirando á todos, no os lo dirian; pero yo os lo digo.

—Basta, basta, dijo Dorriforth (y no podia decir nada que causase mas pesar á su pupila), pues que mi proposicion de ir al campo os saca así de vuestras casillas: no se hable mas de este.

En los movimientos de despique y hasta de cólera á que se entregaba con tanta frecuencia miss Milner, jamás faltaba al respeto á su tutor: las últimas palabras de este la habian quebrantado el corazon; pero no sintiéndose con valor para responder como creia deber hacerlo, comenzó á llorar.

En vez de enternecerse como solia, Dorriforth se ofendió de este llanto mirándole como una nueva inculpacion á Sandfort, y creyendo que no podia conmoverse sin parecer desaprobar la conducta de su amigo. Miss Milner leyó en el alma de su tutor, y se apresuró á enjugar sus lágrimas escusándose diciendo que no podia sufrir una acusacion injusta.

—Para probarme que he sido injusto en efecto, replicó Dorriforth, hacedme ver que estais dispuesta á dejar á Lóndres sin pesar dentro de algunos dias.

Ella se inclinó en señal de asentimiento: se fijó el dia de la marcha; y en tanto que miss Milner con aparente alegría arreglaba de antemano sus horas en el campo, gozaba interiormente pensando el enojo que su obediencia causaria á M. de Sandfort.

El público supo muy pronto que iba á dejar á Lóndres; y como se encuentra una secreta dulzura en inspirar piedad cuando nuestras desgracias no son verdaderas, la jóven miss oia con placer decir en torno suyo que era digna de compasion, que era mucha injusticia obligarla, con tales encantos, á enterrarse en el campo mientras la ciudad estaba llena de admiradores suyos que se desesperarian con su ausencia. Todas estas pruebas de interés general, repetidas cien veces y de cien maneras distintas, hincharon su vanidad, pero sin cambiar su resolucion.

Escapábansela sin embargo involuntariamente suspiros que miss Woodley notaba. Muchas veces sus ojos se llenaban de lágrimas. ¿Eran de enojo ó de pesar? Miss Woodley no podia creerlo, porque su amiga, á pesar de todo, no parecia pesarosa ni enojada. Supuso pues que sus primeras sospechas habian sido fundadas, y que el amor á quien ella solo de nombre conocia, era el dueño del corazon de miss Milner.—Sus ojos habrán sido seducidos por las gracias de Federico, y su razon que no habrá podido cegarse sobre los defectos del jóven lord, la vitupera su amor. ¡Oh! ¡por qué su tutor no puede conocer como yo todos los combates de su alma! ¡Qué digna de compasion les pareceria á él y á M. Sandfort!

Persuadida de que habia adivinado, no dejó de decir á ambos lo que habia notado, y los motivos que tenia para creer que el amor lo causaba. Dorriforth se afectó mucho al oirlo: Sandfort vió en ello una

razon mas para la partida. En efecto, algunos dias despues, miss Milner dejó á Lóndres con Mad. Horton, miss Woodley, Dorriforth y miss Fenton, á quien por respeto á su tutor invitó á permanecer con ella hasta el momento fijado para su matrimonio. Lord Elmwood debia por su parte marchar á su quinta, que solo distaba algunas millas de la de miss Milner, y pasaria gran parte del estío con M. Sandfort su ayo.

Habia tambien en las cercanías una posesion del tio de Federico. Los amigos de la jóven miss no dudaban que iria á pasar allí algunos dias, y atribuian á la esperanza de que así sucediese la satisfaccion que brillaba en el rostro de miss Milner el dia de su partida.

CAPÍTULO XI.

Seis semanas llevaba miss Milner en el campo, y parecia estar tan á gusto en él, como los que la rodeaban. Nada turbaba su tranquilidad: su tutor no tenia necesidad de tratarla severamente y hasta vivia en buena inteligencia con miss Fenton.

M. Sandfort, que llegó poco despues con su discípulo á su posesion, observó tan escrupulosamente su promesa de no ir á la casa de miss Milner, que ni aun devolvió su visita á Dorriforth, y cuando la encontraba paseando, ni ella ni él se dirigian la palabra.

Seguramente miss Milner no gustaba de él; pero perdonaba tan fácilmente y apreciaba tanto sus virtudes, que no podia ver sin pesar su silencio, aunque estaba persuadida de que si le hubiera roto, hubiera sido para hacerla inculpaciones segun su costumbre.

Una mañana volvia del paseo con su ordinaria compañía y milord Elmwood, á quien habia convidado á comer, y no pudo ver sin pesar á M. Sandfort des-

podirse al llegar á la casa. Tenia la generosidad de perdonar las ofensas; pero no la humildad suficiente para dar el primer paso, y estos sentimientos no pasaron desapercibidos para M. Dorriforth que los admiró, y admiró á su pupila de un modo nuevo. Hasta le indicó ella que podia ser el mediador de sus diferencias; pero un suceso estraño lo impidió, turbando la paz de aquella vida apacible.

Este suceso fué la llegada de sir Edward Asthon.

Miss Milner habia ido á comer á casa de milord Elmwood cuando se la anunció sir Edward como un convidado inesperado.

Dorriforth la vió palidecer, y manifestó compadecerse; pero Sandfort al contrario, pareció triunfar, lo cual encendió de nuevo en miss Milner el ódio pronto á estinguirse; pues acusó al jesuita de haber preparado esta llegada, y lejos de ocultar su descontento, solo pensó en los medios de hacerle notar.

Habiendo preguntado sir Edward si en la vecindad habia personas conocidas, ella respondió con el aire de la mas viva alegría que estaban esperando de un dia á otro á milord Federico en el castillo de su tio.

Sir Edward palideció; Dorriforth permaneció mudo; los ojos de M. Sandfort centellearon de cólera.

—Milord Federico, preguntó á Dorriforth, ¿os ha prevenido de su llegada?

—No, dijo este.

—Pero espero, M. Sandfort, que me permitireis saber algo de eso, dijo miss Milner con voz clara y sin vacilar.

—No, señorita, dijo Sandfort; si de mí solo dependiera, no sabriais nada de eso.

—Ni de otra cosa. Procurariais tenerme en la mas absoluta ignorancia.

—Sí, señora.

—Por vuestro interés, para que os respetase mas.

Algunos se echaron á reir; Mad. Horton tosió; miss Woodley se ruborizó; lord Elmwood se sonrió; Dorriforth frunció el ceño; miss Fenton permaneció impasible.

Se cambió de conversacion, y miss Milner se retiró lo mas pronto que pudo.

Acababa de entrar en su cuarto, cuando el criado de Dorriforth la avisó que su amo estaba en su gabinete de estudio y queria hablarla.

Ella vaciló: recordó su conducta en casa de sir Elmwood, y presumió que su tutor la iba á hacer inculpaciones por ella.

Su conciencia la decia que no se las habia hecho nunca sin justicia.

En este momento entró miss Woodley, y era tal el espanto de miss Milner, que la rogó que la acompañase y la ayudase á justificarse.

—Como, dijo miss Woodley, no hace dos horas que no habeis necesitado de nadie para hacer frente á tantas personas, y demandais ayuda para hablar con vuestro tutor que os ha tratado siempre con tal dulzura.

—Su dulzura será lo que mas me espante y me impida hablar; yo no puedo usar contra él la ironía, y sin ella no podré aparecer ante él sino como un reo que confiesa sus faltas.

Rogó de nuevo á su amiga que la acompañase; pero habiéndose esta negado, tuvo que ir sola.

La diferencia de los objetos que nos rodean cambia nuestras maneras y hasta casi nuestra fisonomía.

Miss Milner en la quinta de Elmwood, rodeada de gentes que la aplaudian, no se parecia en nada á la de ahora, sola con su conciencia, y á punto de recibir las reprimendas de un tutor y un amigo.

Es siempre bella, pero está pálida; su aire, sus facciones, todo en ella ha cambiado.

En cuanto llegó á la puerta del gabinete, abrió con cierta agitacion de que apenas podia darse cuenta, y apareció ante Dorriforth en el estado de agitacion en que la hemos descrito.

Estaba este decidido á hablarla severamente, y su aire anunciaba su resolucion, pero desde que la vió cambió completamente.

Miss Milner se detuvo no osando aproximarse. Dorriforth vaciló como no sabiendo por dónde empezar, y sin saber lo que decia, dijo con voz dulce:

—Mi querida miss Milner...

Esperaba ella encontrarle irritado, y continuó temblando, aunque él la aseguró que solo iba á darla consejos, añadiendo:

—En cuanto á vuestros altercados con M. Sandfort, seria parcial si os culpase mas que á él. Pero tengo una pregunta que haceros. ¿Esperais aquí á milord Federico?

—Sí, señor, respondió sin vacilar.

—Tengo que haceros otra pregunta, y espero que respondais con la misma franqueza. ¿Lord Federico es el hombre que aceptareis por esposo?

—No... murmuró con voz alterada.

—Vuestras palabras me dicen una cosa y vuestro tono otra; ¿á cuál debo creer?

—A quien gusteis, dijo miss Milner con una mezcla de dignidad y de despique.

Esta respuesta admiró á Dorriforth, y no aclaró sus dudas.

—¿Por qué pues le animais á seguiros?

—¿Y por qué, dijo ella llorando, hago tantas locuras al dia?

—¿De ese modo dais vida á sus esperanzas sin el

designio de satisfacerlas? Esa conducta no puede durar, y seria yo culpable si la consintiera. Desde que llegue exijo que rehuseis verle, ó consintais en casaros con él.

En esta alternativa, miss Milner pareció vacilar, y en vez de esplicarse, dejó á su tutor tan dudoso como antes; pero la resolucion que acababa de anunciarla, sirvió no poco á calmar sus inquietudes.

CAPÍTULO XII.

Sir Edward Asthon, sin ser invitado por miss Milner, se permitia muchas veces ir á su casa, unas veces acompañando á lord Elmwood, y otras á visitar á M. Dorriforth, que no dejaba nunca de presentarle á las damas; pero sir Edward era tan incapaz de querer causar el mas leve disgusto al objeto de su amor, y se intimidaba tanto de su aire severo, que rara vez las dirigia otras palabras que las de pura etiqueta.

Este temor de ofender sin tener jamás el deseo de agradar, le rodeaba de cierta ridiculez, que hacia sonreir á veces á miss Milner, aunque frecuentemente su nombre bastaba para entristecerla; desde luego, su amor la importunaba tanto mas, cuanto que no podia envanecerla, mientras que los homenajes de Federico hacian mucho honor á sus encantos.

Acababa este de llegar y se habia presentado en casa de miss Milner. M. Dorriforth vió llegar su co-

che, y encargó á sus criados que dijesen que él estaba pero su pupila no.

Milord Federico dejó su nombre y partió.

Las damas le habian visto tambien. Miss Milner corrió al espejo á arreglar su tocado; sus facciones indicaban la impaciencia y la agitacion; pero en vano miró á la puerta; milord no entró.

En fin, despues de algunos minutos, la puerta se abrió y entró Dorriforth, que notó bien pronto que no era á él á quien se esperaba.

Miss Milner, recordando la proposicion que la habia hecho, no sabia qué aire tomar.

Aunque las otras damas estaban presentes, Dorriforth la dijo:

—Acaso, miss Milner, me acusareis de haber obrado demasiado libremente al haber cerrado vuestra puerta á milord Federico; pero hasta que haya tenido una entrevista con él, ó vos misma tengais la bondad de declarar vuestros sentimientos, creo que debo impedir sus visitas.

—Sé que llenareis siempre vuestro deber, con mi anuencia ó sin ella

—Pero lo haré con mas placer cuando no os contrarie.

—O no seré dueña de mis inclinaciones, ó serán las vuestras tambien.

—Permitid que las dirija y lo serán.

En este momento entró un criado.

—Señor, dijo, milord Federico ha vuelto y desea veros.

—Conducidlo á mi cuarto, dijo vivamente Dorriforth, y siguió al criado.

—Espero que no reñirán, dijo Mad. Horton con un tono que parecia indicar reñirian.

—Siento mucho, dijo friamente miss Fenton, ver turbarse asi vuestra tranquilidad, miss Milner.

El tiempo estaba tan malo que no se podia dar el

paseo matinal; las damas esperaban trabajando la hora de comer.

—¿Creeis, dijo por lo bajo miss Milner á miss Woodley, que Federico haya partido?

—No lo creo.

—Preguntadlo.

Miss Woodley salió; al cabo de un instante volvió á decirla al oido:

—Sube á su coche: acabo de verle atravesar el pátio con paso precipitado; parecia huir.

—Señoras, la comida está en la mesa, dijo madama Horton.

Pasaron todos al comedor, donde entró Dorriforth poco despues llamando la atencion general. Parecia turbado, y contra su costumbre, no pronunció una palabra.

Hacia el fin de la comida pareció reponerse un poco, aunque siempre con su aire descontento; se escusó de acompañar á las damas á paseo, y poco despues le vieron de lejos empeñado con M. Sandfort en una conversacion muy grave, sin duda porque á veces permanecian mas de un cuarto de hora en el mismo lugar.

Milord Elmwood, que se habia reunido á las damas, las acompañó hasta su casa, y casi al mismo tiempo Dorriforth volvió mucho mas sombrío: dijo á milord que le pedia una comida al dia siguiente para él y las damas, y se convino de una y otra parte.

Veiase que Dorriforth no estaba tranquilo; pero no pudo saberse la causa hasta el dia siguiente despues de comer.

Como una hora antes del momento en que debian retirarse las damas, un criado vino á pedir á miss Milner y miss Woodley que pasasen á otro cuarto donde hallaron á Dorriforth y Sandfort que las esperaban.

El primero pidió perdon á miss Milner de la especie

de solemnidad que daba á la entrevista, esperando que su disculpa se hallaria en las mismas cosas que tenia que decir y en el temor en que estaba de engañarse acerca de los sentimientos de su pupila, que no podia ser dichosa sin darlos á conocer positivamente.

—Sé, miss Milner, añadió, que en general el mundo permite á una soltera callar su preferencia á un amante: yo mismo estoy dispuesto á perdonar algun ligero disimulo inspirado por la modestia que siente toda mujer cuando se la habla de matrimonio; pero temo que abuseis de este derecho, y por eso, aunque ya me habeis respondido sobre este punto, os pregunto aun qué miras teneis sobre el matrimonio, y deseo oiros en presencia de una persona de vuestro sexo, á fin de que ella me indique el verdadero sentido de vuestras palabras, y me ayude á formar juicio.

Por toda respuesta á este discurso tan grave, miss Milner se volvió á M. Sandfort y le preguntó si era él la persona de su sexo que debia ilustrar á su tutor.

—Señorita, dijo Sanfort con cólera, no habeis venido aqui sino para tratar un asunto grave.

—Grave, en efecto, caballero, serán para mí todos los asuntos en que tengais parte, y desagradables tambien.

—Miss Milner, la dijo Dorriforth, no os he llamado aquí para disputar con M. Sandfort.

—¿Para qué haberle llamado entonces? Porque en cualquier parte que nos hallemos disputaremos.

—Le he hecho venir, señorita, ó mas bien os he traido á esta quinta para que él pudiera ilustrarme y tranquilizarme sobre una duda que mis reflexiones no han podido aun resolver.

—¿Y no hay otros testigos á quienes querais llamar para que justifiquen de mi veracidad? Llamadlos antes de empezar el interrogatorio. Yo no me opongo

á que el mundo entero oiga lo que digo y me juzgue como le plazca.

—Querida miss Milner... dijo miss Woodley con voz suplicante.

—Quizá, dijo Dorriforth, no estais dispuesta á responder á lo que voy á deciros.

—¿He rehusado nunca someterme á lo que me habeis exigido? ¿Por qué suponer que seré hoy menos dócil?

Iba á responder Dorriforth, cuando Sandfort, levantándose y dirigiéndose á la puerta, dijo:

—Cuando entreis en materia me volvereis á llamar.

—Quedáos, dijo Dorriforth; y vos, miss Milner, no solo os pido, sino que os mando que me digais si habeis hecho alguna promesa ó si habeis entregado vuestro corazon á milord Federico Lawnly.

Ella se ruborizó y dijo:

—Creia que la confesion debia ser siempre secreta; aunque no sea de vuestra comunion, quiero someterme, y hé aquí mi respuesta: milord Federico no tiene promesa alguna mia ni parte alguna en mis afecciones.

Sandfort, Dorriforth y miss Woodley se miraron sorprendidos y permanecieron mudos durante un momento.

Al fin Dorriforth la dijo:

—¿Y estais decidida á no concederle nunca vuestra mano?

—Ahora lo estoy.

—¡Ahora! ¿presumís pues que podreis cambiar?

—Las mujeres suelen hacerlo.

—Pero antes de ese cambio debeis dejar de ver á milord Federico: ¿teneis alguna razon para recibir sus visitas?

—Quisiéra que las continuara.

—¿Por qué?

—Porque me divierte.

—¡Qué vergüenza! eso seria comprometer vuestra reputacion y vuestro reposo. Sin embargo, aun es tiempo: no permitais que se aleje si no podeis renunciár á él sino á costa de vuestra felicidad.

—No; milord puede contribuir á mi diversion; á mi felicidad, nunca.

—Miss Woodley, preguntó Dorriforth: ¿dais á las palabras de vuestra amiga el sentido literal que yo las doy?

—Si, seguramente.

—¿Y eran esos los sentimientos que suponiais en ella?

Miss Woodley vaciló.

—Esta conversacion ha cambiado vuestras opiniones?

Miss Woodley dudó aun: luego dijo:

—Si, esta conversacion ha cambiado mis opiniones.

—¿Y no teneis duda alguna? dijo Sandfort mirándola con desprecio.

—No, señor, dijo miss Woodley.

—¿Vos las teneis pues? dijo Dorriforth.

—Os aconsejaré que obreis como si no tuviera ninguna, dijo Sandfort.

—Y bien, miss Milner, no vereis mas á milord Federico, y espero vuestro permiso para instruirle de esta resolucion.

—Os le doy, dijo ella con voz firme.

Su amiga la miró sin descubrir nada que desmintiera esta declaracion. Sandfort fijó tambien en ella sus ojos penetrantes, y no descubriendo ninguna emocion, se apresuró á decir:

—¿Y por qué no escribiria á milord Federico ella misma para impediros nuevas contestaciones con él?

—En efecto, miss Milner, dijo su tutor, eso seria hacerme un gran favor, porque tengo repugnancia á hablar sobre esto á milord Federico. En la última conferencia que tuve con él mostró demasiada impaciencia; ha creido poder tratar á un sacerdote con una

ligereza que yo no hubiera sufrido á no ser por el respeto que me debo á mí mismo y á mi estado.

—Dictadme lo que os plazca y lo escribiré, pues que teneis la bondad de permitirme rehusar los partidos que me desagradan, me creo obligada á libraros de las impertinencias de aquel á quien podeis poner objeciones.

—Pero, estad segura de que yo no puedo objetar ninguna otra cosa de importancia á milord Federico, dado que lo sea la alternativa que vuestras relaciones me han obligado á proponeros y que os propondria respecto á otro cualquiera en las mismas circunstancias. Sin embargo, como os habeis convenido de un modo tan dócil en romper con él, no os hablaré mas de un asunto de que os he hablado demasiado, y concluiré diciéndoos que vuestra pronta condescendencia me ha dejado muy satisfecho.

—¿Espero, señor Sandfort, dijo sonriéndose miss Milner, que no estais menos satisfecho vos?

Sandfort, que no podia decir si, pero que hubiera tenido vergüenza de decir no, tomó el partido de no responder sino por sus miradas de desconfianza. Miss Milner le hizo una profunda reverencia, y dando la mano á su tutor, subió con él y con miss Woodley al coche que debia conducirlos á su casa.

CAPÍTULO XIII.

A pesar de la aparente facilidad con que miss Milner habia renunciado á milord Federico, pareció en el camino de su casa haber perdido mucho de su natural alegría; estaba distraida, y hasta una vez suspiró.

Dorriforth empezó á creer que habia sacrificado su amor y faltado á la verdad; ¿pero por qué? No se comprendia.

Al entrar en un camino estrecho y penoso en que el coche avanzaba lentamente, miss Milner sacó la cabeza por la ventanilla, y sus ojos se animaron de repente: en el mismo instante se vió aparecer á milord Federico á caballo. Acercóse á la portezuela, y el coche se detuvo.

—Miss Milner, esclamó milord con una voz que partia del corazon, ¡qué dichoso soy con veros aunque solo deba esta dicha á la casualidad!

Conocíase que miss Milner se alegraba tambien de este encuentro; pero la vivacidad de milord la hizo

reportarse, y respondió con frialdad. Esta reserva hizo sospechar á Federico, quien la acompañaba, y viendo á Dorriforth apartó la cabeza sin dignarse saludar.

Miss Milner se puso como la grana; miss Woodley estaba sobre espinas; Dorriforth solo parecia insensible á esta grosería.

La jóven miss ordenó que se hiciera avanzar el coche.

—No, esclamó lord Federico, hasta que me hayais dicho dónde podré volver á veros.

—Os escribiré, dijo ella con voz turbada; os prometo escribiros en cuanto llegue á casa.

Como si hubiera adivinado todo Federico, esclamó:

—Pensad, señorita, en el modo con que me tratais en ella; y vos, M. Dorriforth, pensad que si la dictais, á vos será á quien responderé.

Dorriforth, sin replicar, sin mirarle, se inclinó á la portezuela opuesta, y dijo al cochero con tono de cólera:

—¿Cómo no marchais mas de prisa, á pesar de la órden de vuestra ama?

La cólera de Dorriforth era una cosa tan nueva para sus criados, que hizo sobre el cochero el efecto del trueno, y partió con tal rapidez, que en un momento lord Federico quedó muy atrás.

En cuanto se repuso de su sorpresa, picó espuelas, y siguió el coche hasta la casa de miss Milner.

Allí, abandonándose á su amor por ella, ó á su enojo contra Dorriforth, echó pié á tierra en el momento en que miss Milner bajaba del coche, y cogiendo su mano, la suplicó que no la abandonase por complacer á un sacerdote hipócrita.

Dorriforth estaba demasiado cerca para no oir estas palabras; pero guardó silencio.

Miss Milner, por su parte, se esforzaba en rescatar su mano, suplicando á milord que la permitiese no

responderle en aquel momento; pero él, en vez de soltarla, llevó su mano á los lábios con ardor y parecia querer devorarla, cuando Dorriforth, por un movimiento impremeditado, se lanzó sobre él y le aplicó un violento bofeton.

La sorpresa y la fuerza del golpe hicieron vacilar á milord; abandonó la mano de miss Milner, y Dorriforth se apoderó de ella para hacer entrar á su pupila en su casa.

Miss Milner estaba sumamente espantada. En cuanto con el auxilio de sus doncellas la colocó en un sofá, no pudiendo resistir á los movimientos de vergüenza que le agitaban, Dorriforth cayó á sus pies suplicándola que le perdonase la grosería de que se habia hecho culpable delante de ella. Miss Milner no pudo resistir la humillacion de su tutor; creyó ver á su padre arrodillado á sus pies, y con una agitacion que no es fácil esplicar, le suplicó que se levantase, repitiéndole muchas veces que no habiendo sido dueño de sí, la habia probado su interés por ella.

Miss Woodley entró en este momento. Los infortunados tenian siempre derecho á sus cuidados; acababa de prodigárselos á milord Federico, á quien habia exhortado á la paciencia, mientras que él exhalaba su furor en amenazas contra los criados que no le permitian entrar, hasta que pensando en la satisfaccion que obligaria á dar á Dorriforth, se calmó un poco, volvió á montar á caballo, y se alejó del lugar de su desgracia.

En cuanto entró miss Woodley, Dorriforth la encargó de su pupila y corrió al lugar en que habia dejado á Federico, sin pensar en lo que podria suceder si aun le encontraba; pero habiendo sabido que habia partido ya, se encerró en su cuarto en un estado mas digno de compasion que aquel en que habia dejado á su adversario. Entregado á sus remordimientos, sus primeras reflexiones fueron estas:

—He violado la dignidad de mi carácter y la santidad de mi estado, me he faltado á mí mismo; no soy un filósofo, sino un espadachin: he hecho una injuria á un jóven respetable por su nacimiento, cuyo único delito era el natural deseo de agradar á su amada. Debo satisfacerle como él quiera. Las leyes del honor me ordenan darle mi vida si la pide; ¡que no la hubiera yo perdido esta mañana sin cometer esta falta que apenas mi muerte podrá espiar!

Se detuvo un momento y continuó:

—He llenado de espanto el corazon de una mujer encantadora á quien debia proteger contra tales violencias; me he atraido los justos reproches de mi maestro y amigo, del hombre cuya aprobacion era siempre mi recompensa, y, lo que me ahoga mas, me he espuesto á las recriminaciones de mi conciencia.

¿Dónde huir de mí? añadió paseándose aceleradamente; ¿bajaré donde están las damas? Soy indigno de su compañía. ¿Cómo pasaré esta larga noche? El sueño huirá de mí. ¿Iré á desahogarme con Sandfort? No osaré confesarle mi pena. ¿Iré á buscar á Federico, á pedirle perdon?... me despreciaria como á un cobarde... ¡No!

Y levantando los ojos al cielo, esclamó:

¡Oh, tú, cuya grandeza y sabiduría igualan á tu omnipotencia; tú, á quien he ofendido, á ti solo acudo en este momento de angustia! de tí solo espero los socorros que ningun otro sér me puede dar, y la confianza con que te implore, me paga en este momento todos los esfuerzos que he hecho durante mi vida para ser digno de servirte.

CAPÍTULO XIV.

Aunque miss Milner no hubiese previsto que ningun acontecimiento funesto debiera resultar del ultraje hecho á Federico, pasó una noche menos tranquila que de ordinario. En cuanto se adormecia, mil imágenes vanas, pero penosas, se ofrecian á su imaginacion; á veces su corazon le decia: «Federico está desterrado para siempre de tu presencia.» Apenas habia alejado de sí esta idea importuna, se despertaba sobresaltada y veia á Federico abofeteado por su tutor; en seguida veia á este arrodillado ante ella... Suspira, tiembla, y se siente helada de espanto.

Un poco consolada por el llanto, se adormece hasta la mañana, despiértase aun para ver las mismas imágenes.

Levantóse, en fin, tan lánguida, tan fatigada, que durante el desayuno su abatimiento chocó á Dorriforth y aumentó sus penas.

En el momento en que, acabado el desayuno,

Dorriforth salia de la sala, un oficial, de parte de Federico, le trajo un cartel de desafío.

El respondió:

—Acaso, caballero, por mi cualidad de eclesiástico, estaria autorizado á no responder á este mensaje; pero puesto que he sido bastante débil para ofender, debo una reparacion y no quiero usar de ningun título para evitarme de darla..

—¿Ireis pues al lugar indicado por milord Federico?

—Voy á buscar un amigo que me acompañe.

Habiéndose quedado solo, Dorriforth no osó entregarse á sus reflexiones. Por primera vez se le hacian penosas, y hasta en el corto camino que tuvo que andar para llegar á la quinta de Elmwood, la soledad, hasta entonces tan deliciosa para él, se le hizo tan enojosa, que tuvo que hablar con su criado para distraerse.

Llegado que hubo á la quinta, la presencia de Sandfort fué para él un nuevo suplicio. Sabia cuán opuestos eran á los de este respetable amigo los principios que seguia.

Estuvo con él lo menos que pudo, y pasando al cuarto de su primo, le reveló el motivo de su venida, es decir, la eleccion que habia hecho de él para testigo. El jóven tembló y quiso antes de todo consultar á su director; pero Dorriforth se opuso con todo su poder, y le hizo prometer que aquella misma tarde le acompañaria al lugar de la cita, que estaba á algunas millas de la quinta.

En cuanto obtuvo esta promesa, volvió á su casa á disponerlo todo para el caso de que el suceso le fuera desfavorable: escribió muchas cartas á sus amigos y una para su pupila: al escribir esta se sintió próximo á perder su firmeza.

Sandfort, al entrar en el gabinete de su discípulo, estrañó su turbacion y la falta de Dorriforth.

El jóven indicó al principio que se le habia confiado un secreto, y acabó por revelarlo todo.

Sandfort se enfureció cuanto un santo puede enfurecerse. Condenó á Dorriforth por haber provocado el duelo y por haberle aceptado, y se felicitó creyéndose llamado, no solo á salvar la vida de su amigo, sino á evitar el escándalo de semejante desafío.

En el fervor de su piadoso designio corrió á casa de miss Milner, y entró en esta casa que se habia vedado en el momento en que mas reñido se hallaba con su dueña.

Corrió al cuarto de Dorriforth y comenzó por derramar en él toda la amargura de su alma. Este lo confesó todo; pero ni los ruegos ni las amenazas pudieron obtener que retirase la palabra que habia dado. Al cabo de dos horas, Sandfort le dejó desesperado de no haber obtenido nada, pero resuelto á no sufrir que lord Elmwood se hiciera su cómplice. Dorriforth resolvió encontrar otro testigo.

Al ir á salir Sandfort, encontró á las damas que venian del jardin con miss Milner. Esta se sorprendió de verle; pero sin dejarlo notar se dirigió á él y le estrechó la mano con mas cariño del que nunca le habia mostrado.

Dorriforth, sin parecer advertirlo, dijo:

—Perdonad, señorita, pero no he vacilado en venir para evitar un homicidio.

—¡Un homicidio! esclamaron las damas.

—Sí, añadió dirigiéndose á miss Fenton, vuestro futuro esposo era de la partida; debia ser testigo de Dorriforth, que no contento con el bofeton que dió ayer, quiere dar ó recibir la muerte de milord Federico.

—¡Dios nos libre! dijo miss Woodley levantando los ojos al cielo.

Miss Milner, sin proferir una palabra, cayó desmayada.

Levantáronla y lleváronla al cuarto que daba al

jardin; volvió pronto en sí á causa de su misma agitacion; quiso, á pesar de su debilidad, ir al cuarto de su tutor para apartarle de su funesto empeño; pero antes de llegar volvió á desmayarse.

Pusiéronla en un sillon, y miss Woodley se encargó de llamar á Dorriforth, que acudió al momento, reprochándose ser la causa de este trastorno.

En cuanto entró, Sandfort, que notó su agitacion, esclamó:

—Miss Milner, ved al hombre á quien os han *confiado*, y apoyó con afectacion esta última palabra.

Dorriforth estaba demasiado ocupado de su pupila para responderle, y sentándose junto á ella, trató de calmar sus temores.

—Señor Dorriforth, le dijo ella, tengo que pediros una gracia, y es que me deis vuestra palabra, á la cual sé que nunca faltais, de no ver á milord Federico.

Dorriforth vaciló

—¡Oh, señorita! dijo Sandfort, no es el mismo; yo no fiaria ya en su palabra.

—Hariais mal, dijo Dorriforth con acritud; podeis creer que sostendré la que os he dado. Milord tendrá de mi cuantas satisfacciones quiera.—Pero, mi querida miss Milner, no os alarmeis; podemos diferir el vernos de aquí á algunos dias, y entre tanto una esplicacion puede arreglarlo todo: considerad qué pocos duelos son funestos, y qué escasa pérdida seria para la sociedad...

—Esa pérdida haria correr mis lágrimas durante toda mi vida, ó mas bien, yo no sobreviviria á ninguno de los dos.

—En cuanto á mí, dijo Dorriforth, creo que no tiene tantos derechos sobre mi vida, como sobre la de los culpables tienen las leyes de mi pais. El honor es la ley de la parte mas noble del género humano: quien le viola merece castigo: sin embargo, confio en que todo acabará bien. ¿Creeis que yo permaneceria

tan tranquilo si debiera encontrarme dentro de poco con milord Federico?

—Sí, dijo Sandfort, como indicando que estaba bien informado.

—No nos dejareis en todo el dia, dijo miss Milner.

—Estoy convidado á comer... es una desgracia, pero volveré pronto...

—Muerto ó manchado con sangre humana... esclamó Sandfort.

Las damas levantaron las manos al cielo, y miss Milner cayó á las rodillas de su tutor.

—Ayer os arrodillásteis delante de mí; hoy me toca á mi arrodillarme delante de vos... Soy débil, ligera, inconsecuente... pero tengo en el corazon impresiones que no se borran... No, yo no puedo disimular mas un amor que no puedo vencer... Amo á Federico Lawnly.

Su tutor tembló.

—Si, le amo (ella parecia fuera de sí); me avergüenzo de esta confesion; pero me es necesaria... pero el peligro... os suplico que conserveis su vida...

—Tal era mi pensamiento, dijo Sandfort.

—¡Buen Dios! esclamó miss Woodley.

—Pero es natural, dijo Mad. Horton.

—Confieso, dijo Dorriforth levantando á su pupila, que estoy asombrado de ver tanta contradiccion en vuestro carácter.

—¿No os lo decia yo? dijo Sandfort.

—Sin embargo os prometo, y no os engañaré aunque me hayais engañado tantas veces, que milord no correrá ningun peligro; pero que esto os enseñe...

Iba á continuar con tono mas severo; pero notando la turbacion que sus palabras habian producido en su pupila, la dijo con mas dulzura:

—Que esto os enseñe cómo debeis conduciros con los que solo desean vuestra ventura. Me habeis pre-

cipitado en un error que hubiera podido costarme la vida, ó privaros del hombre que amais...

—No soy digna de vuestra amistad, dijo ella sollozando; abandonadme...

—No, señorita, porque este momento me enseña cómo puedo haceros feliz.

Todos se retiraban temiendo importunar en estas esplicaciones, cuando miss Milner detuvo á mis Woodley diciéndola:

—No me abandoneis... nunca he necesitado tanto de vuestra amistad.

—Quizá ahora os podreis pasar sin la mia, dijo Dorriforth.

Ella no respondió. El la aseguró de nuevo que no tenia nada que temer por la vida de Federico, y salió de la sala; pero acordándose de la humillacion en que dejaba á su pupila, volvió y añadió:

—Estad segura, señorita, de que mi estimacion para vos será la misma que antes.

Sandfort, que le seguia, saludó á miss Milner y repitió las mismas palabras de Dorriforth.

—Estad segura, señorita, de que mi estimacion por vos será... la misma que antes.

CAPÍTULO XV.

Por picante que fuera esta despedida, miss Milner no paró en ella la atencion, porque sus ideas estaban fijas en un asunto mucho mas importante En cuanto se vió sola con su amiga, se arrojó en sus brazos preguntándola con inquietud qué pensaba de su conducta; pero con el deseo de reconciliarla consigo misma, esta la alabó su franqueza.

—¡Mi franqueza! esclamó miss Milner con la mayor agitacion; ¡lo que he dicho no es verdad!

—¡Cómo!

—¡Oh, miss Woodley! prosiguió ocultando sus lágrimas en el seno de su amiga; compadeced á mi corazon que la naturaleza habia formado sincero, pero que se ha entregado á una debilidad tal que quiero sufrir los mayores tormentos antes que confesarla.

—¿Qué significa eso? esclamó miss Woodley con muestras del mayor asombro.

—¿Creeis que ame á milord Federico? ¿creeis que

pueda amarle? ¡Oh! corred á impedir á mi tutor inducirle en semejante error.

—¿Qué significa esto? Me espantais... repitió miss Woodley, á quien tantas contradicciones hacian temer por la razon de su amiga.

—Corred, prosiguió esta, prevenid las consecuencias de esta mentira que nos envolveria en dificultades mayores que las que nos han rodeado hasta hoy.

—¿Pero qué motivo os ha obligado á decir eso?

—El que dirige todas mis acciones... un poder irresistible, una fatalidad que me hará siempre la mas desgraciada de las mujeres... y vos... sí, vos misma no tendreis piedad de ella.

Miss Woodley la estrechó en sus brazos protestándola que pues era desgraciada, fuera la que quisiera la causa de sus penas, ella la consolaria.

Id pues á buscar á M. Dorriforth é impedidle engañar á Federico.

—Pero ese error es el único medio de prevenir ese duelo funesto: en cuanto yo le diga que vuestra confesion no era sincera aceptará el desafio.

—Y bien, de todos modos estoy perdida... pero ese duelo es horrible... mas horrible que todo lo demás...

—¿Y por qué? si no teneis ningun interés es por milord Federico...

—Pero, replicó miss Milner mirándola con ojos delirantes, ¿estais ciega? ¿pensais que no tengo interés por M. Dorriforth? ¡Oh, miss Woodley! yo le amo con toda la ternura de una esposa, con todo el ardor de una amante...

A estas palabras, miss Woodley cayó sobre una silla que dichosamente estaba cerca de ella: tembló, y palideció

Miss Milner, tomándola la mano, añadió:

—Veo cuáles son vuestros sentimientos, cuánto me odiais, cuánto me despreciais; pero el cielo es testigo de los combates que he sostenido. Nunca me hubiera

confesado á mí misma mi locura, si la vista del peligr, que le amenaza...

—Deteneos... esclamó horrorizada miss Woodley.

—Y hasta ahora, ¿á quién lo he revelado sino á vos? Por ocultarlo, ¿no me he arrojado en enredos sin salida? ¡ay! ¿puedo abrigar alguna esperanza? No, ni puedo ni quiero. Pero dejadme confesaros mi debilidad, dejadme conjurar vuestra amistad para que me ayude á vencerme. ¡Oh, amiga mia! no me rehuseis vuestros consejos; ¡salvadme de los escollos que me rodean!

Dícese que la educacion es una segunda naturaleza; pero la educacion comun y limitada de miss Woodley se habia fortalecido en ella aun mas que la naturaleza misma. Como á sus ojos nada era mas sagrado que los votos, las personas y las cosas consagradas al cielo, profanarlos era á sus ojos el mas odioso de los crímenes.

Este modo de pensar no era desconocido tampoco á miss Milner, que habia hallado semejantes opiniones en su familia, desde luego su razon la decia que los votos solemnes, cualesquiera que fuese su naturaleza, debian ser sagrados, y cuanto mas respetaba las virtudes de su tutor, menos podia creer que faltase á sus juramentos. La estimacion que le profesaba se estendia á todas sus ideas, hasta aquellas que tenian por objeto la religion, pero este amor no hubiera echado tan profundas raices en su corazon si sus creencias no hubieran diferido de las de M. Dorriforth; si hubiera sido católica, su admiracion se hubiera encerrado en sus justos límites, y la educacion la hubiera preservado, como preserva al hermano de amar á su hermana.

Desgraciadamente la religion no la socorria, y la sola prueba que tenia de que su amor era culpable, era su certidumbre de que su tutor se horrorizaria de él si le supiera.

Miss Woodley volvió un poco de su asombro, y aunque detestando siempre la pasion de su amiga, comenzó á compadecerse de ella. Sus desgracias la reconciliaron con sus faltas, y la preguntó qué podia hacer para templar sus pesares.

—Hacedme olvidar, la respondió miss Milner, todos los momentos que han pasado desde la primera vez que os ví; cada uno de ellos me ha conducido á un abismo de penas en que permaneceré toda mi vida.

—Y aun despues de muerta si no os arrepentis... Iba á continuar, pero todos los pesares de miss Milner no podian hacerla olvidar el peligro de Dorriforth: llamó para saber si estaba en casa, y la respondieron que habia salido.

—Acordáos, la dijo miss Woodley, de que no debia comer aquí, segun nos dijo.

Esta reflexion no satisfizo á miss Milner, que envió dos criados para que le buscasen, encargándoles evitar el duelo. Sandfort, por su parte, habia tomado tambien sus precauciones; pero aunque sabia la hora, no sabia fijamente el lugar del desafío, porque lord Elmwood en su sorpresa se habia olvidado de preguntarlo.

El espanto, la inquietud de miss Milner, fueron atribuidas por todos á su amor á Federico, y nadie, á escepcion de miss Woodley, sospechó la verdadera causa.

M. Horton y miss Fenton se ocupaban de lamentarse de la mala fé atribuida á su sexo y que miss Milner probaba; pero á pesar del interés de su conversacion deseaba que llegase la pobre niña á quien abrumaban con sus inocentes calumnias, inocentes sin duda porque, ¿no eran una y otra sus amigas? Deseaban ver si se atreveria á mirarlas, despues de haberlas protestado tantas veces que no amaba á Federico. Por esto oyeron anunciar con gusto que la comida estaba servida; pero miss Milner no las dió el placer que esperaban, porque pensó tan poco en ellas

que no la causaron ningun rubor. No era á ellas á quienes habia hecho la confesion que la avergonzaba, y hubiera deseado que lo que habian oido fuera la verdad.

Se levantaban de la mesa cuando entró milord Elmwood; este inocente jóven las dijo que M. Sandfort le habia causado mucho disgusto impidiéndole acompañar á su primo, porque temia que este se precipitase sobre la espada de milord Federico, sin tener un amigo que le socorriese. Una mirada severa de miss Woodley impidió á miss Milner mostrar el espanto que le causaron estas palabras. Miss Fenton replicó:

—Pero ahora no sé por qué M. Dorriforth y Federico no han de ser amigos.

—Seguramente, dijo Mad. Horton, porque en cuanto Federico sepa la confesion de miss Milner, olvidará todo resentimiento.

—¿Qué confesion? preguntó lord Elmwood.

Miss Milner, por no oir repetir lo que no podia repetirse á sí misma, se levantó para pasar á su cuarto, pero sus fuerzas la abandonaron; cayó sobre una silla y fué necesario que su amiga y miss Woodley la llevaran á su tocador. Solas allí las dos amigas, evitaron pronunciar el nombre de Dorriforth y las vanidades del mundo, las delicias de la soledad y otros lugares comunes sirvieron durante dos horas de pasto á su conversacion.

La primera vez que se nombró á M. Dorriforth, le nombró un criado anunciándole. En seguida entró y se aproximó con interés á miss Milner. Miss Woodley vió brillar la alegría y el amor en el rostro de su amiga, y no se levantó como de costumbre para ceder su silla á su tutor, quien tuvo que hacer de pié la relacion de su entrevista con Federico.

Pero trasportada de alegría de volver á ver á su tutor, miss Milner no se acordó de preguntar por Federico; todas las alegrías posibles se pintaban en su

rostro en el momento en que su tutor llegaba tal vez de quitarle la vida; pero Dorriforth dió á esto una interpretacion favorable y dijo:

—Ya ves en mi aire que todo ha terminado bien, aunque no he tenido tiempo de deciros lo que ha pasado.

Esta reflexion volvió en sí á miss Milner que procuró fingir un aire contrito.

Dorriforth la aseguró de nuevo que Federico estaba sano y salvo.

—La afrenta que le he hecho, dijo, ha sido borrada con algunas gotas de mi sangre.

Y señaló su brazo izquierdo que tenia como entablillado.

Miss Milner entonces, viendo en la manga el agujero de la bala, lanzó un grito involuntario, y cayó en su sillon medio desmayada.

Miss Woodley, en vez de mostrarla su acostumbrada simpatía, la dijo:

—Sabeis que Federico está sano y salvo, no debe quedaros ninguna alarma.

Y no se apresuró á socorrerla, hasta que Dorriforth quiso hacerlo, que entonces ella se adelantó y le aseguró que no tenia que tener cuidado. Tranquilizado Dorriforth pasó á su cuarto donde le esperaba el cirujano para curarle su herida.

CAPÍTULO XVI.

Miss Woodley era la mujer menos capaz de abusar de un secreto, pero tambien de compartir el crimen de su amiga, porque despues del asesinato, ella no conocia otro mayor que este amor, si llegaba á ser dichoso. Quizá su razon hubiera podido decirla que el adulterio tenia peores consecuencias, pero para una alma piadosa, ¿qué cosa mas horrible que la palabra sacrilegio? Las promesas hechas al cielo le parecian mas sagradas que las hechas al hombre. Además, la infidelidad de los esposos ha llegado á ser tan comun, que la costumbre de oir hablar de él, hace este crimen menos odioso á un alma vulgar; pero ella no conocia ejemplos de sacrilegios que no hubiera marcado la venganza divina, y el castigo milagroso que los ha seguido la inspiraba mas horror aun hácia ellos.

Por esto resolvió no descuidar medio alguno, por riguroso que fuera, para curar á su amiga, y lo que la hacia confiar mas en un feliz resultado era la segu-

ridad que tenia de que Dorriforth no compartiria nunca este cariño. Sin embargo, procuró que no le conociera para que no pudiese reprovecharse la fatal pasion que sin querer habia producido.

Empeñó fácilmente á su amiga en velar sobre si esto era fácil; pero quedaba otro esfuerzo mayor que hacer, separarla de su tutor. Miss Woodley reflexionó algun tiempo acerca de la necesidad de esta medida antes de hablarle ella, y en seguida la propuso con una firmeza digna de Dorriforth.

En los dias que pasaron entre la confesion de su amor á Federico, y esta proposicion de miss Woodley nada mas contradictorio que las resoluciones que tomaba miss Milner para sustraerse al matrimonio que la amenazaba con Federico, y ocultar su vergonzosa pasion; estuvo hasta por decir que amaba á Asthon.

En el combate que habia tenido lugar entre Federico y Dorriforth, este, habiendo sufrido el fuego de su adversario, se habia negado á disparar, con lo cual se habia mostrado fiel á su promesa de no poner en peligro la vida de Federico y casi se habia reconciliado con Sandfort.

Este, habiendo faltado una vez á su promesa de no entrar en casa de miss Milner, no dificultaba el volver aunque evitando siempre encontrarse con la dueña de la casa, y manifestándola si la encontraba, que duraban sus resentimientos.

La tarde misma del duelo, visitó á Dorriforth, y al dia siguiente vino á desayunarse con él. Miss Milner no habia vuelto á ver á su tutor desde que él fué á hablarla de las consecuencias del duelo; pero habia preguntado á su criado, y supo con placer que su herida no era de gravedad. Aun esta pregunta la habia ocultado á miss Woodley.

Cuando Dorriforth salió al dia siguiente, se notaba en él que se habia desembarazado de un gran peso, y aunque sus últimas penas habian dejado señales de

languidez en su rostro, una dulce satisfaccion se dejaba notar en sus palabras y movimientos. Lejos de guardar á su pupila ningun resentimiento, parecia compadecerse de su debilidad y querer calmar la turbacion en que la abismaba el recuerdo de su conducta. Lo consiguió fácilmente. Miss Milner parecia calmarse cuando él la hablaba, y si la mirada de miss Woodley no la hubiera tenido sobre sí, hubiera descubierto el placer que tenia en verle salvo despues del peligro que habia corrido.

Pero poco faltó para que no fuesen demasiado fuertes para ella estas emociones, cuando en el momento en que se retiraba, despues de la comida, su tutor la dijo:

—¿Tendreis la bondad de pasar un momento á m gabinete? Tengo que hablaros de asuntos que os interesan.

—Sí, señor, respondió ella, y sus ojos brillaron de alegría.

No se imagine el lector, sin embargo, que tuviera algun pensamiento que la mas pura de las almas sumisas al amor no pudieran permitirse.

El amor verdadero (al menos en el corazon de una mujer delicada) se contenta muchas veces con esos ligeros goces que irritan los deseos y que desesperarian á otra cualquiera. La pasion pura y sincera y reservada de miss Milner no imaginaba nada mas dulce que estar cerca del objeto amado, y como sus deseos no iban mas allá de sus esperanzas, el colmo de la felicidad era para ella una conversacion á solas con su tutor.

Mientras las damas estuvieron en el mismo cuarto que Dorriforth, miss Milner solo pensó en él. En cuanto pasaron á otra pieza, se acordó de miss Woodley, y volviendo la cabeza le fué fácil advertir en su semblante la desconfianza y el enojo; pero acordándose de que iba á hablar á su tutor y él no responderia si

no á ella, esta idea absorbió todas las otras y miró con indiferencia el dolor y la cólera de su amiga.

Hagamos justicia sin embargo á su corazon. No deseaba enredar á M. Dorriforth en los lazos del amor; y si un poder sobrenatural la hubiera dado los medios de conseguirlo, hubiera encontrado en sí bastante virtud para rehusarlos; pero sin preguntarse á sí misma cuáles eran sus designios, siempre estaba ocupada en agradarle; y en este mismo momento, sin escuchar lo que miss Woodley parecia advertirla por sus miradas, corrió á un espejo para dar á su tocado las formas que creia mas seductoras.

Llegó por fin el momento deseado. Sola con su tutor, su turbacion hizo inútiles sus gracias estudiadas; pero en cambio brilló con su belleza natural, y quizá por lo mismo nunca fué tan peligrosa.

En estas entrevistas, Dorriforth habia notado siempre en ella el mismo respeto y el mismo embarazo: asi es que ella no pronunciaba jamás una palabra severa.

Esta vez comenzó la viva satisfaccion que se habia dado descubriéndole sus sentimientos.

—Bien considerado, añadió, me alegro de que sean esos; porque aunque Federico no sea precisamente el hombre que yo os hubiera escogido segun las ideas del mundo, pudiérais haber hecho peor eleccion, y en ese caso, mi repugnancia á contrariar vuestras inclinaciones no me hubiera permitido oponerme tampoco. Ahora, mi solo deseo al pediros esta entrevista es saber por vos misma qué medida creeis mas á propósito para instruir á milord Federico de que á pesar de vuestra última negativa, puede concebir alguna esperanza.

—Diferid el instruirle de ese, dijo ella vivamente.

—Perdonad, pero no puede ser. ¿Como he de aprobar una conducta tan poco digna de vuestra bondad? Deseo tan ardientemente hacer feliz al hombre que os

ama, que cuando lo he visto armado contra mí, le hubiera revelado vuestros sentimientos, si no hubiera temido que mirase esta confesion como cobardía. Despues del combate, mi impaciencia por informaros de él no me permitió ocuparme de otra cosa; y os confieso ademas, que á consecuencia de vuestras negativas anteriores, esta confesion es delicada. Por eso os pido vuestro parecer sobre la forma que convendrá darla.

—M. Dorriforth, ¿no podreis disculpar nada á mi agitacion á la vista de un peligro? ¿Por qué me dariais prisa para que manifestase á Federico sentimientos que ahora, mas calmada, no podria garantir?

—No habia nada de equivoco en vuestras palabras; si como creo no estábais al decirlas, eso mismo prueba su verdad. En vano una mal entendida modestia os moveria á retractaros; nada me hará cambiar de opinion.

—Mucho lo siento... dijo temblorosa.

—¿Por qué? Encargadme de hacerme conocer vuestros sentimientos; yo lo haré con delicadeza. Una ligera indicacion bastará. La esperanza, sobre todo en un amante, está siempre dispuesta á interpretar las palabras menos significativas.

—Nunca he dado esperanzas á milord.

—Pero tampoco le habeis desesperado.

—Sin duda que no, cuando ha continuado sus galanterías.

—Miss Milner, por muy ligera que hayais podido ser en asuntos frívolos, confieso que en materia tan grave esperaba mas firmeza en vuestros sentimientos.

—Son firmes, señor, y si he variado ha sido en una desgraciada circunstancia en que no estaba en mí.

—¿Segun eso, asegurais de nuevo no tener inclinacion alguna á Federico?

—No tener por lo menos la necesaria para desposarle.

—La idea de matrimonio os espanta; y esto me sorprende, porque me prueba que mirais al porvenir; pero ¿no hay tambien desventajas y peligros en vuestro estado? Creo que para una jóven dotada de vuestras gracias, hay mas que bajo la proteccion de un marido.

—Mi padre creyó que la vuestra me bastase.

—Mas bien para dirigir vuestra eleccion que para impediros hacerla Permitidme repetiros una observacion que he hecho muchas veces en vuestra presencia, y que debo á miss Fenton. Su fortuna no es tan considerable, sus gracias son menores que las vuestras...

Un rayo de alegría coloreó el semblante de miss Milner.

Toda su sangre, si puede decirse, pasó á su esterior, y cada una de sus fibras palpitó del secreto placer que sentia al ser juzgada por Dorriforth mas bella que miss Fenton.

Dorriforth continuó:

—Desde luego, en el carácter de miss Fenton hay una tranquilidad que haria para ella menos peligroso, si le tomase, el partido de vivir sola; sin embargo, como no piensa retirarse del mundo, cree que es de su deber aceptar un esposo, y por docilidad á sus amigos se casará dentro de pocas semanas.

—Miss Fenton puede casarse por obediencia, yo no.

—¿Quereis decir que solo el amor os determinará?

—Sí señor.

—Es asunto que ignoro; pero lo poco que sé me hace ver claramente que lo que dijisteis ayer, en medio de vuestras alarmas por la vida de milord, debia ser inspirado por una pasion violenta.

—Y bien, *lo poco que sabeis* os ha engañado; si

hubiérais *sabido mas*, hubiérais pensado de otro modo.

—Quiero creerlo; pero sin erigirme en juez, llamaré á los que os oyeron como yo.

—¿A Mad. Horton y M. Sandfort?

—No, á miss Fenton y miss Woodley.

—Yo creo, dijo ella sonriendo, que la teoría seria tambien la regla de su juicio

—Así, ¿debo creer que os negueis aun á casaros con milord Federico?

—Sí señor.

—¿Consentís en no volver á verle?

—Consiento.

—Y nada de lo que ayer dijisteis era conforme.

—En aquel momento no era yo dueña de mí.

En este momento la puerta se abrió y entró M. Sandfort.

Dió un paso atrás viendo á miss Milner que iba á retirarse; pero Dorriforth le detuvo diciéndole:

—Decidme, señor Sandfort, por medio de qué poder lograré determinar á miss Milner á concederme la confianza que se debe á un amigo, á abrirme su corazon, á fiarse en fin de mí, cuando la aseguro que mi solo deseo es hacerla dichosa.

—Conoceis mi opinion acerca de esta señorita, repitió Sandfort; pienso de ella siempre lo mismo.

—Pero decidme cómo inspiraría confianza.

—No teneis el don de los milagros, no sois bastante santo para eso.

—Pero ese don le posee sin duda mi pupila; porque poder que no fuera sobrenatural, podia hacerla desmentir hoy lo que delante de vos y tantos otros declaró ayer.

—¿Y llamais á eso un milagro? El milagro hubiera sido lo contrario. ¿No desmintió ayer lo que antes de

ayer habia dicho? Mañana desmentirá lo que ha dicho hoy.

—Plegue á Dios que así sea, dijo Dorriforth con voz dulce notando las lágrimas que hacia verter á su pupila el tono rudo y los severos reproches de Sandfort.

—Perdonad dijo este, el modo con que he hablado de la dueña de la casa. Ningun negocio me llama aquí; pero donde quiera que esteis, Dorriforth, á menos que se me despida, vendré.

Miss Milner se inclinó como para hacerle comprender que siempre seria bien recibido.

El continuó:

—Yo no tengo escusa por haberme abstenido de venir, privándoos de mis consejos. ¿Qué ha sucedido? Habeis estado á pique de ser muerto, y lo que es peor, escomulgado, porque si hubiérais respondido al fuego de vuestro adversario, todo mi crédito en Roma no os hubiera salvado. Vendré pues como un misionero en medio de los salvajes, y si puedo poneros al abrigo de los disgustos que esta señorita os prepara, quedaré recompensado.

Sandfort habia hablado con calor, y estas palabras *los disgustos que esta señorita os prepara* resonaron en su oido como el grito del ave de la noche. El espanto y la supersticion cercaron su alma, y faltó poco para que no cayera como anonadada.

Dorriforth lo notó, y acudió á socorrerla y la dijo con viva inquietud:

—Perdonad: al suplicaros venir aquí, estaba muy lejos de querer proporcionaros el menor disgusto; estad segura...

Sandfort iba á interrumpirle.

—Basta, señor Sandfort, prosiguió, esta señora está bajo mi proteccion, y no sé si no estareis en el caso de escusaros como yo por lo que habeis dicho.

—Me habeis pedido mi opinion, que hubiera callado sino. ¿Queriais que dijera lo que pensaba?

—No digais mas, esclamó Dorriforth.

Y conduciendo afectuosamente á miss Milner hasta la puerta como para garantirla de la malignidad de Sandfort, la dijo que buscaria otro momento para continuar su conversacion.

CAPÍTULO XVII.

Cuando Dorriforth se encontró á solas con Sandfort le esplicó lo que antes no habia podido, y este sábio jesuita confesó que el alma de una mujer era superior á su penetracion. No se engañaba; pues toda su sagacidad, que era mucha, no bastaba á penetrar en los repliegues del corazon de miss Milner.

Miss Woodley, á quien esta informó de lo que habia pasado, se aprovechó de su turbacion para aumentar sus alarmas con palabras proféticas, y manifestarla la necesidad de que se separase de Dorriforth: á estas palabras la pobre jóven creyó ver el golpe de muerte suspendido sobre su cabeza, y se esforzó en apartarle por ruegos y promesas; pero su amiga la amaba demasiado sinceramente para dejarse desarmar.

—¿Pero cómo conseguir esta separacion? dijo miss Milner; mi padre me ordenó permanecer con él hasta el dia de mi matrimonio.

—Respeto la voluntad de un moribundo, dijo ms y Woodley, pero vuestra felicidad presente y futura ss la de M. Dorriforth son aun mas sagradas á mis ojos. Es cosa resuelta; debeis de separaros. Si no hallais medio de hacerlo, yo me encargo de buscarlos, y ya sé los que he de emplear.

—¿Cuáles?

—Revelaré á M. Dorriforth el estado de vuestro corazon

—¡No me avergonzareis así!

—Quisiera no hacerlo; pero es preciso separaros, y si no lo conseguís, yo lo haré.

—¡Dios mio! ¿es esa vuestra amistad?

—Si, es la prueba mayor que puedo daros de ella. ¿Creeis que no padeceré al obrar así, al ver su indignacion?... Ya creo oirle maldeciros, huir de vos horrorizado...

—¡Oh, por piedad! callad, ¡no me presenteis estas imágenes!... Consiento en huir; pero al menos que mi partida sea tal que él no me quite su amistad. ¡Ay! sin ella la vida me será demasiado pesada.

Miss Woodley comenzó pues á buscar un pretesto para esta separacion, y á pesar de sus esfuerzos solo pudo encontrar una que le pareciera natural.

Este fué que al escribir á una parienta suya que tenia en Bath se quejase de la vida fastidiosa del campo y la suplicase que la llevase consigo dos ó tres meses. La invitacion de esta parienta se presentaria á M. Dorriforth. La carta se escribió y partió. Miss Woodley esperó con paciencia la respuesta, pero sin perder un momento de vista á su amiga.

Entre tanto, Federico la escribió una carta llena de las mas tiernas quejas, y no habiendo recibido contestacion, obligó á su tio á visitarla, esperando que se esplicase con él, pues seguia creyéndose amado y temia que Dorriforth hubiera interceptado su carta. El tio se presentó y recibió una respuesta tan clara, que

su sobrino no pudo dudar de la inutilidad de su constancia.

Poco despues sir Edward Asthon vino á despedirse de ella, y tuvo el sentimiento de ver que la mas tierna prueba que podia darla de su amor era el marcharse.

Con la negativa formal que dió á Federico, Dorriforth se admiró mas que nunca. Desde el principio habia creido que milord agradaba á su pupila; pero desde que ella misma le habia declarado que le amaba, no dudaba que le concederia su mano. Engañado de nuevo en sus congeturas, se lamentó de tantos caprichos y juzgó oportuno cambiar de conducta.

Hizose mas reservado y severo que nunca, porque el respeto tierno y constante que habia creido deber mostrarle, habia endulzado sus maneras.

A pesar de este cambio, la idea de su separacion entregó á miss Milner á la mas grave melancolía.

Mis Woodley la amaba demasiado para no estar tan triste como ella; y el tono de gravedad, algunas veces sobrado áspero de M. Dorriforth, todo contribuia á hacer esta sociedad mas triste que antes.

Un nuevo incidente vino á turbar los espiritus. Milord Elmwood cayó peligrosamente enfermo; miss Fenty se afligió tanto como podia afligirse, y M. Sandforton Dorriforth manifestaron la mas viva inquietud.

En tal estado de cosas, la carta de invitacion llegó de Bath, y se presentó á M. Dorriforth, que respondió que su pupila era dueña de hacer lo que gustase.

Miss Woodley no se lo hizo repetir y fijó el dia de la partida.

Miss Milner habia notado el cambio de su tutor; pero no podia hacer mas que llorar, y Dorriforth, viendola triste, dudaba aun si debia atribuir á la partida de Federico que habia vuelto á Lóndres.

Dos dias antes del señalado para la partida, Dorriforth tomó por grados su carácter de dulzura: era esta la primera vez que se iba á ver separado de su pupila desde que la conocia, y sentia oponerse su corazon á este alejamiento. Habia estado irritado con ella; se lo habia demostrado, y ahora lo sentia. «No es feliz, decia; lo que dice y lo que hace me lo prueba; quizá mi severidad ha aumentado sus penas. Debo separarme de ella en las mejores disposiciones.»

Miss Milner notó tambien este cambio, y la bondad de su tutor fué una nueva cadena que le hubiese unido á él para siempre, si miss Woodley no hubiera sido inexorable.

—¿De qué servirá una ausencia de algunos meses? la decia miss Milner.

—En ello hallaremos medio de prolongar la ausencia.

Esto era undir el puñal en el corazon de la jóven miss; pero respondió que estaba resignada y se dispuso al viaje.

Dorriforth se tomaba mil cuidados, entraba en los menores detalles de la marcha, queria que su pupila no tuviera nada que desear, queria persuadirla sobre todo de que la habia perdonado, y la hubiera acompañado una parte del camino si el estado desesperado de su primo no le hubiera obligado á pasar la mayor parte de los dias y todas las noches á su cabecera.

El dia de la partida, Dorriforth dió la mano á miss Milner, y la condujo al coche. El tiempo que estuvo con él, podia ella apenas contener sus lágrimas; pero en el momento de la separacion, los sollozos la sofocaban. El se afectó mucho al verlo, y aunque la habia ya despedido, la cogió de la mano y la dijo:

—Mi querida miss Milner, ¿nos separamos contentos uno de otro? Si, somos amigos, lo espero. Estad

segura de que si os he causado algunas penas en este momento, las lloro.

—No lo dudo...

Esto es cuanto ella pudo decir, apresurándose á alejarse para no dejar ver la causa de su emocion; pero hacia mal en temerlo. El corazon de Dorriforth era demasiado puro para concebir la menor sospecha. Miss Woodley, que por espacio de algunas semanas habia tratado á miss Milner con una severidad de que no se hubiera creido capaz, olvidó en este momento todo su rigor y rogó á su amiga que la perdonase, prometiéndola hacer por ella cuanto pudiera, escepto adular su amor; pero con respecto á este punto solamente miss Milner necesitaba consuelos.

CAPÍTULO XVIII.

Llegada á Bath, miss Milner pudo apenas reconocer el pueblo. Todo la parecia cambiado; se engañaba, no habia cambiado sino su corazon.

Los paseos eran tristes, las reuniones insipidas, porque habia dejado en otra parte cuanto podia agradarla; pero no hubiera querido tampoco renunciar á su pasion y recobrar su indiferencia de otro tiempo, porque hubiera creido dejar de ser si hubiera dejado de amar.

Una sola cosa la consolaba, su correspondencia con miss Woodley. Sus cartas la hablaban necesariamente del objeto que la interesaba, y esto calmaba sus pesares.

Llega una carta, ella la devora con los ojos.

El timbre, el nombre de la tierra de Milner, escrito en lo alto del sobre, la ocupan deliciosamente: lee lentamente todas las líneas para prolongar la emocion con que espera hallar el nombre de Dorriforth. En

fin, su vista impaciente le divisa tres líneas mas abajo, é irresistiblemente salta las tres líneas fijándose en el nombre querido.

Miss Woodley habia sido severa hasta en su indulgencia: hablaba de Dorriforth, pero para no decir casi nada, decia únicamente que estaba abatido y desesperado del estado de su primo Elmwood; pero esto pareció á miss Milner lo mas importante de la carta; la leyó, la releyó, la meditó largo tiempo... *Abatido*, decia, ¿qué quiere decir esto? Yo no le he visto *abatido*. Esto era lo que la ocupaba olvidando la causa de su batimiento, aunque descrita por miss Woodley de un modo muy patético. Compadecia sinceramente á milord Elmwood mientras se ocupaba de él, pero se ocupaba poco; morir era cruel para un jóven rico, y en vísperas de desposarse con una mujer hermosa; pero miss Milner pensó que el cielo valia mas que todas estas ventajas mundanas, y no dudó que el jóven lord se fuera derecho á él. La especie de viudedad que esperaba á miss Fenton hubiera podido escitar su piedad; pero sabia que tenia toda la resignacion necesaria, y que esta prueba de su valor seria para ella mas preciosa que el título de condesa de Elmwood; en una palabra, no hallaba desgracia comparable á la suya, porque no veia á nadie menos capaz de soportar la desgracia.

Respondiendo á miss Woodley se estendió mucho precisamente sobre lo que su amiga habia callado. Era esta una libertad sobre la cual su amiga cerró los ojos. Este comercio epistolar fué para la jóven miss el único placer, porque no la pareció tal el acompañar á su parienta lady Luncham á sus visitas que la fastidiaron mucho.

En fin, su tutor la escribió. Nada mas á propósito para entristecer que el asunto de esta carta, y sin embargo la causó gran placer. Los sentimientos que manifestaba nada tenian de particular, y la parecieron

las efusiones de la confianza y de la amistad. Su mano tembló, su corazon palpitó mientras escribia su respuesta, aunque sabia que esta respuesta no seria recibida con una sola de sus emociones.

En su segunda carta á miss Woodley la rogó que no la tuviese mas tiempo desterrada, y como el insensato que no conoce su locura, la protestaba en un lenguaje apasionado, que estaba curada de su pasion; pero su amiga la replicó que sus mismas espresiones hacian ver la violencia de su mal, y que el solo medio de probarla que estaba curada era poner en otro objeto sus afecciones.

La tercera carta la participaba la muerte de lord Elmwood. Miss Woodley estaba demasiado conmovida de este triste suceso, para hablar de otra cosa. Miss Milner misma se conmovió al leer «ha muerto» pensó en lo pasajero de las cosas del mundo.—Dentro de algunos años tambien yo habré muerto, y entonces seré feliz si he podido resistir á las seducciones de los placeres.

La felicidad de una muerte súbita fué durante una hora el objeto de sus meditaciones; pero los sentimientos virtuosos que hicieron estas nacer en su corazon, solo sirvieron para recordarla las edificantes máximas que habia oido á su tutor. Sus pensamientos se fijaron de nuevo en él y no pudo ocuparse sino de él.

Su salud no tardó en sucumbir á su agitacion. Una fiebre violenta la puso en el mayor peligro, y durante un acceso de delirio no cesó de repetir los nombres de miss Woodley y de su tutor.

Lady Luncham se apresuró á escribirles. Corrieron á Bath y llegaron en el momento en que su enfermedad tomaba un carácter menos alarmante.

Cuando recobró la razon, su primer cuidado fué preguntar por qué desconfiaba de su corazon, lo que habia dicho en su delirio.

Miss Woodley, que estaba á su cabecera, la suplicó que no se inquietase, y la aseguró que segun la relacion de los que la habian socorrido durante esta crisis peligrosa, habia hablado en los *términos de la amistad* de las personas á quienes amaba.

Miss Milner hubiera querido informarse de si su tutor habia venido á verla, pero no osaba preguntarlo delante de su amiga que temia á su vez que el nombre de Dorriforth la afectase demasiado. Algunos momentos despues entró una criada y habló en secreto á miss Woodley.

Miss Milner la preguntó qué la decia.

—Señora, respondió la criada, milord Elmwood pide permiso para veros.

A estas palabras, miss Milner tembló.

—Yo creia, dijo, que milord habia muerto, ¿deliro aun?

—No, respondió miss Woodley, el que lleva ahora el nombre de lord Elmwood es quien desea veros. El que dejásteis enfermo murió.

—¿Y quién es el nuevo milord Elmwood?

Miss Woodley dudó un momento, luego dijo:

—Vuestro tutor.

—Si, sí, dijo miss Milner, era su mas próximo heredero. Me acuerdo: ¿pero es posible que esté aquí?

—Si, respondió miss Woodley con tono grave, como para templar la alegria que animó los ojos de su amiga; habiendo sabido que estábais enferma, ha creido deber venir á veros.

—¡Qué bueno es! dijo miss Milner, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Quereis que entre milord? dijo la criada.

—Aun no, aun no, dejadme recogerme un momento.

Y dirigió á su amiga una mirada tímida como preguntándola lo que debia hacer.

Miss Woodley pudo apenas soportar esta deferencia y tomando la mano de su amiga la dijo:

—Haced lo que gusteis.

Un momento despues, milord fué introducido.

A los ojos del amor toda situacion nueva es ventajosa al objeto amado. Así la adquisicion de un título y una fortuna inmensa, hacian á Dorriforth aun mas querido á los ojos de la miss, no porque fuesen bienes, sino porque cualquier variacion en el objeto amada aumentaba su amor.

Cuando entró no podia ella sostener su mirada, y despues de la primera ojeada volvió la cabeza tomando fuerza; al oirle hablar le miró de nuevo. En fin, fijó los ojos en él.

—Mi querida miss Milner, la dijo él á media voz y con dulzura, me es imposible esplicaros toda la alegría que siento al veros fuera de peligro.

Pero lo que sus palabras no podian esplicar, sus ojos lo esplicaban. En el esceso de su alegría cogió la mano de su pupila y la tenia entre las suyas. El no lo sabia; pero ella sí, lo sabia bien.

—Habreis pedido á Dios por mí, le dijo.

Y se sonrió como para darle gracias.

—Sí, con fervor, dijo él.

Y el fervor de sus súplicas pareció esparcirse por todas sus facciones.

—Pero soy protestante. Si hubiera muerto, ¿creeis que mi religion no me hubiera cerrado el cielo?

—No, seguramente.

—M. Sandfort no lo cree así.

—Debia creerlo; porque si espera entrar él mismo, es por la caridad.

Para tener mas tiempo á su tutor consigo, parecia ella dispuesta á prolongar la conversacion, pero su vigilante amiga hizo seña á milord Elmwood de que estaria fatigada, y él se retiró.

Antes de dejar á Bath tuvo una segunda entrevista

con su pupila que habia recobrado sus fuerzas tan presto, que se habia levantado casi en el momento en que le habia visto; pero pudo permanecer poco tiempo con ella, porque la muerte de su sobrino le habia dejado en Lóndres numerosos negocios. Miss Woodley no dejó á su amiga hasta que la vió enteramente restablecida; milord Elmwood habia sido frecuentemente el objeto de sus conversaciones particulares y miss Milner habia hecho confesar á miss Woddley que si Dorriforth hubiera podido prever la muerte prematura de su primo, como era el último retoño de una antigua rama católica, hubiera debido por honor de la misma religion que profesaba preferir el matrimonio al celibato.

CAPÍTULO XIX.

En el momento de la partida de miss Woodley, miss Milner la suplicó que la llevara consigo y la prometió encerrar hasta sus pensamientos en los límites que ella la marcara.

Esta la dijo que dentro de poco su tutor marcharia á Italia y que entonces podia volver miss Milner á Lóndres, añadiendo:

—Si durante esta larga ausencia podeis vencer vuestro amor os permitiré habitar con él.

Dejó á su amiga despues de haberla dado esta seguridad, y como se acercaba el invierno volvió á Lóndres á casa de su tia, de donde esta se preparaba á salir para cuidar de la de milord Elmwood, situada en Grosvenor-Square, que el último conde de este nombre habia ocupado.

Su sobrina debia seguirle tambien.

Si milord Elmwood no daba prisa á su pupila para que viniera á su lado, era á causa de los muchos negocios que le ocupaban, y porque habia llevado consigo como capellan á M. Sanfort y temia que si su pupila y él vivian bajo el mismo techo, se aumentase su natural antipatia.

Entre tanto, miss Milner se ocupaba mas de los objetos de su afeccion que de los de su ódio.

Una mañana que estaba con lady Luncham hablando de diferentes cosas y pensando solo en una, sir Harry Luncham entró con M. Flectmond, uno de sus migos.

Hablóse de las pocas probabilidades que podia haber tenido Dorriforth de heredar los grandes bienes de Elmwood y, añadió M. Flectmond, aparte de su fortuna este cambio debe ser muy agradable á M. Dorriforth.

—No, mucho, respondió sir Harry, porque aparte de la fortuna este cambio debe ser para él un manantial de disgustos: debe llorar la locura que hizo de ordenarse, pues está privado de la esperanza de tener un heredero y su título morirá con él.

—No, replicó M. Flectmond, puede tener herederos, porque no dudo que se case.

—¡Que se case!

—Si, en eso pensaba cuando dije que la fortuna no era lo mas agradable de este cambio.

—Pero si sus votos le empeñan á ser célibe...

—No hay votos de que no pueda absolver el Papa. Lo que la iglesia ata, la iglesia lo desata. Cuando el honor de la religion lo pide, su santidad concede esas dispensas y seguramente que es ventajoso para la religion que su título no salga de una familia católica. En una palabra, yo apostaria á que se casa antes de un año.

Miss Milner creia soñar. Sin embargo, M. Flectmond no habia dicho nada inverosímil y era católico romano, por lo cual debia conocer perfectamente el asunto de que se ocupaba.

Si ella hubiera recibido malas nuevas, no se hubiera agitado mas.

Sentia á cada palabra un frio estraño circular por sus venas; su placer era demasiado vivo para no producir un dolor vivo tambien.

En cuanto volvió en sí de su sorpresa, escribió á miss Woodley cuanto habia dicho M. Flectmond, y hé aqui la respuesta que recibió:

«Siento que sepais tanto, porque hubiera deseado noticiaros lo que os ha dicho M. Flectmond; pero temia que vuestra salud fuera demasiado débil aun para soportar las esperanzas que podeis concebir; ahora que estais prevenida os puedo decir que quizá muy pronto se confirmarán vuestras esperanzas, y como prueba de ello os ruego que vengais en cuanto podais.

»Venid, mi querida miss Milner: la que en un tiempo fué vuestro severo mentor, no será ya sino vuestra fiel confidente.

»No os amenazaré mas con revelar vuestro secreto, pero dejaré que le adivine el corazon que debe ahora procurar hallar otro que le responda.

»Lejos de condenar ahora vuestros sentimientos os felicito por ellos y solo pediré al cielo que obtengan el pago que merecen.»

Esta carta fué tan placentera para miss Milner que su salud apenas pudo resistir su alegría.

Perdió el apetito, y durante varias noches llamó vanamente al sueño.

Ocupábase de tal modo de la nueva perspectiva que se abria á sus ojos, que no era capaz de pensar en otra cosa, ni aun en un medio de separarse de lady Luncham, antes de que se cumplieran los dos meses que debia pasar aun en su compañía.

Escribió á miss Woodley para implorar los socorros de su invencion, suplicándola al mismo tiempo que le dijese cómo miraba M. Dorriforth (ella le daba siempre este nombre) su cambio de estado.

Miss Woodley se apresuró á contestar que era necesario que fuese á Lóndres para asuntos importantes, y sin decir mas, dijo lo bastante para que lady Luncham no opusiera ningun obstáculo á su marcha.

Hé aquí lo que contestó á la pregunta sobre lord Elmwood:

—Es una cosa de que habla muy poco. Parece siempre el mismo y nada dá á conocer en él su cambio de estado.

—Tanto mejor, esclamó miss Milner, estoy encantada de que siga siendo el mismo, si hubiera tomado otro lenguaje y otras maneras, conozco que le hubiera amado menos.

Lo mismo hubiera dicho si miss Woodley la hubiera participado un gran cambio.

Fijóse el dia de la partida; ¡cuánto tardaba en llegar!

Miss Milner contaba los momentos con impaciencia, y cuando llegó el deseado, se halló tan débil de haber esperado, que tuvo que diferir su marcha una semana mas.

En fin, ya está en Lóndres en casa de su tutor, á quien no ligan sus primeros votos.

El matrimonio es uno de sus deberes.

La pareció como á miss Woodley el mismo que

antes ó quizá mejor, porque esta era la primera vez que le veia con ojos de esperanza.

M. Sandfort al contrario, la pareció cambiado: es cierto que con ella seguia siendo áspero; pero no lo notó y le pareció hasta dulce y politico, porque la alegría es como ciertas enfermedades en que nuestros ojos prestan á cada objeto sus colores.

CAPÍTULO XX.

Milord Elmwood se disponia á partir para Roma, para ser formalmente relevado de sus votos; pero evitaba hablar de su viaje, y cuando lo hacia, no mostraba alegria ni pesar.

El orgullo de miss Milner comenzaba á alarmarse. Mientras su tutor habia sido M. Dorriforth, un sacerdote condenado al celibato, la indiferencia que la mostraba, le hacia honor para con su pupila; pero en el momento de hacer una eleccion que no la eligiese .. era justo que la ofendiera. Se habia acostumbrado á recibir los homenajes de cuantos la conocian y era una cruel humillacion para ella el no obtener el único que deseaba.

Quejábase á miss Woodley que la exhortaba á la paciencia; pero esta era cabalmente la virtud de que menos solia usar.

Sin embargo, animada por su amiga en sus esfuerzos, no olvidó nada para lograr su conquista; pero ha-

bia empezado por no dudar del suceso, por lo cual la fué mas sensible su derrota, ó mas bien se desanimó adelantadamente como se habia animado. Su corazon sucesivamente feliz y desdichado, pasaba en un momento de la esperanza á la desesperacion.

Estas variaciones sucesivas influian de un modo notable en su carácter. Tan pronto estaba viva y alegre, tan pronto triste y decaida. Daban á su conducta el aspecto del capricho que sus mismas inconsecuencias no la habian dado jamás. No era este el medio de llegar al corazon de milord Elmwood; ella lo sabia, y delante de él velaba mas sobre su conducta; el cambio que entonces se efectuaba en ella, fué notado por Sandfort, que no vaciló en culparla de hipocresía, y la manifestó mas desden. Miss Milner, que sabia su influencia sobre su tutor, pasó á profesarle un verdadero horror.

Cuando se hallaban juntos, sus disposiciones naturales se descubrian en cada una de sus palabras y movimientos; pero cuando Sandfort estaba ausente, el corazon de miss Milner, siempre bueno, no la permitia pronunciar una palabra contra su enemigo. La caridad de este no iba tan lejos, y una noche que miss Milner estaba en la ópera y que él hablaba mal de ella, milord Elmwood le dijo:

—Hay sin embargo un defecto que no la puedo reprochar.

—¿Cuál? preguntó Sandfort.

—Jamás la he oido en ausencia vuestra hablar contra vos.

—No se atreve, porque os teme y sabe que no la sufririais.

—Eso prueba que me estima mas que vos que la censurais sin temor nunca de que yo no lo sufra.

—Milord, ved que me he engañado y no volveré á tomarme esta libertad.

Milord Elmwood habia mostrado siempre á Sandfort el mayor respeto; temió haberle faltado en esta ocasion, y poco faltó para que lo que acababa de decir no se tornase contra miss Milner, porque temiendo haberle ofendido, comenzó á deplorar él mismo la ligereza de su pupila.

Sandfort perdonó al momento su ofensa, y le aconsejó que la diera prisa á casarse ó á volver al campo.

Miss Milner venia de la ópera al acabarse esta conversacion.

En cuanto entró, Sandfort tomó una luz para retirarse.

Miss Woodley, que habia acompañado á su amiga, le preguntó:

—¿Cómo nos dejais tan pronto? ¿Estais malo?

—Me duele algo la cabeza, respondió él.

Miss Milner, que no oia á nadie quejarse sin conmoverse, se levantó en seguida y le dijo:

—¿Quereis un específico que tengo en mi cuarto? Es un remedio infalible. Voy á buscarle.

Salió corriendo y volvió con una botella que dijo ser un presente de lady Luncham, y la ofreció con tanto ahinco, que toda la grosería de Sandfort no le libró de aceptarla.

Miss Milner no habia hecho en esto mas que llenar un deber de sociedad, pero el mérito estuvo en el modo de hacerlo.

Sandfort mismo no fué insensible á él al retirarse. La dió las buenas noches.

Milord Elmwood dió á esta accion un precio infinito, y en cuanto se hubo marchado Sandfort, pareció mas alegre que de ordinario.

Empezó por culpar a ambas damas por no haberle convidado á la ópera.

—¿Hubiérais venido? le preguntó miss Milner.

—Seguramente, si me hubiérais convidado.

—Pues desde hoy os convido para todos los dias de ópera, y no recibiré en mi palco sino á las personas que os plazcan.

—Sois muy buena.

—Y vos, que no habeis oido sino música de iglesia, sereis mas sensible á la dulce melodía del amor.

—Me prometeis placeres tan encantadores, que no sé si podré soportarlos.

Su pupila le miró y vió en sus ojos que tenia fijos en ella una espresion de sensibilidad tan estraordinaria, que sorprendida, encantada, quiso volver á mirarle; pero no pudo sostener el fuego de sus ojos y bajó los suyos ruborizada.

Milord vió este rubor y se apresuró á tomar su aire acostumbrado, guardando silencio.

Miss Woodley, que observaba sin hablar, creyó que en esta ocasion una palabra suya seria mas bien agradable que importuna, y preguntó:

—¿Cuándo pensais, milord, partir para Francia?

—¿Para Italia, querreis decir? Pero ya no voy, en atencion á los muchos negocios que aquí tengo; mis superiores son tan indulgentes, que las fórmulas indispensables han sido suplidas aquí.

—¿Asi, ya no estais en las órdenes?

—No, desde hace cinco dias.

—Recibid mis deseos por vuestra felicidad, dijo miss Milner,

El la dió las gracias, añadiendo con un suspiro:

—Si he dejado un estado en que era feliz por querer ser mas feliz aun, quizá perderé en el cambio.

Dicho esto se retiró.

Aunque miss Milner era dichosa de verle á su lado, no le vió alejarse sin cierto placer, porque su corazon estaba impaciente por comunicar sus emociones al de su amiga, á quien habló de modo que parecia que habia recibido una declaracion.

Miss Woodley creyó de su deber sacarla de esta

embriaguez y representarla que podia ser engañada en sus esperanzas, que suponiendo que su tutor la prefiriera á otra cualquiera, grandes obstaculos se opondrian á su union, pues no dejaria de consultar á Sandfort que le pondria mal con miss Milner. Los sucesos se encargaron pronto de demostrar la verdad de estos temores.

Un jóven de buena familia y muy rico, pidió en matrimonio á miss Milner, y su tutor, lejos de mostrar ninguna intencion de desposarla, él mismo habló en su favor con mas celo quiza que por sir Edward y Federico. Asi se desvanecian todas las quimeras de felicidad de miss Milner.

La mas sombría tristeza se apoderó de ella: se confinó en su cuarto, y cerró su puerta á todo el mundo; su tutor, notando este cambio en sus costumbres, y creyéndole amor á la vida retirada, creyó que debia alabarla por él.

Una mañana que estaba ella trabajando con miss Woodley, entró en su cuarto; la habló primero de cosas indiferentes, y luego la dijo:

—Quizá me engañe, pero me parece que hace algun tiempo que estais mas pensativa que antes.

El rostro de miss Milner se coloreó de rubor.

El continuó:

—Vuestra salud está completamente restablecida y sin embargo no os agrada lo que antes.

—¿Os disgusta eso?

—Al contrario, os felicito por ello. Pero permitidme preguntaros á qué casualidad debo atribuir este cambio.

—¿Pensais pues que lo que hago de bueno solo puede atribuirse á la casualidad y que no tengo ninguna virtud que me sea propia?

—Perdonad; creo que teneis muchas.

Ella se ruborizó aun mas.

El añadió:

—¿Cómo puedo yo dudar de vuestras virtudes

cuando las veo ahora en vuestro rostro? Creedme, miss Milner, mientras que en la vida mas disipada continueis ruborizándoos así, yo reverenciaré vuestros sentimientos interiores.

—¡Oh, milord! si conociérais todos mis sentimientos, algunos hay que no me perdonariais.

Estas palabras iban tan directamente al objeto, que miss Woodley comenzó á alarmarse.

Milord respondió:

—Y si conociérais todos los mios, quizá tambien hallariais algunos imperdonables.

Ella palideció y su mano no tuvo fuerza ni para conducir su aguja: cegada por sus esperanzas, se imaginó que el amor de milord por ella era uno de estos sentimientos: como su turbacion la impedia responder, milord continuó:

—Tenemos mucho que perdonarnos uno á otro, y no sé si el amigo oficioso que quiere absolutamente que se siga su parecer, no es tan reprensible como aquel que se obstina en no escucharle. Despues de este prefacio que debe serviros de apología aunque rehuseis mis consejos, voy á atreverme á dároslos.

—Yo no me he negado nunca á seguir vuestros consejos sino cuando en ello estaba tan interesada mi propia ventura, que demasiada deferencia hubiera sido culpable.

—Y bien: en eso me someto á vos, y no me opondré mas al partido que pareceis haber tomado de no casaros.

A estas palabras, que probaban lo poco que pensaba en pedirla su mano, miss Milner se afligió profundamente y le lanzó una mirada de queja que él no comprendió.

—En tanto que no os caseis, me parece que la voluntad de vuestro padre os prescribe permanecer conmigo; pero como pienso en adelante vivir generalmente en el campo, respondedme francamente.

¿Creeis poder ser dichosa pasando en él al menos nueve meses?

Ella vaciló un momento y respondió:

—No tengo ninguna objecion que hacer.

—Me agrada que digais eso, porque mi mas ardiente deseo es veros á mi lado; vuestra dicha me es mas querida que la mia; y si estuvieramos separados, mi alma seria presa de continuos temores.

Miss Milner se enterneció del modo con que fueron pronunciadas estas palabras; él lo notó y para convencerla aun mas del interés que se tomaba por ella la dijo con mayor calor:

—Si tomais la resolucion de no vivir en Lóndres durante el tiempo de que os he hablado, nada olvidaré de lo que pueda haceros el campo tan apetecible como podais desear; pediré á miss Woodley que nos acompañe, y este será tambien el primer cuidado de lady Elmwood.

Iba á continuar; pero el golpe habia dado en el corazon de miss Milner.

La vió cambiar el color y la miró fijamente.

La alteracion de sus facciones no indicaba solo el pasajero cambio de la alegria á la tristeza; era el dolor, era una verdadera angustia.

No lloraba; pero llamó á miss Woodley con una voz que hacia comprender todo lo que padecia.

—Milord, esclamó miss Woodley viendo que parecia consternado y temiendo que adivinase el secreto de su pupila, os ha engañado; no quiere dejar á Lóndres, y esa es la causa de su mal.

El pareció mas afligido de la mala fé que del estado de miss Milner.

—Buen Dios, ¿cómo cumpliré jamás sus deseos? ¿qué debo hacer? ¿cómo sabré yo lo que quiere, si en vez de fiarse de mí, continúa engañándome? El cielo me es testigo de que si lo supiera no evitaria medio al-

guno de hacerla feliz, y la sacrificaria hasta mi propia felicidad.

—Milord, dijo sonriéndose miss Woodley, acaso un dia os recordaré esa promesa.

La confusion de sus pensamientos no le permitió buscar el sentido de estas palabras; pero respondió con fuego:

—Hablad: estoy pronto á cumplirla, y vos vereis si la sé cumplir.

Aunque miss Milner supiese muy bien que no podia en conciencia prevalerse de esta declaracion, el ardor con que fué hecha la reanimó. Levantó la cabeza y la sostuvo en sus manos apoyándose sobre la mesa y sin decir una palabra, como abismada en las mas sombrías reflexiones. Sin embargo, su estado era menos alarmante, y la compasion de su tutor volvió á hacer lugar á su resentimiento. Aunque no lo decia, parecia ofendido.

En este momento entró Sandfort.

No era necesaria su penetracion para conocer que todos estaban tristes; pero él, despues de haberlos mirado atentamente, se mostró muy alegre y dijo sonriendo:

—Me pareceis triste, milord.

—Vos pareceis no estarlo, respondió este.

—No, milord; y no lo estaria tampoco en lugar vuestro. ¿Qué es lo que debe turbar á un hombre de sentido sino un objeto digno? Y miraba á miss Milner.

—No hay aquí ninguno que no lo sea, dijo milord.

—Los hay al menos para quienes todo cuidado seria inutil; vos convendreis conmigo.

—Nunca he desesperado de nadie.

—Y sin embargo hay personas de quienes sin mucha presuncion nada se puede esperar.

—¿Os duele la cabeza, miss Milner? la preguntó su amiga, viendo que la apoyaba sobre las manos.

—Bastante.

—Señor Sandfort, dijo entonces miss Woodley, ¿habeis tomado todo el frasco que miss Milner os dió para una indisposicion semejante?

—Sí, respondió este; pero esta pregunta pareció embarazarle un poco

—¿Y espero que os habrán aliviado? dijo miss Milner con tono político.

Y levantándose salió con paso lento de la habitacion.

Aunque miss Woodley la siguió, y Sandfort, habiéndose quedado solo con milord Elmwood podia haber dado rienda suelta á sus invectivas contra miss Milner, sus lábios permanecieron cerrados: bajó los ojos, se agitó en su silla, y habló del tiempo que hacia.

CAPÍTULO XXI.

Despues de haberse entregado á la desesperacion, miss Milner tomó nuevas esperanzas. Animóse pensando que ninguna rival podria luchar con ella, y gracias á miss Woodley, pudo saber pronto con certeza quién era su rival. M. Sandfort, sin sospechar la intencion de las preguntas de miss Woodley, la dijo que la futura esposa de milord era miss Fenton, y que la boda se celebraria tan pronto como terminase el duelo del último lord Elmwood.

—¡Feliz mujer! dijo miss Milner al oir el nombre de miss Fenton: ella ha sido la primera que ha hecho palpitar su corazon, la que le ha enseñado á amar.

—¿Qué decis? la interrumpió miss Woodley, ¿creeis que su union sea obra del amor? Es un deber, un arreglo de familia: la habia creido conveniente para su primo, y esas mismas conveniencias le hacen elegirla para sí.

Miss Milner deseaba demasiado que su amiga dijera la verdad para no creerla.

—¡Oh! esclamó, ¡que no pueda yo oponer el fuego del amor á esos frios arreglos de la conveniencia! ¿Creeis que yo seria culpable para con miss Fenton si encendiera en el corazon de su esposo un amor que ella no le ha inspirado y que es capaz de sentir?

Despues de un momento de silencio, miss Woodley respondió:

—No; pero dudó al decirlo, como reprochándose el no decir sí.

Miss Milner no la dió tiempo para variar de opinion, y al momento la dijo que este parecer la animaba y que haria cuanto pudiera por suplantar á su rival.

Desde la muerte de su primer amante, miss Fenton no habia venido á Lóndres, y milord Elmwood no habia ido á verla desde el dia de esta misma muerte.

La declaracion pues debia haberse hecho por cartas ó por medio de M. Sandfort que habia estado en casa de miss Fenton; pero ¡cuán poco á propósito era M. Sandfort para hacer valer una declaracion amorosa! Esta reflexion consolaba.

Así, de conjetura en conjetura, ambas amigas se animaron; pero al dia siguiente una nueva nube vino á oscurecer sus esperanzas.

A la hora del desayuno, M. Sandfort dijo:

—Miss Fenton, señoras, me encarga presentaros sus respetos.

—¿Está en Lóndres? preguntó Mad. Horton.

—Llegó ayer tarde, respondió M. Sandfort; vive en casa de su hermano. Milord y yo estuvimos ayer allí á comer, y por eso volvimos tan tarde.

Milord Elmwood entró en seguida, y saludando á su pupila, confirmó lo que su amigo habia dicho.

—¿Y cómo habeis hallado á la pobre miss? preguntó Mad. Horton.

—Bella, tan bella como nunca, se apresuró á decir Sandfort.

—¿Ha vencido, pues, su dolor? preguntó de nuevo Mad. Horton, sin pensar que hablaba delante de su futuro.

—Su dolor, dijo Sandfort, miss Fenton afligida de las pruebas que el cielo la envia... Eso seria indigno de ella.

—Pero hay algunas cosas que las mujeres sienten mucho.

Lord Elmwood preguntó á miss Milner, si pensaba montar á caballo para aprovechar el buen tiempo que hacia.

—Hay dos clases de mujeres, dijo Sandfort dirigiéndose á Mad. Horton, y hay entre ellas tanta diferencia como entre los buenos y los malos ángeles.

Lord Elmwood preguntó por segunda vez á miss Milner si saldria.

Ella respondió que no.

—Y la belleza, prosiguió M. de Sandfort, de que fueron dotados los ángeles malos, probó mas su maldad. Lucifer era el mas hermoso de los ángeles.

—¿Qué sabeis? le dijo miss Milner.

—Su belleza, continuó Sandfort desdeñándose de responder, agravó su crimen.

—Pues se trata de ángeles, dijo miss Milner, yo quisiera tener alas para dar la vuelta al parque.

—Y seguramente se os creeria un ángel, dijo milord.

Sandfort, irritado de este cumplimiento, respondió de un modo tan ultrajante, que miss Milner dijo á su tutor casi con lágrimas en los ojos:

—¿M. Sandfort no me trata indignamente?

—Seguramente.

Y le miró con descontento.

Esto fué para ella un triunfo tan agradable, que perdonó la ofensa; pero el ofensor no la perdonó su triunfo.

—Adios, señoras, dijo milord Elmwood levantándose para salir.

—Habiais prometido á miss Milner ir con ella á la ópera, dijo miss Woodley.

—¿Vendreis? le preguntó miss Milner con tono tan galante, que milord pareció no querer negar.

—Como con miss Fenton, respondió, y si consiento en ir con su hermana y teneis la bondad de admitirlas en vuestro palco, os prometo ir.

Era esta una condicion que miss Milner no debia aceptar; pero se sintió tan curiosa de verle con su futura, que respondió:

—Con mucho gusto.

Este dia pasó para miss Milner en la inquietud de lo que esperaba averiguar por la noche, porque de este descubrimiento dependeria su futura conducta. Si conocia en sus maneras que amaba á miss Fenton, esperaba dejar de amar á su tutor; pero si solo encontraba en él indiferencia, podia entregarse á las mas halagüeñas esperanzas.

Para estas dos ó tres horas de la noche, estuvo todo el dia consultando el espejo, y esta agitacion animó sus ojos y su tez con un nuevo brillo. Nunca habia sido tan bella, pero sus encantos y adornos todo fué inútil.

En vano sus ojos permanecieron fijos en la puerta del palco, milord Elmwood no apareció.

La orquesta la parecia desafinada, el espectáculo detestable. Esperaba que se bajase el telon jurándose no pensar en milord, y pensando en él á pesar suyo.

Pocas personas saben lo que son realmente los celos, porque pocas sienten el verdadero amor. En las que se entregan á estas dos pasiones, no solamente los celos afectan el alma, sino á toda el alma. Cada

fibra de miss Milner, se hacia sensible todas las veces que se pintaba á miss Fenton adorada por milord Elmvood.

Cuando terminó la ópera se apresuró á salir y esperaba su coche á la puerta, cuando sintió que una mano oprimia dulcemente la suya, y una voz respetuosa le dijo:

—¿Quereis permitirme acompañaros hasta vuestro coche?

A estas palabras sale ella de su distraccion, mira, y vé á su lado á milord Federico.

Pareció alegrarse de verle, y él lo notó. Seguramente lo que sentia por él en aquel momento estaba muy lejos de ser amor; pero milord era muy escusable si se engañaba.

Sin embargo, esta equivocacion no le hizo traspasar los límites del respeto; la acompañó hasta su coche, la saludó profundamente, y partió.

Miss Woodley, que hubiera querido curar á su amiga de un amor que la hacia tan desgraciada, se esforzó durante todo el camino en hablar en pró de Federico, pero esta tentativa desagradó á miss Milner.

—¡Qué! esclamó, ¿quereis que ame á un libertino, amante declarado de todas las mujeres? Eso es imposible. Un libertino es tan odioso á mis ojos como lo es una mujer sin costumbres á los ojos de un hombre delicado. ¿En qué consiste la gloria de inspirar una pasion que otras mil comparten?

—Es estraño, dijo miss Woodley, que vos que no estais libre de tantas preocupaciones de nuestro sexo, seais dirigida en la eleccion de un amante, por motivos tan diversos de los que suelen dirigir á las demás mujeres.

—Comparad los ligeros homenajes de un hombre frívolo con la pasion profunda de un hombre virtuoso, y juzgad vos misma.

Su coche llegó á su puerta al mismo tiempo que el

de milord Elmwood. M. Sandfort estaba con él, y ambos venian de casa de miss Fenton.

—Y bien, dijo miss Woodley cuando hubieron entrado en la sala, ¿cómo no habeis venido á buscarnos?

—Lo he sentido, dijo milord; pero creo que no me habreis esperado.

—¿Cómo, no os habiamos de esperar? esclamó miss Milner. ¿No habiais dicho que vendriais?

—Si lo hubiera prometido positivamente no hubiera dejado de cumplirlo, pero solo lo hice bajo condicion.

—Es verdad, esclamó Sandfort, porque yo estaba presente cuando dijo que dependeria de miss Fenton.

—¿Y miss Fenton, con su humor melancólico ha preferido quedarse en casa?

—¡Humor melancólico! Nunca la he visto tan alegre como esta noche.

Milord no dijo una palabra.

—Perdonad, señor, dijo miss Milner, no he querido hacer ninguna reflexion sobre miss Fenton, sino censurar su gusto de quedarse en casa.

—Creo que se podria censurar mas á las que prefieren estar siempre fuera.

—Pero á lo menos, dijo milord, espero que habreis podido pasaros sin mi, porque teniais, segun veo, un caballero.

—Si, y hasta dos, dijo el hijo de lady Evans, jóven recien salido del colegio, á quien miss Milner habia llevado consigo.

—¿Cómo dos? preguntó milord Elmwood.

Miss Milner y miss Woodley no respondieron.

—Señorita, dijo el niño Evans, bien conoceis a aquel gallardo jóven que os ha dado la mano hasta el coche.

—Quiere hablar de milord Federico, dijo miss Milner afectando indiferencia.

—¿Y os dió la mano hasta el coche? preguntó vivamente milord Elmwood.

—Ha sido una casualidad, dijo miss Woodley, porque habia tanta gente, que...

—Creo, milord, dijo Sandfort, que ha sido una felicidad que no hayais ido.

—Si hubiese estado con nosotras, no hubiéramos necesitado de nadie, dijo miss Milner.

—Señorita, dijo Sandfort, otras veces ha estado con vos, y sin embargo...

—Señor Sandfort, interrumpió milord, es tarde, é impedís á estas damas que se retiren.

—No se os puede culpar de lo mismo, dijo miss Milner, porque nada decís.

—Es por miedo de desagradaros.

—Quizá agradariais, y sin arriesgar lo uno no se consigue lo otro.

—Creo que en este momento las probabilidades no no serian iguales, y prefiero daros las buenas noches.

Dicho esto salió bruscamente de la habitacion.

—Lord Elmwood, dijo miss Milner, está muy sério, no parece á un hombre que ha pasado la noche en casa de su amada.

—Quizá tendrá el disgusto de haberla dejado, dijo miss Woodley.

—O estará ofendido del modo con que la habeis tratado, dijo M. Sandfort.

—¿Yo?.. os aseguro que no he dicho nada.

—¿Nada? ¿No habeis dicho que era melancólica?

—Nada mas que lo que pensaba iba á añadir.

—Cuando se tienen tales ideas deben callarse.

—Entonces deberé callar siempre.

—En efecto, vale mas no hablar que hacerlo para mortificar a nadie. ¿Sabeis que milord está á punto de casarse con miss Fenton?

—Si.

—¿Sabeis que la ama?

—No.

—¿Cómo?

—Quiero creerlo, pero no lo sé.

—Sea. ¿Cómo cometeis la indiscrecion de hablar mal de miss Fenton delante de él?

—¡Hablar mal! Decir que su humor es melancólico es hacer su elogio á los ojos de milord y á los vuestros.

—Sea su humor el que quiera le admiro; pero os aseguro que tiene mucha alegria, y una alegría que viene del corazon.

—Si yo la viese acaso la admiraria tambien; pero se esconde y ese es el mal.

—Vamos, dijo miss Woodley, es hora de retirarnos; mañana podreis continuar esta discusion.

—Discusion, señorita, replicó Sandfort, no he discutido nunca sino con teólogos. Queria solamente advertir á vuestra amiga, que debia despreciar virtudes que la serian honrosas. Miss Fenton es una jóven muy amable y muy digna de un marido, como lo será milord Elmwood.

—Estoy segura, dijo miss Woodley, que miss Milner piensa del mismo modo. Lo que decia era una chanza.

—Pero las chanzas son perniciosas cuando las acompaña una maligna sonrisa. He visto chanzas que rebajan la reputacion de una mujer, otras que descomponian un matrimonio.

—Yo supongo que aquí no hay que temer nada de eso.

—No, al menos segun creo; parecen hechos el uno para el otro: su carácter, sus gustos son los mismos, y como dice la escritura su amor es blanco y puro como la nieve.

—Y frio como ella, esclamó miss Milner.

Sandfort pareció muy irritado.

—¿Cómo podeis hablar así? dijo miss Woodley, parece que teneis envidia de miss Fenton porque milord no se os ha ofrecido.

—¡A ella! esclamó Sandfort, creeis que haya sido relevado de sus votos para desposarse con una coqueta...

—Tened, dijo miss Milner, creo que el único defecto que me encontrais es el ser herética.

—No, eso es lo único que puede escusaros.

—¡Gracias á Dios que tengo una escusa! Es el mayor cumplido que me habeis hecho y veo que estais pesaroso de él.

—¡Pesaroso de que seais herética! En verdad que lo seria mucho mas de que deshonráseis nuestra religion.

Ya muchas veces en la noche miss Milner habia necesitado de toda su paciencia; pero no la encontró contra esta réplica, y levantándose agitada esclamó:

—¿Qué he hecho para ser tratada así?

Aunque Sandfort no fuera hombre que se intimidase fácilmente, su turbacion fué visible y el movimiento de sorpresa que le hizo temblar se pareció mucho al miedo.

Miss Woodley, viendo á su amiga pronta á sofocarse, la tomó en sus brazos y la dijo con un tono lleno de ternura:

—Calmáos, calmáos.

Miss Milner se sentó, pero durante algunos momentos, Sandfort fué mas espantado de su silencio sombrío que lo habia sido de su cólera, y no se tranquilizó del todo hasta que la vió bañada en lágrimas: entonces suspiró de alegría de que la escena terminara así. Como no se acostaba nunca sin hacer antes una breve oracion, cuando llegó al lugar en que se implora al cielo por los *malos*, pronunció el nombre de miss Milner con fervor.

CAPÍTULO XXII.

Si miss Milner habia pasado muchas noches sin dormir, no sucedió lo mismo con esta, no porque no tuviera sobre su corazon un peso mayor que el que generalmente tenia, sino porque sus fuerzas habian sucumbido; olvidó todas sus penas en su sueño de fatiga para recordarlas mas vivamente al despertar. Entonces se halló tan fatigada, aunque hizo decir que alguna indisposicion la impedia asistir al desayuno. Al recibir esta noticia, milord Elmwood apareció muy inquieto. M. Sandfort movió la cabeza.

—Miss Milner tiene poca salud, dijo Mad. Horton.

Milord leia las noticias de los periódicos. Los puso sobre la mesa para oir á Mad. Horton.

—Hay en todo esto algo que no es natural, prosiguió esta, orgullosa de llamar la atencion de milord.

—Pienso como vos, dijo Sanfort con maligna sonrisa.

—Y yo tambien, dijo miss Woodley suspirando.

Milord miraba á cada uno cuando hablaba, y cuando cesaba de hablar sus ojos parecian seguir interrogando.

Concluido el desayuno, M. Sandfort se retiró á su cuarto, Mad. Horton salió algunos minutos despues, y lord Elmwood quedó solo con miss Woodley.

Entonces se levantó y dijo:

—Creo, miss Woodley, que miss Milner es muy reprensible aunque yo no haya querido decirlo ayer delante de M. Sandfort, por haber dado la mano á milord Federico, proporcionándole así una entrevista, á menos de que tenga intenciones de entrar de nuevo en relaciones con el.

—Estoy segura, respondió miss Woodley, de que está muy lejos de eso, y os aseguro que solamente la casualidad hizo que se encontrasen anoche.

—Lo que decís me causa gran placer; yo no soy de carácter suspicaz, pero por lo que respecta á sus sentimientos hácia Federico, me es imposible no conservar alguna sospecha.

—No debiais tener ninguna, dijo miss Woodley con aire de confianza.

—Convenid, sin embargo, en que su conducta es propia á inspirarlas.

—Su conducta es la de una persona apasionada sin duda:

—Eso es lo que yo digo, y eso justifica mis sospechas.

—No hay sino un hombre en el mundo en que puedan fijarse.

—¿Le conozco yo? Sin duda no le conozco, esclamó milord admirado.

—Acaso me habré engañado...

—Pero eso no puede ser, prosiguió milord conmovido, siempre estais con ella, y aun cuando no tuviera confianza en vos, que felizmente la tiene, no podriais ignorar sus verdaderos sentimientos.

—Creo enteramente lo contrario, respondió miss Woodley con un tono tal de seguridad, que milord no dudó que hubiera entre ambas algun secreto.

—Estoy muy lejos, dijo, de querer penetrar los sentimientos particulares que se desea que ignore, y aun mas de emplear para conocerlos cualquier medio que no sea decoroso, pero no puedo menos de sentir ignorarlos. Quisiera dar á miss Milner las pruebas del interés que la profeso; pero se opone de tal modo que cada paso que doy le doy con desconfianza.

Miss Woodley suspiró y calló. Milord esperaba su respuesta; como ella no daba ninguna, continuó:

—Si alguna vez una indiscrecion es perdonable, me atrevo á creer que sera en una ocasion como esta; mi caracter y mis relaciones con miss Milner son propios para inspirar confianza en mí; sus intereses han llegado a ser los mios, y mi felicidad está de tal suerte unida a la suya, que no se deberia temer nunca hacerla el menor daño revelándome sus secretos.

—¡Oh, milord! esclamó turbada miss Woodley; de todos los hombres sois vos aquel á quien menos me perdonaria ella que los revelase.

—¿Por qué? pero hé ahí el uso general; siempre sé de un amigo de quien mas desconfiamos, tememos sus consejos aunque puedan salvarnos. ¿No estais persuadida de que yo haria todo lo posible por la felicidad de miss Milner?

—Todo lo que fuera honroso.

—Ella no puede querer nada que no lo sea,.. ¿querrá algo a que yo no pueda acceder?

Miss Woodley no respondió.

—Por grande que sea mi amistad tiene sus límites, y detenendola la salvaré quizá.

Luego añadió mas calmado:

—Cuando se trata de empeñarse por los sagrados nudos del matrimonio, sé muy bien que algunas mu-

jeres no sabrian esplicar su eleccion. Si miss Milner se halla en este caso, no la aprobaré; si ella no sabe estimar lo que vale, debo saber hacerlo yo. No hay hombre á quien, aparte su fortuna, la belleza de miss Milner no pueda cautivar; á pesar de su ligereza tiene una amable franqueza de carácter, una vivacidad de espíritu y á veces una dulzura que bastarian á fijar al hombre mas delicado; yo no quiero que tantas ventajas se degraden. Es de mi deber no sufrir que se esponga á las consecuencias de una eleccion indigna, y cumpliré mi deber.

—Milord, la eleccion de miss Milner no es *depravada* sino quizá *muy esquisita*.

—¿Qué quereis decir? hablais con un tono de misterio... ¿Pero si tiene algun temor no es el de verme contrariarla?

—Está segura de que no os conformareis.

—¿Su eleccion es pues indigna?

Miss Woodley se levantó... cada una de sus miradas y sus gestos probaba su temor y su deseo de decir mas

La atencion de milord Elmwood estaba ya muy escitada, y se avivó observando á miss Woodley.

—Milord, dijo esta con voz temblorosa, prometedme, declaradme, juradme que el secreto no saldrá de vuestro seno, y os haré conocer el objeto de sus afecciones.

Esta preparacion hizo temblar á milord; se apresuró á repasar en su memoria todos los hombres que podia conocer miss Milner; pero en vano, y tornó sus ojos á miss Woodley como para interrogarla de nuevo.

La encontró muda y embarazada. Volvió á buscar en su memoria, y esta vez fué mas afortunado, pues el primero que se le presentó fué... él mismo.

La rápida espresion de mil sentimientos diversos que se pintaron al punto en su rostro, indicaron á miss Woodley que su secreto estaba descubierto.

Ocultóse el rostro entre las manos, y sus lágrimas que corrieron en abundancia, aseguraron á milord Elmwood que habia acertado.

Su mútuo silencio duró algunos momentos, y miss Woodley esperó con la mas cruel ansiedad lo que iba á decir; al cabo de dos segundos oyó estas palabras:

—Por amor de Dios, tened cuidado con lo que haceis. Vais á descubrir todos mis planes, á hacerem este mundo demasiado agradable.

A estas palabras alzó ella la cabeza y encontró los ojos de Dorriforth brillantes de alegría, de amor, de esperanza, de sorpresa y de ardor, y empezó á alarmarse, porque si bien deseaba que amase á miss Milner, deseaba que la amase con moderacion.

Milord Elmwood conoció todos los reproches que miss Woodley se hacia á sí misma, y por tranquilizarla la dijo:

—¿Os fiais en mi palabra?

—Sí, milord, dijo miss Woodley temblando.

—No haré mal uso de lo que acabo de saber.

—Os creo.

—Pero no os responderé sobre lo que mis sentimientos me dictan en este momento. Son confusos; no soy dueño de mí. Sin embargo, nunca me han vencido las pasiones, y ahora mismo mi razon las combatirá, abandonándome antes de que ceda.

Iba á salir, y miss Woodley le siguió esclamando:

—¿Y cómo volveré á ver á la amiga á quien he hecho traicion?

—Miradla como una persona á quien ni habeis querido hacer, ni habeis hecho ningun mal.

—Pero ella no pensará así...

—Somos malos jueces en lo que nos concierne. Yo estoy loco de alegría por lo que me habeis revelado, y sin embargo... quizá hubiera sido mejor que no lo hubiera sabido jamás.

Miss Woodley iba á responder, pero como si hubiera sido incapaz de prestarla la menor atencion, milord se apresuró á salir del cuarto.

CAPÍTULO XXIII.

Miss Woodley se detuvo algun tiempo á considerar por dónde debia ir. La primera persona que la encontrase no dejaria de conocerla que habia llorado, y si esta persona era miss Milner, ¿cómo confesarla, ni cómo ocultarla la verdad? Evitar su encuentro fué todo su cuidado, y para eso no encontró mejor espediente que subir á un coche, é irse á pasear fuera de Lóndres.

Volvió á la hora de comer trayendo aun los ojos algo enrojecidos, pero la valió para escusarse el decir que tenia un poco de jaqueca.

Miss Milner, aunque se encontraba algo mejor, comió muy poco. Lord Elmwood no comió en casa, lo cual dió mucho placer á miss Woodley, y mucho pesar á Sandfort, que preguntó á los criados qué habia dicho al salir.

—Que no se le esperase á comer.

—No puedo imaginar dónde come hoy, decia Sandfort.

—Perdonad, dijo Mad. Horton, ¿es tan difícil de adivinar? En casa de miss Fenton, sin duda.

—No, vengo de allí y no ha estado en todo el dia.

A pesar de la agitacion en que miss Woodley habia estado todo el dia, no habia sentido su corazon tan desahogado mucho tiempo hacia. Su confianza en las promesas de milord Elmwood, la confianza que tenia en la delicadeza de su carácter, la bondad de miss Milner, la certidumbre que tenia de que ninguna sospecha atormentaba el corazon de su amiga, y la certidumbre que tenia de la pureza de sus intenciones, todo la persuadia que no habia hecho nada de malo; pero á pesar de todo, pensaba en el embarazo con que volveria á ver á milord Elmwood.

Miss Milner, que no se sentia dispuesta á salir, paso la tarde con las damas. Leyó un poco de una ópera nueva, cantó acompañándose, habló con miss Woodley, y pasó horas muy tristes hasta cosa de las diez, en que Mad. Horton propuso á M. Sandfort una partida de ecarté. Sandfort se escusó y miss Milner se ofreció en su lugar, fué admitida con placer.

Comenzaba á jugar cuando entró milord Elmwood.

La fisonomía de miss Milner se animó al momento, y aunque estaba en su simple deshavillé de mañana, no estaba menos hermosa que de ordinario. Miss Woodley estaba apoyada en el respaldo de su silla para ver su juego, y M. Sandfort al otro estremo de la chimenea se ocupaba en ver un padre de la iglesia.

Lord Elmwood, acercándose á la mesa del juego, saludó a las damas que se levantaron, y se dirigió á su pupila como para preguntarla por su salud, cuando M. Sandfort, dejando su libro, le dijo:

—Milord, ¿donde habeis andado hoy?

—He tenido muchos negocios...

—¿Supongo que esta noche habreis ido á casa de miss Fenton?

—No, hoy no.

—¿Y qué ha podido impedíroslo?

Miss Milner jugó una carta por otra.

—Iré mañana, dijo milord

Y acercandose á miss Milner con aire respetuoso:

—¿Espero, la dijo, que estareis enteramente restablecida?

Mad. Horton la rogó que atendiese al juego.

—Estoy mucho mejor, respondió esta.

El volvió entonces á acercarse á M. Sandfort, y durante este tiempo no miró una sola vez á miss Woodley, que no tenia menos cuidado de evitar sus miradas.

Sirviéronse algunos fiambre; miss Milner perdió, y se acabó el juego.

Al ponerse á la mesa:

—Miss Milner, dijo Mad. Horton, ¿quereis alguna cosa caliente? Porque en todo el dia no habeis comido nada.

Milord Elmwood por un sentimiento que solo parecia de humanidad: pero de una humanidad que jamás habia sido tan fuerte en él, la dijo:

—Permitid, miss Milner, que pida algo para vos

El tono de vivo interés con que estas palabras fueron pronunciadas, causó mas placer á miss Milner que hubieran podido causarla los mayores cumplimientos; manifestó su reconocimiento con su turbacion, y asegurando á milord que se sentia bien para comer de lo que tenia delante; pero esto era mas facil de decir que de probar, pues apenas llevó á sus lábios un bocado, le volvió á poner en el plato palideciendo aun mas por haber querido forzar su apetito. Lord Elmwood habia tenido siempre atenciones á su pupila, ahora velaba por ella como por un niño.

Cuando la vió hacer vanos esfuerzos por comer, la quitó el plato y la presentó otro, todo con esa delicadeza de cuidado que un niño tiene con un pájaro querido, cuya pérdida le robaria toda la alegría de

sus dias de fiesta. Estas atenciones tenian tal ternura que chocaron á M. Sandfort, y no se escaparon á madama Horton, é hicieron asomarse las lágrimas á los ojos de miss Woodley, en tanto que el corazon de miss Milner estaba lleno de un reconocimiento tal, que no dejaba lugar al amor.

Para disipar la inquietud que la mostraba su tutor, se esforzaba por parecer contenta y hasta llegó á estarlo; tan dulce la era ser el objeto de sus cuidados. Milord, animado, pareció redoblar aun sus atenciones hasta el punto que Sandfort que le observaba y que no estaba acostumbrado á ocultar sus pensamientos, le dijo bruscamente:

—Miss Fenton estaba indispuesta ayer, y vos no teniais la mitad de esas atenciones con ella.

Si Sandfort hubiera puesto á los pies de miss Milner toda la fortuna de la casa de Elmwood, ó si hubiera hecho de ella una debilidad, no la hubiera complacido tanto como pronunciando estas palabras. Ella le miró graciosamente, reprendiéndose interiormente de haberle ofendido.

—Miss Fenton, respondió lord Elmwood, tiene consigo un hermano, su salud, su felicidad, son cuidados de ese hermano, pero miss Milner es el objeto de los mios.

—Señor Sandfort, dijo miss Milner, temo que podais quejaros de mi por lo de anoche; ¿me perdonais?

—No, señorita, dijo este, yo no perdono sin propósito de enmienda.

—¿Y si os prometiera no ofenderos mas?

—¿Para qué prometer lo que no habeis de cumplir?

—No le prometais nada, dijo lord Elmwood, porque se esforzaria en haceros faltar á vuestra promesa.

Así pasó la velada, y miss Milner se retiró á su cuarto mucho mas satisfecha de lo que esperaba por

la mañana. Miss Woodley no tenia menos motivo para estar satisfecha. Un solo pensamiento turbaba su alegria; era que habia en el mundo una mujer llamada miss Fenton; hubiera deseado ver su corazon y haber podido tomar este conocimiento de él por regla de conducta; pero desde algun tiempo antes, miss Fenton evitaba su trato, y era además sobrado reservada para descubrirse á ellas Miss Woodley no halló pues nada mejor que hacer que reposar en la pureza de sus intenciones, y abandonar lo demás á la Providencia.

CAPÍTULO XXIV.

En pocos dias todo habia tomado un nuevo aspecto en casa de milord Elmwood; él habia llegado á ser el amante declarado de miss Milner, y esta era la mas dichosa de las mujeres. Miss Woodley compartia su felicidad. En cuanto á M. Sandfort, gemia amargamente al ver que miss Fenton habia sido subplantada, y lo que era mas cruel, por miss Milner.

Aunque eclesiástico, soportó este contratiempo con tan poca resignacion como un seglar. Podia apenas resignarse á hablar á Sandfort, evitaba el mirar á miss Milner; estaba descontento de todo el mundo.

Su primer designio habia sido marcharse, y como sobre el artículo de su amor á su pupila, el conde resistia a todas las observaciones, se habia prometido, no solo dejar de vivir con él, sino renusarle sus consejos.

Sin embargo, en el momento de separarse de su amigo, de su educando, de su patrono, de aquel que

en tantas circunstancias le obedecia ciegamente, hizo una reflexion caritativa que le detuvo á saber, que abandonando su amigo á sus propias pasiones, le esponia á hallar quizá un castigo mayor que su falta.

—Milord, le dijo, vais a embarcaros en un mar borrascoso, y aunque rehuseis evitar los escollos que os indicaria vuestro fiel piloto, quiero embarcarme con vos aunque deba ser testigo de vuestro naufragio. Cuanto mas desprecieis mis avisos mas necesarios os serán, y á menos que me echeis de casa (lo que hareis bien pronto para complacer á vuestra futura esposa), continuaré á vuestro lado.

Lord Elmwood, que le amaba sinceramente, se alegró mucho de verle tomar este partido; sin embargo, desde que su razon y su corazon le habian aconsejado romper con miss Fenton y casarse con su pupila, habia sido tan inflexible en su resolucion, que Sandfort no habia podido conmoverle un solo momento, y para no darle esperanza de hallarle mas dócil en adelante, ne le habia instado á que se quedara.

Sandfort vió con enojo su inflexibilidad, pero convencido de la inutilidad de sus representaciones, se sometió, aunque á decir verdad, de mala gana.

De todas las personas, en este cambio, miss Fenton fué la que menos se alteró; se casaria sin repugnancia, no se casaria sin pena; consintió en devolver al conde su palabra como habia aceptado sus juramentos, con una sonrisa de fria aprobacion.

Este carácter de miss Fenton, harto conocido al conde, era el que le habia hecho considerar el matrimonio como un triste invierno, mientras que la viva sensibilidad de miss Milner se le presentaba como una perpétua primavera, ó lo que aun es mejor, con la agradable variedad de las tres mas bellas estaciones.

Tambien sobre esta indiferencia fundó su esperanza de que la palabra empeñada le fuera devuelta, porque conservaba bastante santidad de su primer estado para renunciar á su felicidad y á la de su pupila, antes que cometer una perfidia; pero antes de ofrecer su mano á miss Milner, estaba ya seguro de que no tendria nada semejante que reprocharse. Por lo demás, miss Fenton le aseguró que pensaba menos en las alegrías de la tierra que en las del cielo, y miraba este suceso como un motivo para retirarse á un convento, por lo cual estaba mas dispuesta á alegrarse que á entristecerse.

Su hermano, que por su retiro debia heredar toda su fortuna, fué enteramente de la misma opinion.

Perdida en el Océano de la felicidad, miss Milner se preguntaba de vez en cuando, ¿eran mis encantos mas poderosos de lo que yo habia creido? El austero Dorriforth ha reconocido su imperio y han encendido en su alma la mas ardiente pasion, no tengo mas que afectar un poco de desden para ver á este sacerdote severo arrastrarse á mis pies como el mas humilde esclavo del amor; y añadia: ¿por qué no le he tenido mas tiempo en suspenso? No podria amarme mas, lo sé; pero mi poder sobre él seria mayor. El amor que me ha mostrado me hace la mas dichosa de las mujeres; pero dudo que este amor estuviera á prueba de los malos tratos; si no los resiste no soy amada como debia serlo. Si resiste, ¡qué triunfo! ¡qué felicidad!

Estas palabras eran solo sueños de su imaginacion; y nunca hizo de ellas un plan de conducta; pero á fuerza de pensarlas las puso en práctica algunas veces, y el peligroso deseo de asegurarse de si seria siempre amada, á pesar de su desigualdad de carácter, gloria á que suelen aspirar las vanidosas, llegó á ser su ambicion. ¡Inconsiderada! No pensaba que antes de comenzar semejante ensayo debia hacer olvidar á milord Elmwood muchas cosas, cuyo recuerdo bastaba para

poner á prueba su amor y su paciencia. ¿Pero qué mujer ha resistido nunca al deseo de hacer ensayos? ¡y qué pocas veces este deseo no lleva á la perdicion!

Segura de ser amada de su amado, recobró la saluz y la alegría, y como su tutor la dejaba entregada á sí misma con la generosa confianza de un amante apasionado, volvió á sus primeras diversiones, á su primer género de vida con menos reserva que antes.

Al principio lord Elmwood, ciego con su pasion, la animó él mismo; se aplaudió al verla recobrar su vivacidad, y mientras no la vió abusar, no se quejó; pero si la habia encontrado dulce y humilde como pupila, como amante la halló altanera y casi insolente.

Sorprendiale una conducta tan estraña y esta novedad le agradaba, porque la amaba y todas las formas con que se le mostraba le eran agradables.

Entre todos los motivos de queja que le daba, no era el menor la falta de economía en el empleo de su renta.

Por todas partes le traian cuentas de tocados que no se ponia, de joyas cuya moda habia pasado, y de caridades hechas por capricho. Quejábase tambien de que venia á casa tarde y de que trataba á personas que le desagradaban.

Tenia ella gusto en verle dudoso entre el amor que la tenia y la obligacion de reprenderla; entre el miedo de desagradarla y el de abandonarla á sí misma; la manera tan pronto ligera como altiva con que recibia sus consejos era para ella un motivo de triunfo.

Estaba orgullosa de hacer ver á miss Woodley, y sobre todo á M. Sandfort, hasta qué punto podia contar con la pasion que habia inspirado á milord Elmwood.

Mientras que se preparaba todo para el matrimo

nio que debia celebrarse en el verano en la quinta de Elmwood, miss Milner resolvió aprovechar el poco tiempo que habia de permanecer en Lóndres para gozar de todos los placeres á que probablemente iba á decir adios, no porque los amase mas que los placeres tranquilos de la vida conyugal que esperaba, sino por abreviar el tiempo que la separaba de estos.

La desgracia quiso que en este tiempo su tutor no pudiera velar tan atentamente sobre ella; un proceso relativo á las posesiones que tenia en las Indias occidentales, y otros muchos negocios concernientes á su título y tierras de Elmwood le obligaban á pasar mucha parte del dia fuera de su casa y muchas veces toda la noche; ó bien cuando volvia se encerraba durante largas horas con gentes de negocios; pero si él no vigilaba á su pupila, Sandfort la vigilaba por él con estraño celo.

Milord no ignoraba que la falta de su amigo era juzgar desfavorablemente á miss Milner; compadecia á Sandfort y á su pupila, y entre las exageraciones del uno y las faltas de la otra habia tenido siempre la balanza en suspenso.

Pero aqui los hechos hablaban por si mismos; vió todos los defectos de su pupila por sí aunque Sandfort trataba siempre de hacérselos ver mayores.

En cuanto este conoció lo descontento que su amigo estaba de miss Milner, esclamó con aire de triunfo:

—¿No os lo habia yo dicho? Esa mujer no os conviene; pero no quereis abrir dos ojos.

—No me reprocheis haberlos cerrado cuando vos tambien estábais ciego, respondió milord. Si hubiérais sido menos apasionado, si hubierais visto las virtudes de miss Milner lo mismo que sus defectos, yo os hubiera creido; pero no viendo mas que sus defectos, os

habeis engañado tanto como yo que solo he visto sus perfecciones.

—Sin embargo, mis observaciones hubieran podido seros útil porque yo veia lo que convenia evitar.

—Las mias eran mas caritativas porque me hacian ver lo que debia adorar toda mi vida.

Sandfort suspiró y alzó al cielo las manos.

—Señor Sandfort, continuó lord Elmwood con el tono que acostumbraba usar cuando su resolucion estaba tomada, ahora mis ojos están abiertos para las imperfecciones como para las perfecciones de miss Milner, y no permitiré que vuestra parcialidad contra ella me haga parcial en su favor, porque creo que ella sola ha causado mi amor.

—¡No me cargueis esa culpa!

—Os ruego que no me interrumpais. Sean las que fueran vuestras intenciones, ese ha sido su efecto. Desde hoy quiero juzgar yo solo de su conducta, y si hallo en ella demasiada ligereza para la felicidad tranquila que esperaba, contad con mi palabra; este matrimonio no se llevará á cabo.

—Cuento con vuestra palabra, esclamó vivamente Sandfort, no se llevará á cabo.

—Sois injusto al hablar así, antes de la prueba, prosiguió lord Elmwood, y vuestra injusticia me enseña á precaverme para no seguir vuestro ejemplo.

—Pero milord...

—Mi partido está tomado, quedará unido á miss Milner mientras ella lo merezca; observaré su conducta, pero trataré de ser en mis observaciones mas justo que vos.

—Esperar para llamarme injusto á juzgar como juez y no como amante.

—Yo no consultaré á nadie; sin embargo, yo seré el solo juez de mi causa, y dentro de pocos meses me casaré ó *huiré para siempre de ella.*

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con tanta firmeza, que el corazon de Sandfort se esplayó. Vió en ellas el presagio de lo que necesariamente habia de suceder, y dejó á milord felicitándole por su determinacion, y no cesando de repetirle que contaba con su palabra.

Por su parte milord Elmwood, despues de haber tomado esta resolucion, se halló mas tranquilo; hacia algunos dias que pensaba sin cesar en el horror de las querellas domésticas, de una casa desarreglada.

Si Sandfort con mucho talento cometia tantas faltas, era solo por falta de luces; veia siempre los defectos agenos, y si hubiera conocido los suyos propios, tenia bastante rigidez para corregirse. Habia sido mucho tiempo el superior de aquellos con quienes vivia, y habia estado tan ocupado en instruirles que no habia tenido lugar de advertir su necesidad de instruccion. Su severidad imponia de tal modo á sus amigos, que nadie le advertia sus imperfecciones, escepto Dorriforth en este momento; pero Dorriforth amaba. ¿Y qué confianza podia tenerse en un hombre ciego por el amor? Sandfort no tenia pues medios de conocerse. Sus enemigos le decian que no era perfecto; pero nunca se habia tomado el trabajo de escucharlos. Con todo su buen sentido no tenia el necesario para arreglar su conducta por el axioma que dice:—*Del enemigo el consejo...* Muchas gentes en el mundo ganarian siguiendo este refran y Sandfort sobre todo. Qué dichoso hubiera sido para él que un enemigo le hubiera dicho en el momento en que se alejaba de milord Elmwood: «Hombre cruel, partes con el corazon alegre porque crees que las esperanzas de miss Milner, esas esperanzas que hacen su vida y su felicidad, que la impiden caer en el mas profundo abatimiento, serán frustradas; te glorias de que tu alegría es hija de tu amor á tu amigo sin duda que le amas; pero busca en tu corazon y hallarás otra causa, que salvando

á tu amigo, pierdes á su pupila. ¡Perdona sus faltas como necesitas que perdonen las tuyas!

Si se le hubiera hablado así, Sandfort era tan escrupuloso que al momento hubiera vuelto á milord y le hubiera fortificado en la opinion favorable que tenia de su futura esposa; pero no teniendo ningun enemigo que le advirtiese, y no recelando nada su corazon, prosiguió su camino muy satisfecho y encontrando á miss Woodley, la dijo con aire de triunfo:

—¿Dónde está vuestra amiga lady Elmwood?

Miss Woodley respondió sonriéndose:

—Ha ido á una venta con algunas amigas suyas; pero ¿por qué le dais ya ese nombre?

—Porque creo que nunca le tendrá.

—¡Cómo! me espantais...

—Lo creo, porque no lo digo para tranquilizaros.

—Por amor de Dios, ¿qué pasa?

—Nada de nuevo; pero que tenga cuidado...

—Sé que es ligera, que muchas veces necesita disculpa, pero tambien sé, que es amada de milord, y el amor cubre muchas faltas.

—La ama seguramente; pero tiene mucha firmeza. Amaba tambien á su hermana, la amaba tiernamente, y con todo, desde que dijo que no queria volver á verla, fué sordo á todas las instancias, y no volvió a verla ni en su última hora. Y ahora, aunque cuida de su sobrino, acordáos que cuando se le presentásteis le repelió.

—¡Pobre miss Milner!

—Sin embargo, aun no ha dicho positivamente que no volveria á verla; ha amenazado... y le conozco bastante para saber que en él la ejecucion sigue de cerca á la amenaza.

—Haceis bien en prevenirme con tiempo para que avise á miss Milner.

—No hagais tal: ¿para qué? Ella no sacará prove-

cho de vuestra advertencia. Además, no sé si milord deseará que guarde silencio.

—Pero con todo el respeto que debo á vuestro juicio, ¿no pensais que en esta ocasion seria mal hecho guardar silencio? Considerad cuánto pesar causaria á mi pobre amiga la desgracia que la amenaza, y si por un aviso dado á propósito podemos evitársele...

—Podeis pensar así; pero yo creo eso una falta de discrecion. Si se me hubiera confiado un secreto...

Antes que pudiera acabar de esplicarse, miss Milner entró, y su presencia puso fin á la plática.

Habia pasado toda la mañana en una almoneda en que habia gastado doscientas libras en objetos que de nada la servian, pero los habia comprado porque se la aseguró que no eran caros.

Habia entre ellos una coleccion de libros de química y de autores latinos.

—¡Cómo! esclamó Sandfort, viendo los señalados en el catálogo. ¿Sabeis lo que acabais de comprar? No podreis leer en estos libros ni una palabra siquiera.

—¿Lo creeis? Estoy segura de que os gustarán sus encuadernaciones.

—Querida, dijo Mad. Horton, ¿para qué habeis comprado mas loza? Ya no hay donde ponerla.

—Es verdad, lo habia olvidado; pero sabeis que puedo permitirme estos caprichos.

Milord Elmwood acababa de entrar cuando ella daba esta respuesta.

Meneó la cabeza, y suspiró.

—Milord, le dijo miss Milner, he pasado una mañana muy agradable; no habeis faltado sino vos; porque si hubiérais estado, hubiera comprado otras cosas; pero no he querido parecer loca en vuestra ausencia.

Sandfort tenia los ojos fijos en milord para observarle.

Milord sonrió y quedó pensativo.

—A propósito, milord, dijo miss Milner, he pensado en vos, tengo un regalo que haceros.

—Yo no deseo nada.

—¿Ni de mi mano? Bien está.

—Hacedme el regalo de vos misma: es todo lo que os pido.

Sandfort se agitó en su silla como si estuviera mal sentado.

—Miss Woodley, dijo su amiga, el presente será para vos; pero no, no os serviria de nada: no puede servir sino á un hombre. Quiero guardarle para dárselo á milord Federico la primera vez que le encuentre. Esta mañana le encontré: tenia un semblante encantador ..

Miss Woodley echó furtivamente sobre milord una mirada inquieta, y tembló viendo la cólera pintada en su rostro.

Sandfort tembló y le miró mas fijamente. En seguida empezó á tomar tabaco para disimular.

Todos guardaban silencio.

En fin, al cabo de algunos momentos dijo miss Milner:

—Todo el mundo me parece triste aquí: siento haber venido tan pronto.

Miss Woodley estaba sobre áscuas: veia el descontento de milord, y temia que dejase escapar alguna palabra de que no pudiera desdecirse, ó que miss Milner no pudiera perdonar.

Para prevenir esta desgracia, dijo á su amiga que tenia que hablarla en secreto, y la llevó fuera de la sala

En cuanto hubo salido, Sandfort se levantó, se frotó las manos, se paseó por el cuarto, y con aire satisfecho preguntó á milord si pensaba comer en casa.

Pero lo que tanta alegría causaba á Sandfort, afligia profundamente á milord, que no hablaba y parecia abatido.

En fin, respondió con voz alterada:

—No; creo que no comeré aquí.

—¿Dónde comeis? preguntó Mad. Horton; yo esperaba que seria con nosotros. Creo que miss Milner comerá en casa.

—No he pensado dónde comeré.

—Si es en nuestro albergue ordinario, yo os acompañaré, dijo oficiosamente Sandfort.

—Con mucho gusto.

Y ambos se marcharon antes que hubiera vuelto miss Milner á la sala.

CAPÍTULO XXV.

Miss Woodley desobedeció por primera vez á M Sandfort, porque en cuanto se encontró á solas con miss Milner, la repitió lo que le habia oido, acompañando esta confianza con todas las observaciones que la inspiraba su amistad; pero aunque el génio de Sandfort hubiera estado con ellas, no hubiera podido disponer peor el alma de miss Milner á recibir estos avisos.

En vez de temblar de la amenaza de milord, respondió:

—Y bien, que lo haga; no se atreverá.

—¿Por qué? preguntó miss Woodley.

—Porque me ama demasiado para eso; porque le es demasiado querida su propia dicha.

—Creo que os ama; pero sin embargo puede dudarse...

—Yo no quiero que quede duda. Voy á probarle.

—¡Oh! no pensais lo que decís... ¿Qué vais á hacer?

—A darle motivos de queja que un hombre prudente no pueda perdonar, y vereis que con toda su prudencia los perdonará y sacrificará su resentimiento al amor.

—Pero si sucediese lo contrario, si sacrificase el amor al resentimiento...

—Y bien: en ese caso solo habré perdido á un hombre que no me tiene ninguna consideracion.

—Os tiene muchas consideraciones.

—Pero el amor que he sentido y siento por él merecerá mi parecer algo mas que *muchas consideraciones*.

—Tambien milord os ama, estoy segura de ello.

—¿Pero es su amor como el mio? Yo podria amarle aunque tuviera muchas cosas que reprocharle... y sin embargo (añadió despues de una pausa) creo que porque me parece irreprochable es por lo que no he podido menos de amarle.

Habló asi miss Milner durante algun tiempo, ya fingiendo despique, ya fingiendo chancearse, hasta que un criado vino á advertirles que estaba servida la comida.

Al entrar en el comedor, miss Milner notó que el asiento de milord estaba vacio: retrocedió de sorpresa.

No comer con él era un disgusto que no esperaba, y esta ausencia, despues de lo que acababa de saber, no podia sino aumentar su mal humor.

Adelantó su silla, se sentó con indiferencia, y sin desplegar su servilleta, sin tocar á su cubierto, estuvo toda la comida sin pronunciar una palabra.

Miss Woodley y Mad. Herton conocian demasiado el estado de su corazon para dejar ver que lo notaba.

Cuando iban á levantarse de la mesa, llamaron fuertemente á la puerta.

—¿Quién viene? dijo Mad. Horton.

Un criado corrió á la ventana.

—Es milord y M. Sandfort

—¡Qué! ¿vienen á comer? ¡Loado ses Dios! esclamó Mad. Horton.

Miss Milner permaneció muda y en la misma actitud; pero á los dos lados de su boca pudo notarse un asomo de sonrisa que á pesar suyo la arrancaba la llegada de milord Elmwood.

Entró este con Sandfort.

—Cuánto me alegro de que hayais vuelto, dijo madama Horton, porque miss Milner no pensaba comer.

—No tenia apetito, murmuró esta ruborizándose.

—No habiamos pensado volver, dijo M. Sandfort; pero en el sitio á que habiamos ido, todas las mesas estaban ocupadas.

Milord Elmwood puso un ala de pollo en el plato de miss Milner, sin preguntarla lo que deseaba, y ella tuvo la complacencia de comerla. Los dos hablaron durante la comida, pero con la misma reserva que si estuvieran reñidos; y en efecto, estaban incomodados aunque nada habia pasado entre ellos.

Quince dias pasaron en esta reserva recíproca. Una vez sola estuvieron á punto de reconciliarse, y esto con motivo de una gracia concedida por milord para complacer á su pupila, aunque no la habia pedido espresamente: como habia ya mas de una vez rehusado esta gracia á las instancias de sus amigos, su complacencia con miss Milner fué mas apreciable.

Miss Milner y miss Woodley habian salido para ir á ver al pequeño Rushbroock.

A su vuelta, milord Elmwood las preguntó cómo habian pasado la mañana; miss Milner se lo dijo francamente, sin ocultarle que habia sentido dejar al niño, que como siempre la habia pedido que le llevase consigo.

—Volved á verle mañana, le dijo milord Elmwood y traedle aquí.

—¡Aquí!

—Sí: si lo deseais, esta casa será la suya; vos le servireis de madre, y por consiguiente será mi hijo.

Sandfort, que estaba presente, pareció entonces mas descontento que nunca viendo esta prueba estraordinaria de ternura que daba milord á su pupila; pero frunciendo las cejas enjugaba sus lágrimas de alegría por el pobre huérfano.

Rushbroock fué pues llevado á casa de su tio, y siempre que milord queria hacer la córte á miss Milner, sin dirigirse directamente á ella subia á su sobrino en sus rodillas y le decia:

—Me alegro mucho de que nos hayamos conocido.

En medio de estas alternativas de enojo y acomodamiento, de esfuerzos variados, pero delicados siempre entre miss Milner y su tutor, por no ceder ni uno ni otro, todos los que lo observaban creian que acabarian por casarse, porque el mas torpe observador comprendia que un violento amor era el orígen de sus penas y placeres, cuando un incidente vino á destruir toda esperanza de acomodamiento.

La brillante Mad. G,.. debia dar un baile de máscaras. Enviáronse billetes á todas las señoras de distincion; y miss Milner recibió tres que la fueron tanto mas agradables, cuanto que nunca habia asistido á un baile de máscaras.

Como este debia tener lugar en una casa distinguida, creyó que su tutor no se opondria; pero se engañó, porque á la primera palabra que le dijo la rogó con tono algo severo que no pensara ir.

Picada por esta prohibicion, y sobre todo por el aire con que habia sido hecha, no dudó en responder que *iria*.

Esperaba alguna reprension; pero milord respondió y pareció resignarse.

Este silencio tranquilo la alarmó y la afligió. Pensando cómo sacarle de él, intentó primero picarle,

luego ablandarle y por último chancearse. Este último partido era el peor, y fué el que siguió.

—Con toda vuestra santidad, milord, le dijo, sé que no hariais objecion alguna contra ese baile si fuera vestida de religiosa.

Milord no respondió.

—Ese es un traje que cubre muchas faltas, y acaso me ayudaria a conquistaros, y no apostaria á que con él el mismo M. Sandfort no sintiera algo por mí.

—¡Oh! esclamó miss Woodley.

—¿Por qué? ¡oh! yo no hago sino repetir lo que he leido en muchos autores con respecto a las monjas y sus confesores.

—Vuestra conducta, miss Milner, dijo lord Elmwood, manifiesta bien qué autores habeis leido. No os tomeis el trabajo de citarlos.

El orgullo de miss Milner fué vivamente herido de esta respuesta; y como no podia, como su tutor, dominar sus movimientos, tuvo trabajo en contener sus lagrimas de ira.

—Milord, dijo miss Woodley con tono tan dulce y conciliador, que debia haberlos calmado á ambos, si quisiérais acompañar á miss Milner, hay tres billetes...

A estas palabras, miss Milner se ablandó; suspiró, y esperó con inquietud que milord aceptara; pero este esclamó con aire sorprendido:

—¡Que yo vaya! ¿creeis que yo iré á hacer de bufon en esa mascarada?

Miss Milner pareció de nuevo tan ofendida como antes.

—Yo he visto en esos bailes graves personajes, dijo miss Woodley.

—Mi querida, dijo miss Milner, ¿á qué viene empeñarse en hacer aceptar á milord una mascara cuando acaba de quitarse la suya?

Milord no pude contenerse mas, y respondió:

—Si creeis que he cambiado, señora, hallareis en efecto que ha sido asi.

Contenta de haberle podido irritar, miss Milner sonrió, é iba á continuar en el mismo tono, cuando á las pocas palabras milord se levantó y salió de la sala.

Esta brusca salida la picó tanto, que se apresuró á declarar que desde aquel momento le desterraba de su corazon: y para mostrar lo poco que la importaba su amor ó su cólera, pidió su coche y dijo que que iba á casa de algunas amigas que tenian tambien billetes, para tratar con ellas de su disfraz, porque á menos de que la encerrase, no la impediria ir al baile.

Toda objecion en aquel momento hubiera sido inútil; miss Woodley lo sabia, y la dejó marchar sin hacerla ninguna.

Lejos de estar de vuelta á la hora de comer, no volvió hasta la noche muy tarde.

Lord Elmwood, al contrario, no salió; pero no pronunció ni una sola vez el nombre de su pupila.

Estaba ya acostado cuando miss Milner volvió tan enojada contra él como lo estaba por la mañana, y por la primera vez pareció indiferente á lo que pudiera él pensar de su conducta.

Pensando solo en lo que la habia ocupado la mayor parte del dia, en cuanto se halló á solas con miss Woodley, solo la habló de su traje de baile. La dijo que la habian enseñado muchos, pero que habia escogido uno muy sencillo.

—¿Estais pues decidida á ir al baile si vuestro tutor no os habla de él?

—Aunque me hable, he tomado mi partido.

—Pero sabeis que os ha rogado que no vayais, y habeis acostumbrado á obedecerle.

—Sin duda como tutor; tambien le obederé como marido, nunca como mi amante.

—Ese es sin embargo el medio de no tenerle por marido

—Como le plazca. Si no se somete á ser mi amante no me someteré á ser su mujer. No me tiene el amor que yo quiero hallar en mi marido.

Y se puso á repetir las antiguas máximas que habia dicho cien veces á miss Woodley.

Acostóse en fin, para soñar, menos con su tutor que con el baile de máscaras. Como debia tener lugar por la noche, se levantó temprano, se desayunó, y pasó la mayor parte del dia en *deshabillé*, ocupada de los preparativos.

Su primer cuidado fué arreglar su peinado, el segundo arreglar su traje de modo que descubriera toda la riqueza de su talle, y lo logró tan bien, que miss Woodley, que entró en el momento en que se ponia, se estrañó menos de su elegancia que de lo bien que la sentaba. Representaba una Diana, aunque á decir verdad, su calzado y su falda levantada con gracia mucho mas de los tobillos, no diesen á primera vista la idea de una mujer tan modesta como la diosa.

Al mirarla miss Woodley se lo hizo notar; pero como la habia admirado, su observacion no tuvo efecto.

—¿Dónde está milord? dijo miss Milner; no quiero que me vea.

—No, esclamó miss Woodley, no quisiera, por el mundo entero, que os viese en este momento.

—Y bien, suspiró su amiga, ¿por qué me gusta tanto este traje? De milord solo quisiera ser admirada.

—No os admiraria así.

—¿Pero cómo evitaré que me vea... Si me ofreciese la mano hasta el coche... pero no; creo que no tiene el suficiente buen humor para hacerlo.

Miss Woodley la aconsejó vestirse en casa de una amiga, y miss Milner lo aprobó.

Durante la comida supo que milord debia ir aquella noche á Windsor para cazar al dia siguiente con el rey.

Esta noticia disipó sus temores, y la volvió á la idea de vestirse en su cuarto.

Milord Elmwood, que estaba á la mesa con ella, la pareció, no alegre, pero sí tranquilo. No dijo una palabra del baile, al cual no creia, á pesar de todo, que su sobrina se atreviera á ir. Ella por su parte creia que solo iba á Windsor para dejarla libre de ir sin parecer saberlo, y por lo tanto sin tener que quejarse. Miss Woodley, que solo deseaba que fuera así, acabó por ser de la misma opinion, y consintió en vestirse de ninfa para acompañar á su amiga.

CAPÍTULO XXVI.

A las doce y media de la noche, miss Milner, en una silla de manos, y miss Woodley en otra, salieron de casa de milord Elmwood para ir á buscar á las damas que con el traje de ninfas y cazadoras debian acompañarlas al baile.

Acababa de salir, cuando llamaron á la puerta. Era milord que volvia en una silla de posta. Llegado á Windsor se le habia dicho que se habia dejado la caza para otro dia, y habia tornado á Lóndres.

Despues de haber informado de la causa de su vuelta á Mad. Horton y á M. Sandfort á quienes halló en el comedor, se hizo traer la comida, y preguntó quiénes eran las personas que acababan de salir.

—Hemos estado solos toda la tarde, respondió madama Horton.

—Pero, dijo milord, he visto salir dos sillas de mano

acompañadas de muchos criados cuyas libreas no he podido distinguir.

—Y sin embargo, no hemos tenido ninguna visita.

—¿Ni tampoco miss Milner?

Estas palabras fueron un rayo de luz para madama Horton, que esclamó:

—¡Oh! ahora me acuerdo...

Y se detuvo como no sabiendo si lo debia decir.

—¿De qué os acordais? preguntó milord vivamente.

—Nada... nada, respondió moviendo la cabeza y alzando los ojos al cielo.

—Así se habla, dijo Sandfort, cuando se teme decir lo que se sabe, y ahora sospecho de lo que se trata.

—Seguramente sé mas de lo que debia saber...

Milord podia contener apenas su impaciencia.

—Esplicáos, señora, esplicáos.

—Querido milord, si quereis acordaros...

—Acordarme, ¿de qué?

—De la disputa que tuvisteis con vuestra pupila á propósito del baile.

—¿Qué decís? Ella no habrá ido al baile...

—No estoy segura; pero si habeis visto salir de casa dos sillas de manos, seguramente serian ella y mi sobrina que irian juntas.

Por toda respuesta, milord tocó una campanilla.

—Haced bajar á la doncella de miss Milner, dijo á un criado que se presentó.

—Pero milord, dijo Mad. Horton, cualquiera otro podria deciros tambien como la doncella si miss Milner ha salido.

—Quizá no.

La doncella entró.

—¿Dónde está vuestra señora? la preguntó milord.

Esta mujer no habia recibido órden de callar dónde

estaba miss Milner; pero el secreto instinto de todas las de su clase la dijo por lo bajo que debia ocultar la verdad, y dijo solamente:

—Han salido.

—¿A dónde?

—No lo ha dicho.

—¿Y no lo sabeis?

—No, milord.

—¿Es esta noche la señalada para el baile?

—No sé, milord, pero creo que no.

En el momento en que milord hacia esta pregunta, Sandfort corrió á una mesa y tomó varios periódicos. Cuando oyó responder que no era aquella noche, esclamó:

—Sí, milord, esta noche es.

Y enseñando un periódico, indicó el lugar en que se hablaba del baile.

—Salid, dijo milord á la doncella, que obedeció.

—Sí, sí, mirad el anuncio, prosiguió Sandfor con el periódico en la mano, y leyó las siguientes líneas:

«Mad. G... dá esta noche su baile de máscaras.

—Esta noche, ya veis.

»Se cree que hace tiempo no se habrá visto una reunion tan brillante »

—No se debia, dijo Mad. Horton, poner esas cosas en los periódicos para llevar á las jóvenes á su perdicion.

La palabra *perdicion* hirió los oidos de milord.

Dijo al criado que habia venido á servirle que se llevase la comida.

No habia comido, no se habia sentado siquiera á la mesa, y en este momento se pascaba á largos pasos abismado en sus reflexiones.

Al cabo de algunos minutos, uno de los criados de miss Milner entró a buscar alguna cosa, y Sandfort le dijo:

—¿Habeis acompañado al baile á vuestra ama?

—Sí señor.

Milord se detuvo.

—¿La habeis acompañado?

—Sí, milord.

Milord volvió á pasearse.

—Quisiera saber cómo iba vestida, dijo madama Horton.

Y dirigiéndose al criado, añadió:

—¿Sabeis qué traje llevaba?

—Sí señora, traje de hombre.

—¡Os burlais!

—No, dijo Sandfort, estoy seguro de que dice la verdad; es un muchacho que no mentiria por nada en el mundo, ¿no es cierto?

Lord Elmwood envió de nuevo á llamar á la criada.

—¿Con qué traje ha ido al baile vuestra señora? la dijo con tono severo que parecia mandar que se le respondiese con una sola palabra.

Una mujer menos audaz se hubiera intimidado; pero ella respondió:

—Con su traje ordinario.

—¿Estaba vestida de hombre ó de mujer? volvió á preguntar con el mismo tono de autoridad.

—¡Ah! ¡ah! milord, con traje de mujer.

—Llamad al criado, dijo Sandfort, y careadlos.

El criado vino un momento despues; pero milord, disgustado del interrogatorio, se retiró al fondo del cuarto y dijo á Sandfort preguntara á su gusto.

Este, con la importancia y la gravedad de un alcalde de monterilla, la espalda vuelta á la chimenea y los testigos delante de si, comenzó dirigiéndose al criado:

—¿Cómo decís que estaba vestida vuestra ama cuando la acompañásteis al baile?

—Con traje de hombre.

—¡Dios me valga, Jorge! ¿cómo podeis decir eso? esclamó la doncella.

SANDFORT *á la doncella.*

—¿Qué traje decís que llevaba vuestra ama?
—Traje de mujer.
—Ilé aquí una cosa rara, dijo Mad. Horton.

SANDFORT *á la misma.*

—¿Tenia falda ó no?
—Si señor... un jubon...

SANDFORT *al criado.*

—¿Y vos decís tambien que llevaba un jubon?
—Eso no lo he reparado; pero estoy cierto de que llevaba botas.

—No eran botas, sino botines, esclamó la doncella.

—Héos ahí, dijo Sandfort con tono benigno, cogida en vuestras palabras. ¿Para qué necesita una mujer botas grandes ni chicas?

Impacientado por esta escena ridícula, milord Elmwood se levanta, los hace salir á ambos, y mirando su reloj vé que es cerca de la una.

—¿A qué hora crecis que deba volver?
—Acaso antes de las tres, dijo Mad. Horton.
—¡A las tres! Mas bien á las seis, dijo Sandfort.
—Puedo esperar hasta esa hora, dijo milord suspirando.
—Mejor seria que os acostáseis, dijo Mad. Horton: durmiendo, el tiempo pasa mas á prisa.
—Si; si yo pudiera dormir.
—¿Quereis que juguemos? le dijo Sandfort, porque

yo no os dejo hasta que ella haya vuelto, por mas que no esté acostumbrado á velar toda la noche.

—¡Toda la noche! No se atreveria...

—Despues de haberse atrevido á ir á pesar de vuestra prohibicion, bien puede atreverse á esto.

—Al menos está con buena gente, dijo madama Horton.

—No sabe siquiera con quien está.

—¿Cómo podria saberlo, dijo Sandfort, donde todos se tapan la cara?

Así pasó el tiempo hasta las cinco.

Mad Horton se habia retirado á las dos, y la conversacion entre Sandfort y su amigo se habia hecho aun mas grave y menos favorable á miss Milner.

Durante todo este tiempo estaba ella en el baile, donde creia que el placer la esperaba, y todo el placer que halló fué el de prometerse no volver á un baile de máscaras.

La multitud y el ruido la fatigaban, la libertad de las espresiones la ofendian.

Aunque la complacia el verse objeto de la admiracion general, sentia que la faltaba una persona que la admirase, y los remordimientos de su desobediencia la perseguian.

Hubiera vuelto antes á su casa si no hubiera temido separarse demasiado bruscamente de las damas que la habian acompañado, y que no se decidieron á marcharse hasta despues de las cuatro y media.

El dia empezaba á iluminar el cuarto en que estaban Sandfort y milord Elmwood, cuando el ruido de un coche y un golpe dado á la puerta hicieron temblar sus corazones,

Milord palideció. Sandfort quiso disimular que lo habia conocido; pero no pudo, y le obligó á beber un vaso de vino.

Milord, por la primera vez de su vida, se sintió bastante débil para necesitar socorro.

¿Qué sentimiento le agitaba así? No seria fácil definirlo.

¿Era la indignacion de la conducta de miss Milner y el gozo de hallarse en el momento de tomar su rebancha? ¿O era la opresion de su corazon por tener que reprenderla?

Quizá no era ninguno de estos sentimientos, sino todos ellos reunidos.

En cuanto á ella, cansada de los fatigosos placeres de la noche, y mas dispuesta á la tristeza que á la alegría, se habia dormido en el camino, y cuando bajó del coche aun estaba adormitada.

—Pasemos en seguida á mi cuarto, dijo á su doncella que habia quedado esperándola en la sala.

Pero un criado de milord Elmwood corrió á ella y la dijo:

—Mi señor desea veros antes que os retireis.

—¿No está fuera de Lóndres?

—No, señora, volvió cuando acabábais de salir, y se ha quedado con M. Sandfort para esperaros.

Estas palabras tuvieron el poder de despertarla. Sus ojos se abrieron; pero el temor y la vergüenza llenaron su corazon; se apoyó en su doncella, y dijo á miss Woodley:

—Escusadme... no puedo verle ahora... No puedo...

Miss Woodley temió irritarla mas.

—Quiere hablaros, la dijo: por el amor de Dios, no le desobedezcais otra vez.

—No, señorita, no vayais, dijo la doncella; está como un leon; me ha tratado muy mal.

—¡Buen Dios! suspiró miss Milner con tono profético, no está dicho que haya de ser mi marido.

—Si, dijo miss Woodley; pero sed ante todo sumisa

y arrepentida. Conoceis vuestro poder sobre él: aun puede arreglarse todo.

Volvióse á miss Woodley con los ojos bañados en lágrimas, y la dijo:

—¿No parezco arrepentida?

—Solo pareceis espantada: pedidle perdon.

—No podré si está con él M. Sandfort.

Un criado abrió la puerta, y miss Milner entró con miss Woodley.

Milord habia tenido tiempo de calmar su agitacion y recibió á su pupila con una ligera inclinacion de cabeza,

Esta, al contrario, le saludó profundamente, y le dijo con muestras de humildad:

—¿Supongo, milord, que he cometido una falta?

—Sí, señorita; pero no temais que vaya á reprenderos; al contrario, quiero quitaros ese temor para el *porvenir*.

Estas dos últimas palabras, pronunciadas con un tono firme, hirieron el corazon de miss Milner; pero sin embargo no lloró ni suspiró; al contrario, se sobrepuso á su dolor, y replicó, aunque con voz alterada:

—No esperaba menos, señor.

—¿Esperais tambien todo lo que he resuelto?

—Por lo que me concierne, creo que sí.

—Y bien: esperad vernos dentro de pocos dias separados para siempre.

—Estoy preparada, señor.

Y cayó en un sillon.

—Señor, dejad para mañana lo que tengais que decir, dijo miss Woodley bañada en lágrimas. Ya veis que miss Milner no está en estado de oiros.

—No tengo nada mas que decir: lo que me toca es obrar.

—¡Lord Elmwood! esclamó miss Milner entre el dolor y la cólera, pensais espantarme con amenazas, pero puedo separarme de vos. El cielo sabe que puedo. Vuestra conducta conmigo de algunos dias á esta parte me ha dado valor.

Por única respuesta milord se levantó para salir, cuando miss Woodley, deteniéndole, le dijo:

—¡Oh, milord! no la dejeis ahogarse de dolor; perdonad su flaqueza.

Iba á continuar, y milord parecia dispuesto á escucharla, cuando Sandfort, levantándose, la dijo con aspereza:

—Miss Woodley, ¿qué designio es el vuestro?

Ella temblió y dejó á milord.

Este se volvió hacia Sandfort.

—Dispensáos, señor, de desconfiar de mí; he juzgado y estoy...

Iba á decir determinado, cuando miss Milner, que temia esta palabra, le interrumpió alzando los ojos al cielo y diciendo:

—¡Oh! si mi pobre padre pudiera conocer todos los disgustos que he tenido despues de su muerte, cómo se arrepentiria de haberme escogido el tutor que me escogió.

Este llamamiento á la memoria de su padre y esta alusion á su amor secreto, afectó mucho á milord. Se sintió conmovido; pero vergonzoso de ella, dominó su emocion y dijo:

—Esperad otro momento para llamar á vuestro padre. En ese estado (y señaló su traje) no podria reconoceros.

En medio de frívolas diversiones acordáos de él para avergonzaros; pero no pronunciéis su nombre solo por despique para herir el corazon de vuestro mas tierno amigo.

Estas últimas palabras, pronunciadas con pasion, alarmaron á Sandfort, que cogió su luz, y tomando á su amigo por el brazo le sacó del cuarto diciéndole:

—Vamos, milord, es preciso que os retireis. Es tarde. Es casi hora de levantarse...

Y á fuerza de repetir estas pesadas exhortaciones impidió que nadie hablase mas.

Milord se vió pues obligado á salir del cuarto, y tal fué la conclusion de esta escena.

CAPÍTULO XXVII.

Dos dias pasaron en la mas cruel inquietud por parte de miss Milner, porque ni las palabras ni el aspecto de milord Elmwood marcaban el mas ligero cambio en los sentimientos que habia mostrado la noche del baile.

Sin embargo, no se habia esplicado de un modo positivo: habia mas bien dejado comprender que declarado sus intenciones, y con el sentido dudoso de las palabras de que se habia valido, miss Milner flotaba entre la esperanza y el temor.

Miss Woodley, que leia en el alma de su amiga á pesar de los esfuerzos de miss Milner por devorar sus penas, la suplicó que aceptase su mediacion y la permitiera pedir una conversacion particular á milord; prometiendo, si le hallaba inflexible, conducirse con justa altivez; pero que si por el contrario, le veia dispuesto á una reconciliacion, lo dispondria todo de modo que ambos se arreglasen; pero miss Milner la

prohibió mezclarse, y al mismo tiempo que la confesó que su corazon estaba lacerado, la declaró que despues de lo que habia pasado, él era quien debia dar los primeros pasos, y que de otro modo no se reconciliaria con él.

—Creo conocer su carácter, dijo miss Woodley, y dudo que se le pueda obligar á pediros perdon de una falta que cree que habeis cometido vos.

—Y bien, ¿no me ama?

—¡Ese es siempre vuestro argumento! Os amaria menos quizá si se sometiera á todos vuestros deseos. Considerad que es vuestro tutor, que piensa ser vuestro marido, y que es demasiado honrado para concederos antes del matrimonio una superioridad á la cual no querrá someterse despues.

—Pero la ternura y hasta la política no obligan á un amante á someterse á su querida...

—Yo buscaré un medio de conocer mi destino.

—¿Qué pretendeis?

—Invitar á lord Federico á venir aquí y pedir á mi tutor que me una á su rival. Entonces vereis dónde vá á parar su altivez.

—Entonces, aunque quisiera humillarse, no podria, y os precipitareis en los brazos de un hombre á quien no amais: ¿ó quereis obligar á batirse otra vez á Dorrifort, á lord Elmwood, quiero decir con Federico?

—Si, sí, llamadle Dorrifort, respondió ella llorando; solo con ese nombre le amo.

—Sin embargo, ¡con qué arrobamiento no habeis recibido su declaracion de amor! Y entonces era milord Elmwood.

—Pero con ese nombre solo he hallado en él un tirano.

Aunque miss Milner se permitiese desahogar así sus dolores en el seno de su amiga, delante del conde guardaba constantemente un aspecto tan altivo, que él mismo estaba sorprendido, aunque fuera siem-

pre quien menos hubiera creido en su amor; pero como ella creia que le habia demostrado demasiado sus sentimientos, quiso adoptar un método diferente.

Desgraciadamente la conducta de milord Elmwood no varió por eso. Mostrábase con ella frio, político é indiferente; pero lo que ahora era no podia hacer olvidar á miss Milner lo que antes habia sido. Acordábase con delicia de todo el ardor de su primera declaracion y todas las señales de su amor que despues la habia dado: lo que la impedia tambien renunciar á la esperanza es que conocia la constancia de milord en todos sus sentimientos, y que los que ella le habia inspirado no podian haberse borrado de su corazon. Notaba además en M. Sandfort mas empeño que nunca en humillarla y en impedir que estuviese mucho tiempo con su tutor, de lo cual dedujo que pues él tenia razon para temer, ella debia esperar.

Pero la reserva que afectaba y que hubiera podido conducirla á su objeto, se hizo para ella tan fatigosa, que no pudo conservarla sin llamar á su socorro á la disipacion.

Ella no dejaba de salir y de hacer visitas; volvia mas tarde que de costumbre. Parecia muy alegre; cantaba, reia, y no suspiraba sino cuando estaba sola.

Milord Elmwood dudaba aun en tomar su última resolucion, bien determinado á llevarla á cabo cuando la tomase.

En cuanto á miss Woodley, vivia siempre alarmada, y no sin motivo; veia que su amiga se preparaba tantos disgustos que acabaria por ser abrumada por ellos. Muchas veces queria hacerla nuevas observaciones, pero renunciaba á su designio porque sabia que no habia de ser atendida. Queria tambien hablar á milord Elmwood, y sin que lo supiera su pupila interceder por ella; pero milord habia conocido su intencion y huia de ella de un modo marcado. Quedaba M. Sandfort, pero era demasiado duro con miss

Milner. Encontrábase pues sola y reducida al papel de espectadora.

Sin embargo, algunas palabras de M. Sandfort la habian dado esperanzas. Un dia que la hablaba de estos asuntos para desahogar sus resentimientos, la dijo:

—Y sin embargo, aunque tiene tantos motivos de queja, milord no se atreve á tomar la resolucion de no pensar mas en ella. Duda, lo difiere; en ninguna ocasion le he hallado tan débil.

Estas palabras causaron el mayor placer á miss Woodley. Conocia sin embargo que esta resolucion seria mas firme cuanto mas se hacia esperar, y temia á cada instante verla tomada.

Entre las pruebas á que miss Milner sometia el carácter de su tutor, la mas dolorosa acaso era el hablar delante de él de aquellos que se sabia la habian hecho la córte, y hablar con satisfaccion. Esto le atormentaba mucho: pero él no lo daba á conocer. Presentóse no obstante una ocasion en que toda su calma estuvo á pique de faltarle.

Entrando una noche en el salon, tembló y retrocedió dos pasos á la vista de Federico Lawnly, sentado junto á miss Milner y hablando con ella con mucho mas calor.

Es verdad que Mad. Horton y miss Woodley estaban presentes, que Federico hablaba alto, y que el asunto de la conversacion era muy indiferente; pero hablaba con el interés de un amante con su amada.

En el momento en que milord Elmwood entró en la sala, Federico se levantó.

—Perdonad, le dijo milord Elmwood, al pronto no os habia conocido.

—Soy yo quien debe pedir perdon, dijo Federico, por haber venido sin permiso vuestro. Un accidente imprevisto ha sido la causa. Miss Milner estaba en el coche de una de sus amigas, que ha volcado por tor-

peza del cochero, y me ha permitido traerla en mi coche.

—Espero que no estareis herida, dijo milord á miss Milner.

Pero su voz estaba tan alterada por la turbacion de su corazon, que apenas pudo articular estas pocas palabras; y esta turbacion no nacia seguramente del temor de que se hubiera herido miss Milner, cuya alegria hubiera bastado á tranquilizarle; y á decir verdad no creia una palabra de la historia que se le contaba; era la presencia inesperada de milord la que le sacaba de sí, y en el primer momento le fué imposible dominar su emocion.

Milord Federico, que nada sabia de su futuro matrimonio porque se habia hecho de él un secreto hasta para los criados, no atribuyó esto sino al resentimiento que podia conservarle á consecuencia de su duelo. Aunque milord Elmwood hubiese protestado al tio de Federico que no guardaba recuerdo de lo ocurrido, milord Federico no lo habia creido nunca, y hubiera tenido siempre la delicadeza de no entrar en casa de milord Elmwood si no hubiera sido animado por la invitacion de miss Milner, y sobre todo por el amor que la profesaba. No se volvió á sentar, sino que saludó profundamente y salió: miss Milner le acompañó hasta la puerta, y le renovó sus gracias por el socorro que la habia prestado.

Milord Elmwood era presa de una violenta agitacion, y lo que la aumentaba era el no poder ocultarla. Temblaba, balbuceaba, se ruborizaba, y estaba en un estado tal que causaba compasion.

Miss Milner, á pesar de toda su audacia, no se atrevió á manifestar que habia notado nada. Felizmente para milord, Mad. Horton y miss Woodley empezaron á hablar de cosas indiferentes, y pudo reponerse algo. M. Sandfort entró, empezó á hablarle, y ambos pasaron al gabinete de estudio para continuar

su conversacion. Miss Milner, llevándose á su amiga, se retiró tambien á su cuarto, y allí esclamó con alegria:

—¡Es mio! ¡mio para siempre!

Miss Woodley la felicitó de la felicidad que tenia de estar tan segura, y la confesó que temia aun.

—¿Y qué temeis? ¿no veis que me ama?

—Siempre lo he creido, pero sé tambien que si os ama tiene bastante buen sentido para saber que debe odiaros.

—Y qué tiene que ver el buen sentido con el amor? Si mi amante pudiera oponer su razon á la pasion que le inspiro...

Hubiera repetido todas sus máximas, si miss Woodley no la hubiese interrumpido para pedirla la esplicacion de su conducta con Federico, de quien despues de todo se burlaba cruelmente, pues solo se servia de él como de un instrumento.

—No tal, querida mia, respondió miss Milner, os aseguro que hoy he concluido con milord Federico. Es verdad que sin él no hubiera obtenido la prueba que deseaba; pero no le he dado ninguna esperanza, y os aseguro que el suceso que le ha traido es el que hemos contado. Os confieso que sin el deseo que tenia de despertar los celos de milord Elmwood hubiera querido mas venir á pié que en su coche; pero me ha suplicado tanto que aceptase, y lady Evans (pues era en su coche en el que iba yo) le ha apoyado tanto, que no ha podido deducir de mi aceptacion ninguna consecuencia favorable.

Miss Woodley iba á replicar, pero miss Milner se apresuró á añadir:

—Si es vuestra intencion decirme que he hecho mal, yo no puedo arrepentirme de lo que he hecho cuando ha servido para convencerme de lo que me ama milord Elmwood. ¿Habeis visto cómo temblaba? ¿habeis notado como su voz varonil se debilitaba? Su orgulloso corazon estaba humillado como el mio algunas

veces. ¡Oh, miss Woodley! mi indiferencia era solo afectada, y veo que la suya tambien. Era poco que nos amásemos; ahora estoy segura de que nos amamos con un amor igual.

—Y bien: suponiendo que vu stras esperanzas sean fundadas, creo que es necesario que milord sepa, de modo no que pueda dudarlo (porque os aseguro que yo misma no lo he creido) que ha sido efecto de un accidente la venida de Federico.

—No, no, esto seria destruir la obra que he comenzado tan felizmente; nada de esplicacion; dejémosle obrar segun los movimientos de su cariño; en vez de ir á él, le esperaré, segura de que ha de venir á mí.

CAPÍTULO XXVIII.

Esperó tres dias en la mas viva impaciencia, pero en vano; milord Elmwood, algunas horas despues de la visita de Federico, habia tomado el mismo aspecto que antes, y hasta quizá mas alegre. Miss Milner se atormentaba y comenzaba á alarmarse; pero como hubiera tenido vergüenza de confesar sus alarmas hasta á miss Woodley, delante de todos conservaba su tono altanero.

Una tarde que estaba en su tocador con miss Woodley, y que ambas guardaban silencio para no descubrir sus temores, un criado de milord llamó dulcemente á la puerta y entró una carta á miss Milner. A la vista del criado y de la letra del sobre, no pudo dudar que venia de milord, y la puso sobre la mesa como si tuviera miedo de abrirla.

—¿Qué os han traido? la preguntó miss Woodley.

—Una carta de milord Elmwood.

—¡Buen Dios!

—Bueno sin duda, pues me escribirá para pedirme perdon.

Y su repugnancia á abrir la carta probaba la poca fé que tenia en sus palabras.

—¿No la leeis ahora? la preguntó miss Woodley.

—No, respondió su amiga, procurando ocultar que temblaba.

Hubo un momento de silencio.

Miss Milner cogió la carta, examinó atentamente el sobre, el sello, los dobleces, como si quisiera buscar algun indicio de lo que contenia.

Al fin la curiosidad pudo mas que sus temores, y leyó lo que sigue:

«Señorita:

»Cuando solo veia en vos á mi pupila, os profesaba una amistad sin límites; cuando consideré todas las gracias, todas las cualidades que os hacian el ornamento de los círculos elegantes, mi admiracion fué igual á mi amistad; y cuando las circunstancias me permitieron miraros bajo un aspecto mas tierno, como la esposa que me estaba destinada, mi amor dejó muy atrás á todos los otros sentimientos.

»Que seais siempre el objeto de mi amistad, de mi admiracion, y hasta de mi amor, yo no puedo negarlo; pero declaro al mismo tiempo que mi razon puede mas que mi corazon, y que de hoy mas deseo que solo veais en mi un hombre que desea sinceramente vuestra felicidad.

»Si he podido gloriarme de que seria un dia el esposo de vuestra eleccion, era por un error presuntuoso que confieso, y del cual me avergüenzo; pero os suplico que me eviteis nuevas pruebas; durante ocho dias solamente no me insulteis por una manifiesta preferencia hácia otro. Despues de este tiempo iré á despedirme de vos... para siempre...

»Recorreré la Italia y algunos otros paises del

continente, pasaré luego á la India, y no volveré á Inglaterra hasta despues de algunos años. Entonces espero estar mas dispuesto á contraer un enlace que me prescribe el interés de mi nombre, enlace que una vez me pareció bien dulce, pero que ahora desearia no estar obligado á contraer.

»Si debo permanecer aquí ocho dias, es para arreglar algunos negocios y trasmitir á un amigo, cuya rectitud y sensibilidad conozco, los poderes de vuestra tutela.

»Este amigo, al otro dia de mi partida, y sin palabra alguna de queja, pondrá estos poderes en vuestras manos, y en el momento en que dimito las funciones de mi cargo, si vuestro padre mismo pudiera conocer mis sentimientos, aprobaria mi conducta.

»Entre tanto, mi querida miss Milner, no permitais que un resentimiento afectado, que muestras continuas de desden y de ligereza turben la calma de que yo quisiera gozar estos ocho dias; concediéndome lo que os pido, dejadme creer que me haceis alguna justicia, que pensais al menos que desde que fuisteis confiada á mi cuidado he cumplido fielmente mis deberes. Si algunas veces me he propasado, no lo atribuyais sino á la pobreza de mis luces; yo, cualquiera que haya sido su origen, conozco mis faltas, y os pido perdon por ellas.

»Si el tiempo, los viajes y la vista continua de diversos objetos, pueden ahogar en mi corazon sentimientos mas tiernos, estoy seguro al menos de que no perderé *nunca* el vivo interés que he tomado por vuestra felicidad; y con la mas tierna solicitud, por vuestro mismo amor y en nombre de vuestro padre, en el momento de separarme de vos os suplico que no dejeis jamás ningun paso importante sin haberlo antes meditado mucho.

»Soy, señora, vuestro mas sincero amigo,

»ELMWOOD.»

Despues de haber leido esta carta, miss Milner la dejó escapar de sus manos sin decir una palabra; pero pálida y con la muerte en los ojos, parecia haber perdido el movimiento y la vida; miss Woodley, testigo durante largo tiempo de sus angustias, no la habia visto nunca en tal estado.

—No necesito leer esa carta, la dijo: basta miraros para saber lo que contiene.

—¡Milord, al verme, podrá pues descubrir lo que padezco! ¡Líbreme Dios! esto seria aumentar mis pesares.

Aunque podia apenas moverse, se levantó, se acercó á un espejo, y estudió una fisonomía capaz de engañar a milord. ¡Trabajo inútil! solo de la serenidad del alma depende la del semblante.

—Esforzáos, la dijo miss Woodley, en sentir lo que quereis que indique vuestro rostro.

—Así lo haré; sabré no sentir sino justo orgullo, el desprecio debido á su modo de tratarme.

Y era tal su deseo, que trató de calmar su alma.

—Si, se decia, solo tengo algunos dias que pasar con él; aun algunos dias, y nos separamos para siempre. Y bien: por tan poco tiempo es mi deber obedecerle, me será dulce dejarle una impresion que acaso disminuya la opinion desfavorable que tiene de mí. Si en cualquier otra ocasion mi conducta ha sido reprensible, en esta al menos quiero merecer sus elogios. Le probaré que una mujer que le ha demostrado tan desgraciadamente su debilidad, conserva aun cierto valor... el valor de decirle adios sin dejarle traslucir ninguna angustia afectada ó real, aunque mi muerte deba seguir á esta despedida.

Tales fueron sus resoluciones, y de este modo las ejecutó.

El juez mas severo no hubiera podido hacer el menor reproche á su firmeza desde que leyó la carta.

Es verdad que de vez en cuando se sentia languidecer; pero pronto se sobrepujaba á su emocion.

La primera vez que vió á milord despues de haber leido su carta (fué en la misma tarde) tenia un pequeño concierto de aficionados, y estaba cantando cuando entró milord.

Los conocedores de la música advirtieron que se desentonaba; pero milord no entendia de música y nada notó.

Tuvieron en la velada muchas ocasiones de hablarse; pero solo lo hicieron sobre asuntos indiferentes: algunas personas les acompañaron á cenar, lo cual les libró del embarazo de hallarse casi solos uno enfrente del otro.

Al dia siguiente se desayunaron solos. Tuvieron varias gentes á comer, y la noche y la hora de cenar las pasó milord fuera de casa.

De este modo sus últimos momentos corrian tan tranquilamente como deseaban, y miss Milner aun no se habia desmentido un instante.

Al tercer dia tuvieron muchas gentes á comer.

—Milord, dijo uno de los convidados, ¿vuestra partida es el martes?

Estaban en viernes.

—Si, respondieron á un tiempo milord Elmwood y Sandfort, al mismo tiempo que este miraba á miss Milner; pero no notó en ella sino un ligero temblor en la mano que acercaba á la boca.

—¡Ah! dijo otro, volvereis con una esposa extranjera, y yo no os lo perdonaré.

—Eso es sin duda el objeto de su viaje, dijo otro.

Sandfort se apresuró á prevenir su respuesta, diciendo:

—¿Y qué razon podria impedirle traer una esposa extranjera? ¿No se casan asi los reyes?

Milord Elmwood miró al lado opuesto de donde estaba miss Milner.

—Y vosotras, señoras, dijo el convidado, ¿qué pensais? ¿Creeis que debe ir al extranjero á buscar una esposa?

Y fijó los ojos en miss Milner como para pedirla parecer.

Miss Woodley respondió:

—En cualquier parte que milord se case, creo que será dichoso.

—¿Pero qué decís vos? volvió á preguntar á miss Milner.

—Que donde quiera que se case *merece* ser feliz, respondió esta.

El semblante de milord Elmwood se coloreó, y miss Woodley creyó ver brillar dos lágrimas en sus ojos.

Un instante despues, se cambió de conversacion, pero miss Milner tuvo que oir de cuando en cuando detalles sobre el viaje.

Despues de la comida, las damas se retiraron, y desde este momento, aunque la conducta de miss Milner fué la misma, su aire y el tono de su voz parecieron alterados.

La hubiera sido imposible dar la mas leve muestra de alegría, ni hablar con vivacidad.

Empezaba en un tono, y cambiaba antes de decir la tercera palabra.

Hubiérase encerrado en su cuarto con miss Woodley, si esta conducta hubiera podido acordarse con los deberes de la política de que los deseos de su tutor la hacian una ley.

Miss Woodley estaba tan conmovida de los tormentos de su amiga, que si su corazon no la hubiera dicho que la inflexibilidad de milor resistiria á todos sus esfuerzos, se hubiera echado á sus pies suplicándole abrir su corazon á sus primeros sentimientos,

como el único medio de salvar á su pupila de una muerte cierta; pero el conocimiento que tenia del carácter de milord, y de la palabra que habia dado á Sandfort, le probaban que el solo resultado de este paso seria esponer el amor y la delicadeza de miss Milner al mas vergonzoso desden.

Si la partida de milord no era todos los dias el asunto de la conversacion, todos los dias al menos algun nuevo apresto heria los oidos de miss Milner, y la vista del espectro mas espantoso la hubiera causado menos horror que la de las maletas y los cofres dispuestos á ser enviados á Venecia, que halló en una de las salas.

A este espectáculo huyó sin pensar en los que la acompañaban, y corrió á ocultar sus lágrimas al rincon mas apartado de la casa.

Allí apoyó la cabeza en sus manos, derramando un torrente de lagrimas.

En este momento sintió pasos, levantó los ojos y vió á milord Elmwood.

Su primer movimiento fué el orgullo, y le miró fijamente como diciéndole:

—¿Qué me quereis?

El se inclinó como respondiendo:

—Perdonad que haya turbado vuestra soledad.

Y se retiró.

Ambos se entendieron sin pronunciar una palabra.

La justa interpretacion que dió miss Milner al silencio de milord, la reanimó un momento y dió gracias al cielo de que la hubiese demostrado en esta ocasion el desden con que miraba sus lagrimas.

El dia siguiente era la víspera de la partida, la víspera del dia en que debia decir adios á Dorriforth, á su tutor, á milord Elmwood, á todas sus esperanzas.

El lunes por la mañana, en el momento en que se despertó la idea de que este dia era acaso el último en que le veria, hizo callar en su alma todos los resentimientos, y no recordó mas que sus pruebas de amistad, de afeccion y de amor. Estaba impaciente por verle, y se prometió que este dia al menos no desperdiciaria ocasion alguna de estar con él. Con este designio no se desayunó en su cuarto como otras veces, sino que pasó al comedor donde todos estaban reunidos.

Palpitó de alegría cuando al abrir la puerta oyó la voz de su tutor; pero el sonido de esta voz la hizo al mismo tiempo temblar de tal suerte que apenas pudo acercarse á la mesa.

Miss Woodley la vió en el momento en que entraba, y jamás la vió con mas pena, porque jamás la habia visto tan cambiada.

Aproximándose miss Milner hizo una inclinacion de cabeza á Mad. Horton, y en seguida á su tutor como acostumbraba por las mañanas al verlos por primera vez. Milord la saludó y la miró fijamente; luego volvió los ojos á la chimenea, pasó la mano por la frente y se puso á hablar con M. Sandfort.

Este, durante el desayuno, miró por casualidad á miss Milner, y se admiró de la alteracion de sus facciones; miró en seguida á milord para ver si la observaba tambien, pero milord miraba á otro lado.

Un momento despues, Mad. Horton advirtió que el dia estaba bueno.

—Creo, dijo milord Elmwood, que esta noche he oido llover.

—En cuanto á mí, dijo Sandfort, dormia demasiado bien para oir nada.

Y ofreció un bizcocho á miss Milner.

Era la primera vez que la ofrecia alguna cosa, y la pareció tan estraño, que sonrió. Aunque el tono de Sandfort hubiera sido tan severo como siempre, pa-

reció menos impolítico. Miss Milner comió por cortesía un poco del bizcocho y le puso en el plato.

Despues del desayuno, milord salió y no volvió hasta la hora de comer.

En la comida, Mad. Horton dijo que esperaba que milord la concediera su compañía para la cena.

—No lo dudeis, dijo Sandfort, porque apenas ninguno de vosotros podria verle mañana: partimos á cosa de las seis.

Sandfort no debia hacer el viaje con su amigo, y solo le acompañaba hasta Douvres.

Estas palabras «no le vereis mañana» y la idea de que una vez pasada la noche no le veria mas, fueron para miss Milner el golpe de muerte. Estaba á punto de desmayarse si un criado no hubiera traido un vaso de agua á Sandfort. Ella le cogió y le bebió entero. Al volver el vaso, murmuró una escusa; pero Sandfort la interrumpió diciendo con tono muy cumplido:

—No penseis en ello; estoy muy contento de que le hayais bebido.

Le miró para ver si su política no era una ironía; pero antes de haberse asegurado le olvidó para no acordarse mas que de milord Elmwood.

El tiempo la pareció muy largo hasta el momento de su vuelta; pero cuando pensaba en lo corto que seria desde este momento el resto de la noche, hubiera querido que no llegase. A las diez volvió: poco despues se pusieron á la mesa.

Miss Milner habia considerado que si el papel que representaba la costaba mucho, al menos la quedaban pocas horas que sostenerle, y se prescribió á sí misma no descubrirse cuando llegase el término. La certidumbre de que todo acabaria bien pronto de una ó de otra manera, la animó á redoblar sus esfuerzos, y nada la era mas necesario, porque su debilidad aumentaba. Se impuso pues la obligacion de escuchar lo que se decia y responder, de sonreir cuando se son-

reia, y su tranquilidad pareció tan natural como la de los otros convidados.

Era mas de media noche cuando milord Elmwood miró su reloj, se levantó, se aproximó á Mad. Horton, y tomándola la mano:

—Hasta mas ver, señora, la dijo; os deseo sinceramente que seais dichosa.

Miss Milner fijó los ojos en la mesa.

—Milord, replicó Mad. Horton, os deseo salud y felicidad.

Acercóse en seguida á miss Woodley, y tomándola la mano la repitió poco mas ó menos lo mismo.

Miss Milner comenzaba á temblar tan fuerte que su emocion era visible.

—Milord, respondió miss Woodley muy afectada, espero que serán oidos mis ruegos, por vuestra felicidad.

Ella y Mad. Horton estaban de pié como milord; pero miss Milner permaneció sentada, hasta que vió á su tutor dirigirse á ella: entonces se levantó: atentos todos á lo que iban á decirse, fijaban en ellos los ojos y esperaban con impaciencia; pero milord no pronunció una palabra; solamente tomó su mano y la tuvo entre las suyas; luego la saludó del modo mas respetuoso y se alejó.

Ni estas palabras:—¡Ojalá seais feliz!—Ruego á Dios por vuestra felicidad.—Cólmeos el cielo de bendiciones; ni siquiera un *adios* se escapó de sus labios. Quiza aunque hubiera querido no hubiera podido articular una palabra.

Miss Milner habia conservado toda la velada su valor, que no la abandonó hasta que milord se separó de ella. Entonces sus ojos se llenaron de lágrimas, y en su angustia, no sabiendo lo que hacia, apoyó su mano temblorosa en la persona que estaba á su lado. Era Sandfort: sin reparar le cogió la mano con violencia, y él no la retiró, parecia que habia perdido su

ordinaria dureza. Miss Milner permaneció en este estado muda, inmóvil, hasta que milord Elmwood, despues de haber saludado segunda vez á todo el mundo salió de la sala.

Sandfort tenia siempre la mano de miss Milner entre las suyas, y cuando la puerta se cerró, volvió la cabeza á miss Milner; pero en seguida apartó los ojos como horrorizado de su estado. Ella en tanto se esforzó en vencer su debilidad, y lanzando un profundo suspiro, se sentó como resignada á su suerte.

Despues de algunos minutos de un silencio general Sandfort se volvió á miss Milner y la dijo:

—¿Quereis desayunaros con nosotros mañana?

Miss Milner no respondió.

—No nos desayunaremos antes de las seis y media, os lo aseguro; y si podeis levantaros tan temprano .. ¿Podreis?

—Miss Milner, dijo miss Woodley, que conoció que a esperanza de volver á ver á milord podria al menos hacer pasar á su amiga una noche menos triste, miss Milner, os lo ruego, estad levantada mañana á la hora del desayuno. Si M. Sandfort os ha invitado, es porque está seguro de que esto no puede desagradar á milord.

—Ni á mí tampoco, añadió Sandfort.

—Y bien, prevenid á su doncella que la despierte mañana a las seis, dijo Mad. Horton.

—Estará despierta, os lo aseguro, respondió su sobrina.

—No, replicó miss Milner; pues que milord Elmwood ha juzgado á propósito despedirse de mí sin decir una sola palabra, no le veré mas

Y sus lágrimas se abrieron paso con tal violencia, que parecia que iba á seguirlas su corazon.

—¿Por qué no le habeis hablado? Vos tampoco le habeis dicho *adios*. No veo que tengais nada que echaros en cara.

—No he tenido valor para decirle que deseaba que fuese dichoso, esclamó miss Milner; pero el cielo me es testigo de que ese era mi único deseo.

—¿Y creeis que no hacia él en su corazon los mismos votos que vos? Creed, *querida mia*, que lo que sentis por él, él lo siente por vos.

Aunque el decir *querida mia* sea un modismo sobrado comun en boca de algunas personas y en ciertas ocasiones es muy grato al oido. M. Sandfort le usaba poco, y nunca con miss Milner; por lo tanto esta espresion en sus lábios era de gran precio.

Miss Milner volvió á él sus ojos llenos de gratitud; pero como no hizo mas que mirarle sin hablar, él se levantó, y con una bondad que nunca habia usado con ella, la dijo:

—Os deseo con todo mi corazon que paseis buena noche.

En cuanto hubo salido de la sala, miss Milner esclamó:

—Aunque los malos oficios de M. Sandfort hayan podido apresurar mi desgraciado destino, sin embargo, el interés que acaba de mostrar por mí, le asegura para siempre mi gratitud.

—¡Ah! esclamó Mad. Horton, M. Sandfort cree en este momento poder sin peligro mostraros amistad. Ahora que milord Elwood vá á alejarse para siempre, no halla peligro en permitir que le veais aun una vez.

Ella creia con esta observacion elogiar á Sandfort.

CAPÍTULO XXIX.

Miss Milner, al retirarse á su cuarto, fué seguida de miss Woodley, que no quiso dejarla en toda la noche. En vano intentó hacerla acostarse: miss Milner se negó diciendo que desde aquel momento no habia para ella reposo.

—El papel que me he impuesto, decia, ha terminado; ya no tengo que fingir, y en lo restante de mi vida quiero dejar libre curso á mi desesperacion.

En el momento en que el dia comenzaba á despuntar, dijo:

—Y sin embargo, podria volverle á ver, porque M. Sandfort me ha convidado.

—Si no creeis, la dijo miss Woodley, verle despedir de nuevo sin que vuestro corazon se quiebre, en el nombre del cielo no le vereis; pero si creeis que una despedida recíproca podrá endulzar vuestras penas bajad á desayunaros con él. Yo iré delante, prepararé á milord á veros, y no le causareis ninguna

sorpresa, le haré saber que habeis bajado para corresponder á la invitacion de Sandfort.

Miss Milner la escuchaba con una ligera sonrisa; pero objetó lo inconveniente que seria que la viese milord despues de haberse despedido de ella. Miss Woodley conoció que al mismo tiempo que declamaba contra la inconveniencia de este paso, parecia no desear mas que darle, y por lo tanto la convenció facilmente de que el hombre mas vanidoso (y seguramente milord no lo era) no podria atribuir su deseo de decirle adios á la mas leve esperanza de conmover su resolucion.

Miss Milner convino en ello, pero permaneció indecisa.

Ya la aurora iluminaba su cuarto. Miss Milner se acercó á un espejo, arregló su tocado, y cuando hubo concluido dijo á miss Woodley:

—No me atrevo á volver á verle...

—Hareis lo que os plazca, la respondió su amiga; yo le veré. Despues de tantos años que vivo bajo su mismo techo, honrada con su amistad, en el momento en que parte, acaso para siempre, creeria faltar á lo que debo no aprovechando los últimos momentos que puedo pasar á su lado.

—Id pues, dijo vivamente miss Milner, y si desea verme iré de buena gana, ya lo sabeis; pero si no habla de mí no quiero presentarme: por piedad, no me engañeis.

Miss Woodley se lo prometió, y poco despues, oyendo el ruido de los criados que iban y venian, y el reloj que daba las seis, pasó al comedor.

Allí encontró á milord Elmwood en traje de camino, de pié, cerca de la chimenea, y abismado en sus reflexiones: como no esperaba verla, tembló cuando entró, y la dijo alarmado:

—¿Qué hay, mi querida miss Woodley?

—Nada, señor, pero me hubiera reprochado el no

haberos visto en esta última hora dependiendo de mí.

—Os doy gracias, dijo milord con un profundo suspiro

Miss Woodley creyó que sus ojos la preguntaban por miss Milner, aunque él no se atrevia á hacerlo con la voz, y estaba por responder, cuando apareció M. Sandfort.

—Milord, le dijo, ¿dónde habeis dormido esta noche?

—¿Por qué lo preguntais?

—Porque vengo de vuestro cuarto, y vuestro lecho está intacto.

—No he dormido en ninguna parte; no tenia sueño; y como tenia que arreglar algunos papeles, he creido conveniente no acostarme.

Encantada de la franqueza de esta confesion, miss Woodley no pudo resistir mas á su deseo de decir:

—Habeis hecho como miss Milner, que no se ha acostado tampoco.

Estas palabras fueron pronunciadas negligentemente; pero milord las repitió con inquietud.

—Si se ha levantado, ¿por qué no viene á tomar una taza de café? dijo Sandfort, que comenzaba á servirle.

—Si creyese que su presencia seria agradable, estoy segura de que vendria, dijo miss Woodley mirando a milord.

Milord no respondió.

—¡Agradable! dijo Sandfort incomodado: ¿hay aquí alguien que esté enojado con ella? ¿no nos quiere bien á todos?

—Seguramente quiere bien á todos, dijo miss Woodley

—Y bien, dijo Sandfort, traedla; seria injusta en no creernos sus amigos.

Miss Woodley salió: encontró á miss Milner que se desesperaba, temiendo á cada instante oir el ruido del coche antes de la vuelta de su amiga.

—¿Me llama? la preguntó.

—Es M. Sandfort, pero milord estaba presente, os aseguro que debeis venir.

Sin preguntar mas, miss Milner se apresuró á seguir á su amiga, cuya ternura no la habia parecido jamás tan amable.

Al entrar en la sala, sus mejillas, pálidas un momento antes, se colorearon. Lord Elmwood se levantó y la ofreció una silla.

Sandfort la miró con curiosidad, probó su café, y dijo que nunca habia podido acostumbrarse á él.

Miss Milner tomó una taza que apenas podia sostener.

El desayuno empezaba, cuando el ruido del coche en que debia partir milord se dejó oir. Miss Milner tembló, pero como la taza se la iba á caer de las manos, Sandfort se la quitó diciendo:

—Acaso tomareis mejor té.

Si sus lábios se movieron para responder, Sandfort al menos no pudo oir lo que habia dicho.

Un criado entró y dijo á milord que el coche estaba á la puerta.

—Muy bien, dijo este; pero aunque ya se habia desayunado no hizo ningun movimiento; en fin, levantándose con precipitacion como si necesitara salir, cogió su sombrero que habia traido consigo al bajar, y se volvió á miss Woodley para despedirse de ella, cuando Sandfort esclamó:

—¡Milord, teneis mucha prisa!

Y como si hubiera querido dar á miss Milner el mas tiempo posible, añadió mirando en torno suyo:

—No sé dónde he puesto mis guantes.

Milord Elmwood, despues de haber repetido á miss Woodley la despedida del dia anterior, se aproximó á miss Milner, y tomando su mano la estrechaba entre las suyas, pero sin decir una palabra, cuando esta, no hallandose con fuerza para retener sus lágrimas, las dejó correr a torrentes.

—¿Qué quiere decir esto? esclamó Sandfort con cólera dirigiéndose á ellos.

Ninguno de los dos respondió ni se movió.

—Desde este momento, prosiguió Sandfort, separados para siempre ó unidos hasta la muerte.

El tono imponente y solemne con que pronunció estas palabras, les hizo volver hácia él estremecidos y asombrados.

Sandford les dejó un momento, corrió á una mesa que estaba en un rincon de la sala, y tomando un libro y volviendo á ellos con él en la mano, dijo:

—Lord Elmwood, ¿amais á esta mujer?

—¡Mas que a mi vida! respondió milord con acento apasionado.

Sandfort se volvió hácia miss Milner.

—¿Podeis decir lo mismo de él?

Ella se cubrió el rostro con las manos diciendo:

—¡Ay de mi!

—Creo que decis sí, dijo Sandfort. Y bien: en nombre de Dios y de vuestra felicidad, dejadme quitaros el poder de separaros.

Milord le miraba con asombro, pero como encantado de la nueva perspectiva que se abria á sus ojos.

Miss Milner suspiraba temblorosa y como en éxtasis, en tanto que Sandfort, con toda la dignidad de las funciones que llenaba les habló en estos términos:

—Milord, mientras he creido que mis consejos podrian salvaros de la mas pesada de las cadenas, de la cadena conyugal, no he cesado de haceros ver el peligro tal como yo mismo lo veia. Pero aunque viejo y sacerdote, debo someterme á creer que me he engañado, y ahora creo que importa á la felicidad de ambos que os unais. Milord, recibid como esposo los juramentos de vuestra esposa, que sean para vos las prendas de su conducta futura; no podeis pedirla otros mas santos ni mas solemnes. Y vos, querida mia, sometéos tanto como os ordenan estos juramentos, a un marido tan lleno de virtudes, y sereis todo lo que yo, todo lo que él, todo lo que el cielo puede desear que

seais. Ahora, milord, desde este momento renunciad á ella para siempre, ó encadenadla de tal modo que no ose olvidar la santidad de sus cadenas.

Milord se golpeaba la frente; su incertidumbre y su agitacion eran estremas; pero teniendo siempre asida la mano de miss Milner, esclamó:

—Yo no puedo separarme de ella.

Conociendo en seguida que esta respuesta era equívoca, cayó á sus pies diciendo:

—¿Quereis perdonarme el haber vacilado? ¿querreis poseyendo todas mis afecciones soportarme con mis defectos?

Ella le levantó, pudiendo solo responderle con sus miradas y sus lágrimas.

En seguida se volvió él á Sandfort, y poniendo á miss Milner á su lado, le hizo comprender que podia comenzar.

Sandfort abrió el libro y... los casó.

Llenó las funciones de su ministerio de un modo tan edificante, que conmovió á todos los que estaban presentes, en tanto que miss Milner, llena de confusion, ocultaba su rostro en el seno de miss Woodley.

Para suplir al anillo nupcial, milord Elmwood sacó una sortija de su dedo, y acabada la ceremonia abrazó á milady Elmwood con todos los trasportes del mas tierno, del mas feliz esposo, y veinte veces en delirio la llamó.. su mujer.

—Pero, dijo Sandfort, no estais casados sino segun el rito romano; permitid que os aconseje apresurar la celebracion de vuestro matrimonio segun la religion de vuestra esposa, para que en el intermedio no cambie ella de parecer y rehuse.

—Comprendo que en efecto hay peligro, replicó milord, y para prevenirlo la ceremonia tendrá lugar mañana.

Las damas opusieron algunas dificultades, y Sandfort las concedió cuatro dias.

Miss Woodley se acordó, porque todo el mundo lo habia olvidado, que el coche estaba á la puerta. Al momento fué despedido, y el placer de miss Milner al verle desde la ventana partir vacío, no fué para ella uno de los menores de la mañana.

Jamás se habia pasado de la desesperacion á la felicidad, á una felicidad suprema, tan rápidamente como miss Milner y milord Elmwood.

Hicieron con delicia todos los preparativos para la ceremonia legal; pero el dia en que esta tuvo lugar, con todos sus placeres, no valió lo que aquel en que Sandfort los habia desposado, porque la felicidad nunca es tan grande como cuando es inesperada.

FIN DE UNA HISTORIA SENCILLA.